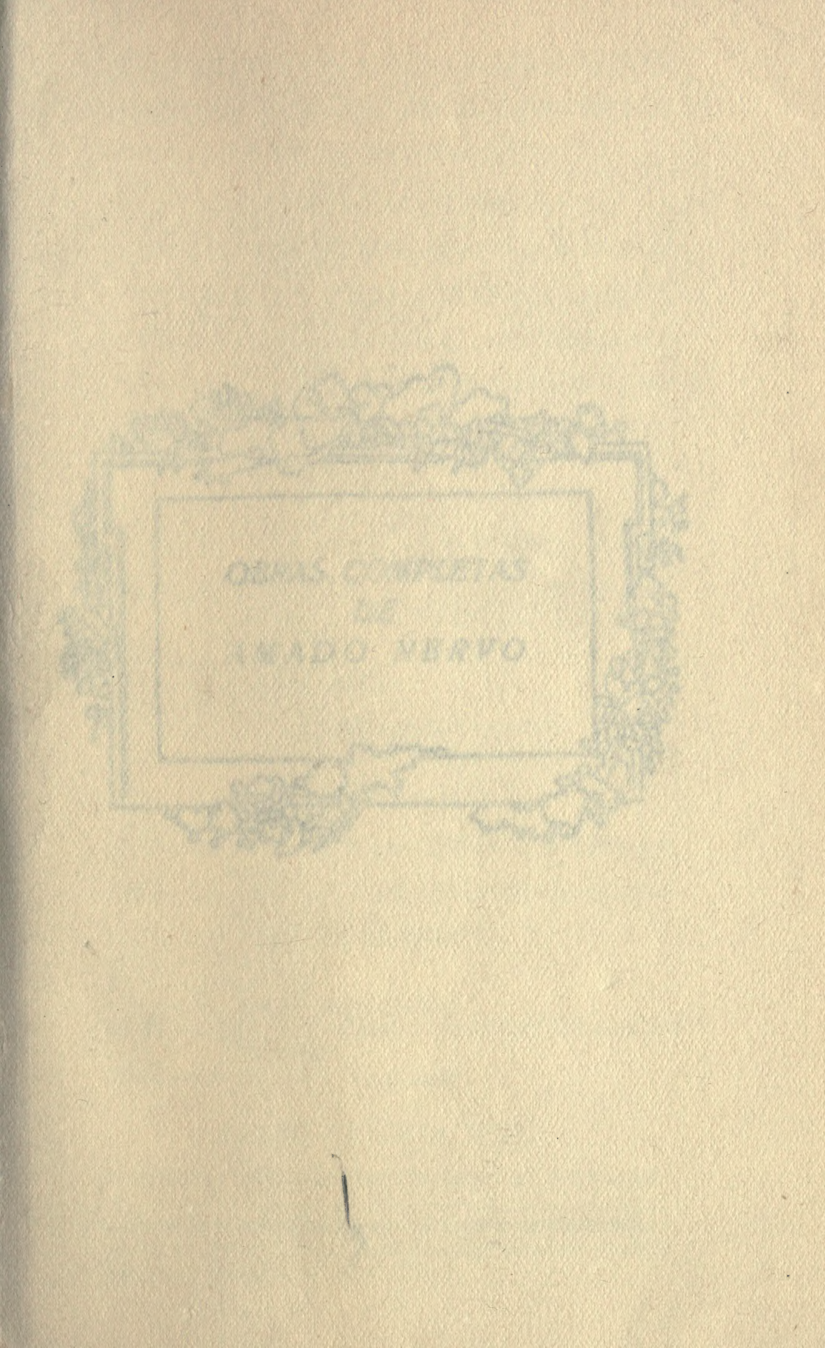
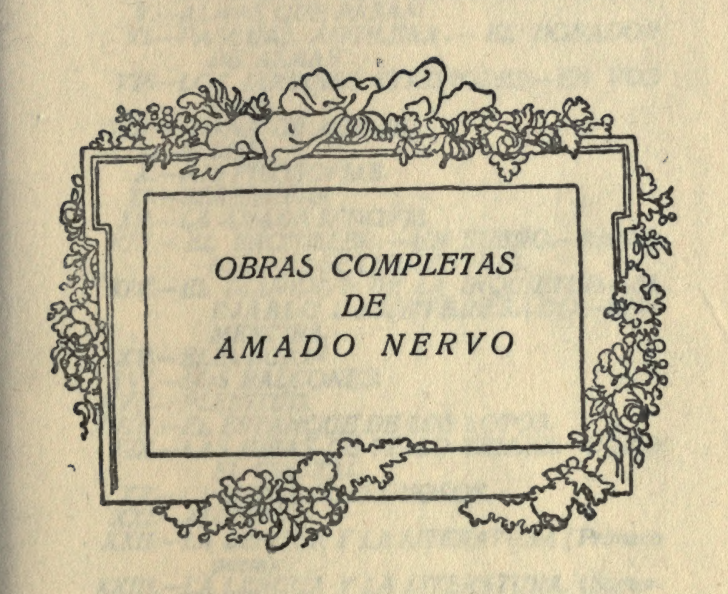
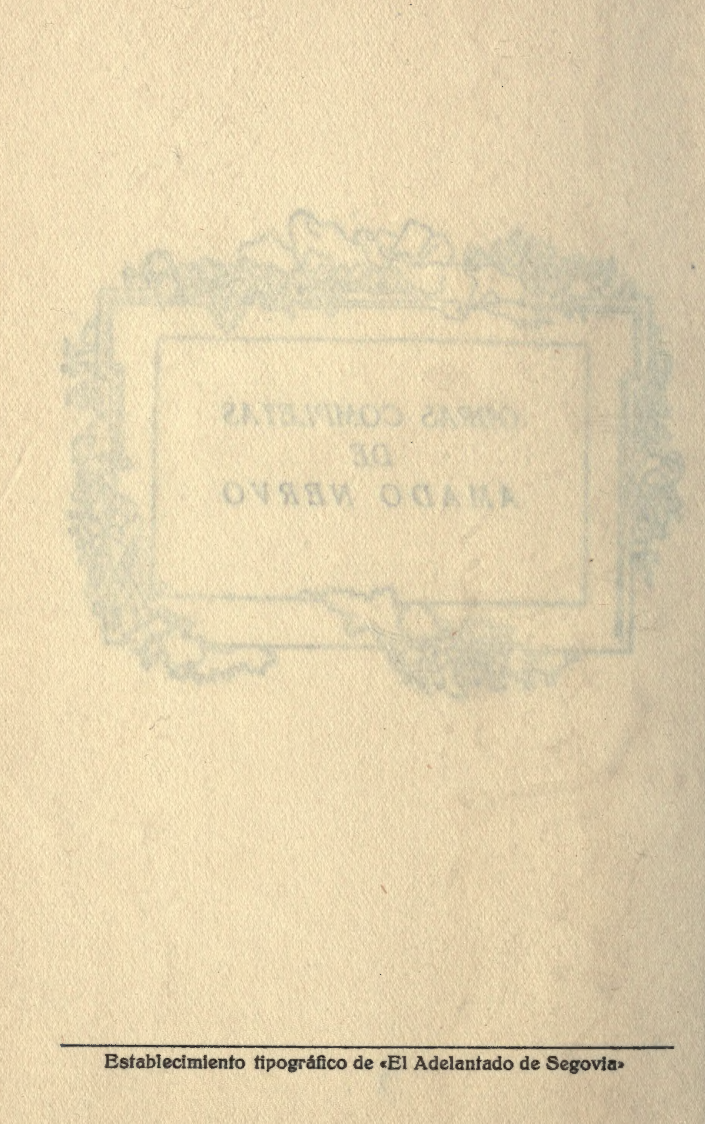

3 1761 04940707 5


OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO


OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO



Establecimiento tipográfico de «El Adelantado de Segovia»

OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO

PUBLICADAS POR LA BIBLIOTECA NUEVA

(NUEVA EDICIÓN)

I.—PERLAS NEGRAS.—MISTICAS.
II.—POEMAS.
III.—LAS VOCES, LIRA HEROICA Y OTROS POEMAS.
IV.—EL EXODO Y LAS FLORES DEL CAMINO.
V.—ALMAS QUE PASAN.
VI.—PASCUAL AGUILERA.—EL DONADOR DE ALMAS
VII.—LOS JARDINES INTERIORES.—EN VOZ BAJA.
VIII.—JUANA DE ASBAJE.
IX.—ELLOS.
X.—MIS FILOSOFIAS.
XI.—SERENIDAD.
XII.—LA AMADA INMOVIL.
XIII.—EL BACHILLER.—UN SUEÑO.—AMNESIA.—EL SEXTO SENTIDO.
XIV.—EL DIAMANTE DE LA INQUIETUD.—EL DIABLO DESINTERESADO.—UNA MENTIRA.
XV.—ELEVACION.
XVI.—LOS BALCONES.
XVII.—PLENITUD.
XVIII.—EL ESTANQUE DE LOS LOTOS.
XIX.—LAS IDEAS DE TELLO TELLEZ.—COMO EL CRISTAL.
XX.—CUENTOS MISTERIOSOS.
XXI.—ALGUNOS.
XXII.—LA LENGUA Y LA LITERATURA (Primera parte).
XXIII.—LA LENGUA Y LA LITERATURA. (Segunda parte).
XXIV.—EN TORNO A LA GUERRA.
XXV.—CRONICAS.
XXVI.—ENSAYOS.
XXVII.—EL ARQUERO DIVINO.
XXVIII.—CONFERENCIAS.—DISCURSOS.—MISCELANEA.
XXIX.—LA ULTIMA VANIDAD.

PRECIO DE CADA TOMO

EN RÚSTICA: CINCO PESETAS. EN TELA: SIETE PESETAS

(DE CADA TOMO SE HA HECHO UNA TIRADA DE CIEN EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO Y LUJOSAMENTE ENCUADERNADOS.—PRECIO DE CADA EJEMPLAR, 35 PESETAS).


TEXTO AL CUIDADO DE
ALFONSO REYES
ILUSTRACIONES DE MARCO



OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO • Volumen XXVIII

DISCURSOS CONFERENCIAS

BIBLIOTECA NUEVA • MADRID

7

EJEMPLAR N.º 00754



DISCURSOS Y CONFERENCIAS



I

DISCURSO PRONUNCIADO EN UNA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS (TEATRO ARBEU, DE MÉXICO)

SEÑOR PRESIDENTE: SEÑORAS: SEÑORES:

VIENE a mí, semejante al misterioso recuerdo de un ensueño ya lejano, mi primera visita al Certamen con que, en 1900, París clausuró el siglo XIX: el más raro y potente de los siglos. Esa visita fué como la entrada al país del milagro y de lo inefable.

Bordando el colosal campo de Marte, se levanta un inmenso palacio de cristales y de hierro, en cuyo centro hay una «sala de fiestas», «grande como para contener dos tempestades», según la noble hipérbole del poeta argentino. Llámase este palacio de las Máquinas, y en una galería desmesurada, entre un caos de poleas, de cintas, manivelas, cremalleras, cilindros y palancas, se movían

entonces, sin ruido, en un bello silencio, innumerables organismos de acero gigantescos, llegados a aquel punto de todos los rumbos del planeta.

Quien de lejos hubiese vislumbrado tal conjunto de monstruos, sin duda que pensara que al acercarse a contemplarlos iba a ensordecerle el espantoso estruendo de una brava catarata o el hórrido estampido de los truenos, y de él se apoderaba inmenso pasmo al ver girar las ruedas de diámetros sin fin en un mutismo tal, como en el que ruedan en el éter las huestes de planetas y soles rutilantes,

> «como una imponderable flota de oro
> incendiada, en un mar imponderable»...

En la sala de fiestas se leyó una tarde inolvidable la lista de los premios que un Jurado internacional otorgaba a los expositores, y la solemnidad fué de una esplendidez no superada hasta hoy por nada ni por nadie. Veinte mil espectadores cuando menos acudieron, y unas trescientas voces de mujeres iniciaron el acto con un himno que Saint-Saens compuso y que era un prodigio de unción, de alteza y de armonía. Después, ante el noble presidente que desde su tribuna dominaba el conjunto maravilloso, envuelto en la gloria tricolor de las banderas francesas, tras de las cuales va siempre como una hada la cultura, desfilaron las representaciones de todos los pueblos, al son de sus himnos de guerra y de gloria.

Los Estados Unidos, aún ebrios con la embria-

guez de su última victoria, pasaron escoltando la gran bandera de las estrellas y las barras, ingenuamente ufana de sus triunfos.

Y los rusos llegaron después con su bandera de topacio, en cuyo centro el águila bicápite desplegaba las alas y era un símbolo de la reciente alianza entre los vástagos del viejo Lacio y los tártaros amarillentos, hijos de la estepa nevada.

Y marcharon después los linajudos españoles, orgullosos, tristes y severos, agitando la flama roja y gualda de su bandera, conocida de todas las borrascas y que dijo de tú a todos los océanos, en otro tiempo... cuando Dios quería.

Y todas las naciones desfilaron: Austria, que ostenta el águila imperial coronada, cuyas garras sostienen una espada y un mundo rematado por la cruz; Inglaterra, que tiene como armas el bravo león inglés, el enigmático unicornio de Escocia y la divina arpa de Irlanda; todo, amparado por el viejo mote: *Honni soit qui mal y pense,* y la divisa *Dios y mi derecho;*

Suecia y Noruega con sus dos coronas y sus dos leones rampantes;

Grecia con sus dos leones coronados y su cruz, esa cruz en que después de Cristo fué crucificado el radioso paganismo, con la divina Palas Atenea;

Prusia con sus dos Hércules que se apoyan en sendas mazas, su grifo coronado y el orgullo imperial de su Hohenzollern;

Portugal con sus siete torres y su manto de armiño;

Holanda con su león, coronado también, que sostiene una ancha espada y en lacónico mote dice: *Je maintiendrai!*,

Y Suecia con su cruz que se destaca solitaria en el haz de su bandera graciosa.

En fin, todos los pueblos con sus divisas y sus lemas de amor, de guerra y de gloria, pasaron lentamente, lentamente... Ondearon de pronto los tres vivos colores de Iguala que enhestaba una mano cariñosa, y cuando las bandas esbozaron unidas la marcial pompa de nuestro himno augusto, mis ojos se nublaron de lágrimas. La patria pasaba... Sí, la patria, todavía infantil, con la gracia naciente de sus primaveras y con la dulce, con la inviolada majestad de sus cielos azules; con la excelsa blancura de sus montañas, y también con la precoz tristeza de los niños que se asoman vagamente a la vida...

Mientras airosa, sobre el campo blanco de su noble bandera, el águila emblemática abría las alas e hincaba las uñas en la esmeralda del nopal, silvestre piedra preciosa, yo, con la mirada del alma puesta en mi tierra distante, soñaba. Soñaba en una México poderosa y activa, a cuyos puertos llegase de continuo una romería de naves, soñaba en que la vieja sangre tenochca y la no menos vieja sangre ibera palpitasen otra vez en nuestras venas, resucitando para el bien y para las libertades; soñaba en una México temida, y más que temida, amada, hegémona, y que fuese la metrópoli latina de América; soñaba en una Mé-

xico que mostrase aunadas en su frente toda su juventud y sus leyendas, dejando adivinar en sus pupilas enormes, rizadas y obscuras, dos poesías divinas: la poesía legendaria y heroica de su pasado y la dulce poesía de su presente, de su renacimiento definitivo; la poesía del águila vuelta cóndor, del cóndor vuelto montaña, de la montaña vuelta astro...

Mas cuando abrí los ojos, el símbolo había pasado; resonaba el salón en todos su ámbitos con el himno postrer de las músicas, y allá fuera, en el inmenso paralelogramo del Campo de Marte, en que pasean las sombras de los viejos legionarios, la Torre Eiffel, como un signo inmenso de admiración, hendía el infinito, donde temblaba ya el alma luminosa de las primeras estrellas...

Tres años hace de este ensueño magnífico, y mi planta peregrina, que ha ido por el mundo en pos de todas las formas fugitivas de la belleza eterna, al tornar a México de nuevo, encontró la dulce patria muy crecida. Doraba el sol sus trenzas de azabache con no sé qué promesas y esperanzas resplandecientes de gloria próxima... Hoy, como el eco de aquella lejana visión, como una respuesta al desfile aquel de la Sala de Fiestas de la capital del mundo, asistimos a la entrega de las recompensas ganadas por México en el certamen finisecular que congregó a todas las naciones, y Francia, la dulce madre latina, portaestandarte

del pensamiento del mundo, nos envía sonriente el premio de nuestra faena; mas esta su sonrisa dice muchas cosas... Dice: «Trabaja, que la mies es mucha y los operarios pocos; lucha aún; el esfuerzo que has hecho es sólo balbuceo, y el mundo espera la canción completa; trabaja: que tus campos inmensos necesitan riegos para dorarse con el oro de los trigos, empenacharse con el rojo airón de los maizales y nevarse con los copos impolutos del algodón; trabaja: la hulla, que es la novia negra del minero, aguarda al zapapico en los filones escondidos; el hierro, que es la riqueza mejor de los pueblos, está pronto a trocarse en herramienta en tus manos, dispuesto está a ser arma en tu brazo, cinta de acero en tus caminos, cuchilla en tus arados, alma indestructible en tus edificios... Mira, las montañas pródigas te lo ofrecen. ¡Extráelo de su seno generoso! Trabaja: tus mares son vastos y azules como ensueños; ráyalos con la aguda quilla de tus naves... ¿Ves?, tus costas suavemente ondulan, formando innumerables abrigos solitarios; conviértelos en puertos y que en ellos se guarezcan todas las alas temblorosas de los mástiles, todas las escamas de hierro de los barcos...

»Trabaja: lo que has hecho es como el pórtico gracioso del inmenso palacio que esperan que levantes las naciones cultas que te contemplan.

»Trabaja: el futuro tiende hacia ti sus brazos cargados de promesas y la historia te aguarda, y la sonrisa de Dios te ilumina desde el cielo...» Eso

nos dice Francia, eso nos dicen también nuestra conciencia y nuestros anhelos.

El espíritu lúcido que hace cuatro lustros rige el país, nos dió el secreto de la paz, y su mano, siempre firme, nos mostró la ruta del porvenir. Caminemos en paz por esa ruta, recordando las frases del patriarca José a sus hermanos, que partían de Egipto: «Y sobre todo, hermanos míos, no os enojéis en el camino...»

¡Oh! mi México bien amada, piensa en la grandeza de tu papel en el inmenso concierto de las Américas latinas; recuerda que eres la hermana mayor de las hermanas que la España del siglo décimosexto derramó sobre el ancho continente... De todas ellas tú fuiste quizá la más española, y por eso se refleja en tus pupilas todavía la silueta misteriosa de los molinos de viento, que proyectan noble sombra... Hay diez y seis hermanas que contemplan tu corona de almenas y tu águila brava, y esperan de ti el llamado inicial para todas las nobles cruzadas, el impulso inicial para todos los grandes combates, el inicial aleteo de todas las ascensiones...

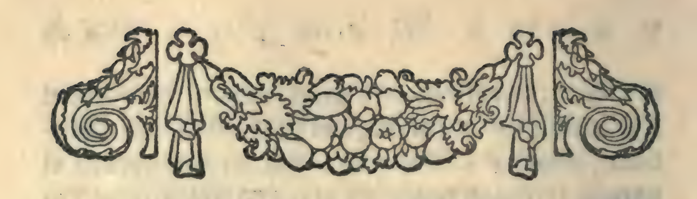
Ellas buscan, mirando tus ojos, el vasto secreto de los horizontes, y víctimas todas de convulsiones morales y convulsiones políticas tremendas como las convulsiones geológicas que aún perturban su seno, te gritan desde lejos con angustia, como en el viejo cuento del divino Perrault: Ana, hermana Ana, ¿qué ves? Y tú, entretanto, escrutas el polvoso camino de la vida...

«¡Oh!, Ana, hermana Ana, ¿qué ves?»—repiten todas las dulces y dolientes Américas latinas, y tú, la buena hermana, les respondes: «Miro, allá, muy lejos, en el orto pálido, lucir la nueva aurora; veo las manos de todas las naciones hispanas oprimiéndose afectuosas y leales; veo correr por el dorso de los Andes, como por una inmensa vértebra de basaltos, o una espina dorsal llena de tuétanos de leones y de águilas reales, las nerviosas corrientes de progreso y de amor; contemplo un grupo de graciosas doncellas que caminan del brazo por la existencia: tan parecidas todas como hermanas que la madre vistió del mismo modo. Esta altiva y rubia, es la República de Chile, joven reina del Pacífico meridional; esa otra, que es morena y es luminosa y ostenta grandes ojos italianos, cuyo nombre repica como un timbre de plata, es la República Argentina, reina poderosa de las Pampas. Aquella adolescente, llena de rítmicas molicies, de dulces pupilas criollas, que se aduerme al vaivén lánguido de sus hamacas, es Cuba, reina de las vegas... Nació a la libertad hace poco tiempo; mírala, es muy niña todavía! ¡Y aquella otra mujer toda de ébano, pero muy hermosa, «nigra, sed formosa!», emperatriz de los bosques vírgenes, en cuyo seno el boa enreda sus gigantes anillos y el colibrí tiembla en el aire como una joya con alas, es el Brasil, inmensa y misteriosa diosa del Amazonas. Y esa otra virgen llena de dulzura, en cuyas palideces románticas hay todas las tristezas de María la de Isaac, cuya sombra peregrina aún por

el Cauca, la sola que el gran nombre heredó del Almirante, es Colombia, tan espléndida que Humboldt, poeta y sabio, creyó que en ella estuvo el paraíso terrenal; posee un perenne milagro, el Tequendama, y en sus ocultos senos radian las esmeraldas trémulas como pupilas verdes en que brilla toda la ciencia de las serpientes, en el obscuro enigma de las minas!»

«¡Oh!, Ana, hermana Ana, di ¿qué miras?» Y México, la hermana Ana, les responde: «Os contemplo a vosotras, mis buenas hermanas, resucitando las antiguas glorias latinas; os contemplo ya serenas y fuertes como yo, trazando un puente de iris, símbolo de paz, a través del infinito y cabalgando en él como Walkyrias hacia el divino porvenir de nuestra América, al son de un inmenso himno en que cantan el eterno rumor de nuestras selvas, y el eterno rumor de nuestros océanos, y el eterno rumor de nuestras montañas.»

Entonces, al oir estas nobles palabras, el grupo de doncellas latinas, que se parecen todas como hermanas que la madre vistió del mismo modo, responderán a México: «¡Oh!, mi hermana mayor, que sabes ver tan bellas cosas y que esperas con una fe tan grande en nuestro porvenir: ¡que Dios te bendiga!»



II

LA LITERATURA LUNAR Y LA HABITABILIDAD DE LOS SATÉLITES

(Leído en la Sociedad Astronómica de México, en las sesiones de los miércoles 7 de septiembre y 5 de octubre de 1904.)

SEÑORAS: SEÑORES:

ANTE todo una confesión: Yo no soy astrónomo ni pretendo serlo. No estoy preparado para esa ciencia, la más bella de todas, más que por el amor inmenso que le tengo desde niño. Soy un aficionado a la Cosmografía, he aquí todo, y si la Sociedad Astronómica de México, a la que me es tan grato pertenecer, no admitiese dentro de su liberal y generosa amplitud a los que desean aprender; si en ella no se codeasen el que descifra el enigma luminoso de las constelaciones y el que sólo empieza a deletrear el divino alfabeto de oro de las estrellas, no sería yo quien osara abordar esta tribuna.

Hecha tal aclaración, que acaso acrezca vuestra

indulgencia y con ella mi ánimo para hablaros, voy a abordar el punto que he elegido como tema de un breve estudio y que hace mucho tiempo constituye una de las fases predilectas de mi curiosidad astronómica, a saber: la habitabilidad de los satélites, muy numerosos por cierto, de nuestro sistema planetario.

Desde la más remota antigüedad los pastores caldeos, los viejos patriarcas, los primeros marinos, que en sus largos ocios forzados levantaban los ojos al cielo, cuando la luna se mecía suavemente en el éter, ya en su primer cuarto, como una *góndola de alabastro*, según la inolvidable expresión del poeta americano, ya en su llena como una lámpara votiva, prendida ante el altar de la noche, ya en su segundo cuarto y rodeada de nubes, como la cuna de un dios recién nacido allá en los cielos, se han preguntado si en ese astro hay inteligencias como las nuestras, seres como nosotros; y si existe una literatura socorrida, es sin duda la de los viajes a la luna. No seré yo quien enumere las novelas y fantasías diversas que han tenido este tópico, y entre las cuales sobresalen, por cierto, el cuento de Edgar Poe, y la famosísima y ya clásica novela de *Cyrano de Bergerac*, porque sería asunto de nunca acabar; pero sí os referiré muy brevemente algo del último libro que se ha escrito sobre este asunto, porque se trata de un libro sencillamente maravilloso. Me refiero a *Los primeros hombres en la Luna*, del joven y ya celebérrimo escritor inglés Herbert

George Wells, autor de las obras en que sobre una base perfectamente científica campea una de las imaginaciones más privilegiadas del planeta; tal (para no citar de una vez más que una obra) como *La guerra de los mundos*, en la que el autor supone que los habitantes de Marte, que están enamorados hace tiempo de la Tierra, muy más vasta que su globo, mimada por el Sol, envuelta en una atmósfera riquísima, deciden colonizarla, apoderarse de ella, y nos envían diez proyectiles cilíndricos, en los cuales vienen unos cuantos marcianos, provistos, como un elemento de guerra, de aparatos que proyectan lo que los humanos acaban por llamar el *rayo ardiente*, con el cual carbonizan cuanto hallan a su paso. Este rayo ardiente proviene de la producción de un calor intenso en una cámara de no conductibilidad práctica absoluta. Lo aproyectan en un rayo paralelo, contra los objetos que quieren, por medio de un espejo parabólico, de una composición desconocida, algo así como el espejo parabólico de un faro proyecta un rayo de luz. Un rayo de calor es, pues, la esencia de la cosa, un calor invisible. Todo lo que es capaz de combustión se inflama a su contacto: el plomo corre como el agua, el hierro se ablanda, el vidrio estalla y se funde y el agua se vuelve inmediatamente vapor (1).

---

(1) Los marcianos traen también unos cohetes que al estallar, silenciosamente, descargan enormes nubes de vapor negro y emponzoñado, con el cual asfixian masas enteras de soldados.

Well describe a los marcianos como unos seres que se asemejan al pulpo, en virtud de su configuración extraordinaria. Son, para expresarme de una manera sintética, unos cerebros provistos de tentáculos. Unas inmensas arañas con dos ojos enormes de una expresión intensísima de inteligencia y con apéndices tentaculares de una fineza indecible. Estos seres extraordinarios, previendo el exceso de pesantez de la tierra, con relación a su planeta, traen una especie de tripiés gigantescos, de metal desconocido, y de pies articulados, en cuya intersección se yergue una torrecilla blindada, a la cual el marciano se encarama y por ministerio de una maquinaria curiosísima marcha a grandes zancadas, y neutraliza la gravedad. Los marcianos no hablan: su lenguaje es la simple y silenciosa comunicación del pensamiento. No tienen sexo: se producen como las frutas en el árbol. En aquel núcleo de araña va hinchándose un apéndice extraño, que un día por su propia virtud se desprende de él y se mueve con vida propia. Es un marciano niño... Los marcianos no tienen tampoco, como se colige de su estructura ya descrita, tubo digestivo: se inyectan fácilmente..., *¡horresco referens!*, sangre de ciertos animales de su planeta, ¡sangre que aquí sustituyen por la del hombre! Han elegido para enviar sus proyectiles cilíndricos, en el momento más favorable de la oposición del planeta, a Inglaterra, pues que las observaciones asiduas hechas con aparatos de óptica perfectos, les han demostrado que es Ingla-

terra el país más civilizado del globo, y quieren empezar a comerse el bollo por lo más dorado y a beberse la leche por la crema. No hay que olvidar que el autor de este trabajo es inglés. En vano los soldados británicos echan mano de sus cañones *Maxim,* de sus fusiles con balita dun-dun, de sus monitores erizados de ametralladoras, de sus explosivos formidables. Los marcianos proyectan su *rayo ardiente* sobre un batallón, y los soldados quedan reducidos a un poco de gelatina untada en el suelo y que despide cierto olor a quemado; los ríos se evaporan, los árboles se tuestan y se truecan cenizas... Lucha heroica, pero inútil, la de una civilización rudimentaria contra una civilización que se ha desarrollado al través de incontables milenarios y que ha llegado a una perfección abrumadora... Los ingleses se resuelven a no luchar más.. «Si como es presumible—se dicen—estos seres quieren a toda costa establecerse entre nosotros, es en vano tratar de impedírselo: no conseguiremos sino excitarlos a duras represalias. Son infinitamente más civilizados que nosotros y de seguro no matan, pues, por matar. Matan porque queremos oponernos a sus irrevocables planes. Huyamos de ellos como podamos. He aquí el único arbitrio posible. Si han decidido algo así como el exterminio de nuestra humanidad imperfecta, será inútil oponernos; pero acaso no han decidido esto...» (1).

(1) Como los marcianos necesitan la sangre de los hombres para alimentarse, lo probable, en concepto de

Prodúcese, pues, una desbandada inmensa, ante aquellos seres extraordinarios, que avanzan destruyéndolo todo y estableciendo nuevos campamentos. En ellos, por la noche, a los fulgores de una luz fantástica, los raros curiosos que atisban ven moverse los tripiés enormes, que se proyectan sobre el fondo del cielo, y otras máquinas incomprensibles que trabajaban en silencio... Y una noche se oye un quejido indefinible, inaudito, extrahumano, basado sólo en dos notas: u-la, u-la... algo semejante a la sirena de un buque... Luego otro quejido que le responde como un eco, otro después... Estos quejidos se escuchan por espacio de varios días... y cierta mañana, los pocos infelices que han permanecido en Londres, escondiéndose y temblando a cada paso, advierten que en el campamento calla todo, los gigantescos tripiés se yerguen inmóviles bajo el cielo, y en las torrecillas que los coronan los marcianos están muertos... Muertos ellos, los vencedores, los invencibles, los hijos del cielo... Muertos, adivinad por qué, por quién: pues por los infinitos microbios patógenos de la tierra, por los invisibles y pululantes microorganismos del planeta, que se ceban en aquellos seres no prevenidos, destituídos de leucocitos que detengan el envenenamiento de su savia, no aclimatados en este mun-

---

uno de los personajes del libro de Wells, es que hagan con los humanos lo que éstos hacen con los animales domésticos: engordarlos concienzudamente para el plato... como si dijéramos.

do... venidos, en fin, de un planeta en que, ¡oh dicha infinita!, no hay bacterias... Los marcianos, como verán ustedes, no contaban con la huéspeda... y la huéspeda los mató.

Hay otra novela corta en que Wells supone que un planeta venido de las profundidades del abismo, choca con Neptuno; el movimiento se transforma en calor; los dos planetas se incendian y, convertidos en un sol, se precipitan hacia el astro del día, pasando tan cerca de la tierra, que licúan el casco nevado de sus polos y hacen un verjel de la Groenlandia, de la Islandia y de las riberas del mar de Baffin, concluyendo por fundirse en el astro central, cuyo poder calorífico aumentan de tal suerte, que los habitantes de la tierra que sobreviven a los espantosos terremotos, a las terribles inundaciones, al nunca visto y tremendo cataclismo que se produce, se encuentran en las condiciones climatológicas de los mercurianos, los cuales, sin duda, se achicharraron ya.

Hay aún otra novela de Wells, *El huevo de cristal,* en la que se refiere cómo a un comercio de baratijas un desconocido va a vender un huevo diáfano y misterioso, que observado al amparo de un terciopelo negro, deja ver los paisajes de un mundo lejano, merced a una incomprensible correspondencia visual con otros muchos huevos de cristal que hay en ese mundo y que están clavados sobre unos inmensos mástiles. Vénse pasar por la cóncava superficie del huevo, seres alados de una gracia y de una delicadeza incomparables;

se advierten edificios hermosísimos, que recuerdan vagamente nuestros palomares y donde aquellos seres se hospedan... Los habitantes de ese mundo ideal han arrojado varios de aquellos huevos a la tierra para seguir, por medio de una correlación óptica con los que ellos tienen en su mundo, nuestra evolución.

Pero no quiero divagar más y os contaré sucintamente, antes de pasar al núcleo de mi trabajo, el argumento de *Los primeros hombres en la Luna*. Supone Wells que un tal Cavor, muy sabio y muy loco, descubre una especie de cristal al que llama la cavorita, y el cual puede hacerse insensible, con una simple maniobra, a la atracción de la tierra y sensible a la de los otros astros. Construye con esta substancia una bala poliédrica, recubierta de acero, en cada uno de sus lados y en forma de puertecillas que se pueden abrir y cerrar desde el interior. Llena éste de todo lo necesario para un largo viaje, y sobre todo de elementos para fabricar oxígeno, y haciendo jugar hábilmente sus puertecillas corredizas para ir sometiendo la cavorita a la atracción de la luna, y neutralizando la de la tierra, llega, después de algunos días de vertiginosa navegación etérea, a nuestro satélite, acompañado de un amigo decidido, que le ha ayudado en sus experimentos... ¡y que es tan loco como él!

Al llegar, en la zona del satélite donde la bala ha caído, empieza a surgir el sol (cuyo disco alteran inmensas protuberancias de hidrógeno inflamado), sin opacar una sola estrella, y, espectáculo

extraordinario: ciertas montañas de una forma caprichosa y de un delicioso color azul, casi diáfanas, que los viajeros observan en la superficie lunar, se deshacen con espantosos silbidos y desaparecen sin dejar huellas... Son montañas de aire, de aire congelado durante la larga noche lunar y bajo el frío espantoso del espacio... que es de unos — 270° C.

A medida que el sol se levanta en el cielo negro, absolutamente negro, sin el menor presentimiento de azul, una vegetación repentina lo invade todo, una vegetación loca, que se ve desarrollarse a la simple vista, lo cual quiere decir que en Selene no es raro ni significa gran agudeza visual eso de ver crecer la yerba... Tal vegetación durará apenas el día lunar y morirá en seguida ante la invasora noche helada.

Nuestros amigos, que han salido ya de su *barco* y que respiran aunque con cierta dificultad, no pueden hacer el menor esfuerzo muscular sin elevarse del suelo algunos pies, cayendo suavemente, ya al fondo de los inmensos circos penumbrosos, ya al borde de las ranuras que serpentean, ya en las crestas de los taludes y de los cantiles, donde el clarobscuro violento, sin transiciones apreciables, hace pensar en los paisajes de un Rembrandt insensato.

Después de notables descripciones que muestran el profundo conocimiento de la Selenografía que posee Wells, y que yo no repetiré por no desnaturalizarlas, pues hace ya algunos años que

leí esa obra, llega el autor al capítulo de los habitantes. La luna está habitada, densamente habitada, no en su superficie, sino en sus entrañas. El planeta está perforado por galerías y túneles inmensos, alumbrados perennemente por una luz azulada que produce una maquinaria incomprensible y que es líquida. Esta luz corre aquí y allí, como una linfa milagrosa que desprende un resplandor bastante para iluminarlo todo. Durante el día lunar los selenitas salen a la superficie; los pastores llevan a pastar sus ganados a aquellas praderas surgidas como por encanto al beso inflamado del sol. Durante la noche, y en general en toda época, viven en aquel gigantesco hormiguero, en aquellas ciudades escondidas, que se mantienen a una temperatura igual, lejos de los extremosos y terribles cambios de la superficie. Estos selenitas son invertebrados, especie de insectos gigantescos de las más diversas apariencias, porque allí no se ha desarrollado una sola especie, sino varias especies humanas paralelamente... Más aún: las diversas funciones sociales han modificado todavía estas especies. Los hombres que se han dedicado al estudio, por ejemplo, han desarrollado su cerebro sin límite alguno, puesto que en ellos la substancia gris no está circunscripta por una pared craneana, sino por simples cartílagos susceptibles de desarrollarse, de suerte que la misma función intelectual ejercida durante varios siglos y a través de varias generaciones, ha acabado por hacer de los cerebrales enormes ma-

sas gelatinosas, sustentadas por un cuerpecillo tan enteco y atrofiado, que apenas si se les ve bajo la mole enorme de la cabeza. Los historiadores han desenvuelto a un grado sumo las circunvoluciones de la memoria, de tal suerte, que son incapaces de olvidar un solo dato, una sola fecha, un solo incidente de la vida lunar desde los primeros tiempos. Esto hace que en la luna no haya bibliotecas; los sabios son bibliotecas ambulantes. Los políglotas han logrado ampliar hasta la monstruosidad la circunvolución que corresponde a los idiomas, y no sólo en el terreno cerebral, sino en el muscular, este desarrollo ha podido realizarse. Dos ejemplos: los mozos de cordel en la luna muestran unos hombros de una resistencia a toda prueba, y los voceadores, los pregoneros, los que dicen las noticias del día y gritan las alabanzas de los grandes selenitas, han llegado a prolongar a fuerza de ejercicio sus bocas, hasta darles la forma de una trompa que en el enrarecido aire lunar se deja oir a buena distancia. La función, que crea el órgano, con más razón lo desarrolla, y en la luna este desarrollo es notable, especializando a cada uno en su profesión, en su oficio, en su misión, de tal suerte, que allí no hay quejosos y ninguno envidia la suerte de otro, porque cada cual se siente particularmente, y en virtud de un heredismo ineludible, confinado a una función especial.

¿Cómo acaba esta interesante novela? Pues con la muerte de uno de los exploradores, Cavor, y la

escapatoria del otro hacia la tierra, en la bala de marras. A Cavor lo sentencian a muerte en la luna porque comete la indiscreción de contar al *Gran Lunar,* es decir, al jefe supremo de los selenitas, que en la tierra hay naciones diversas, que estas naciones están continuamente haciéndose la guerra con el fin de comer la carne de los animales que matan y de apoderarse de más terreno, y que él solo es el que sabe el secreto para ir a la luna. Los selenitas temen la invasión de los terrestres, si se divulga el invento de Cavor, y lo matan, en tanto que su compañero, a quien no han visto, escapa con la máquina.

He querido contar a ustedes el argumento abreviado de esta novela, para que conozcan el ejemplar más interesante que la literatura moderna ha producido sobre la luna, esfinge de plata que en todos los siglos ha despertado vigorosamente la curiosidad de los sabios, de los artistas y de los poetas.

Sin ir más lejos, nuestro malogrado Acuña, en una espiritual sátira, se queja precisamente de que no ha habido poeta que no escriba un canto a la reina de la noche, y les reprocha a todos que *se suban tan arriba que tengan que escribir sobre la luna.*

Por mi parte, y en unión de un buen amigo mío, miembro de esta Sociedad, me propongo relatar

en una de las sesiones próximas, si vuestra indulgencia me lo permite, la influencia que la luna ha ejercido en el pensamiento y el corazón humanos, en los artistas, en los sabios, en los poetas, y especialmente en los enamorados, desde los límites más lejanos de la historia. Por ahora basta la fantasía y entremos en especulaciones más serias.

La habitabilidad de los satélites se llama este trabajo, y el primer satélite que hallamos al paso en un posible viaje hacia las fronteras de nuestro sistema es la luna. ¿Es la luna un verdadero satélite nuestro? Hay una opinión, muy poco conocida, pero profesada por hombres de alto valer, que dice que no: la luna, según esta opinión, no brillaba en los cielos terrestres en edades remotísimas, en razón de estar de continuo detrás del sol con respecto a la tierra, pues que ambas fueron formadas, si hemos de reproducir lo que cuenta uno de los novísimos popularizadores de esta teoría, en extremos opuestos, con los asteroides de un mismo anillo emitido, sufriendo la luna la atracción combinada de todos los planetas ulteriores, los cuales hicieron que su órbita aumentara de radio, separándose por primera vez de la terrestre trayectoria. Poco tiempo después pudo empero alcanzarla la tierra y esclavizarla a su órbita como un seudo satélite, pero la curva de la nueva órbita lunar en derredor de nuestro planeta, está

muy lejos de ser permanente, y a pesar de los artificiosos aunque meritísimos cálculos de Laplace en contrario, lo cierto es que la luna caerá al fin sobre la tierra dentro de millares de siglos, no de otra suerte que los anillos de Saturno sobre éste, según una opinión, autorizada por el hecho de que lenta pero continuamente van ciñendo más y más al colosal planeta. Cuando la luna caiga sobre nosotros—Dios nos coja confesados—se producirá un trastorno geológico muchísimo mayor que el de su aproximación por vez primera a sesenta radios terrestres, en lugar de los sesenta o más millones de leguas que antes distaba de nuestro mundo, cambio que originó una era geológica y que ocasionó la pérdida de toda su agua y todos sus gases, que casi fueron incorporados a la tierra.

Según otra opinión, la luna fué proyectada por la tierra en uno de sus cataclismos primordiales, y el Océano Pacífico, las depresiones de cuyos fondos son enormes, cubrió como si dijéramos el hueco dejado por el desprendimiento. Recuerdo a este propósito haber leído en alguna parte que si la luna cayese sobre la tierra, en los mares australes, podría flotar como una gigantesca bola de corcho, sin chocar con playa alguna. De tal suerte son vastos estos océanos, o lo eran, en resumidas cuentas, porque la última expedición antártica parece que ha encontrado nada menos que un continente, cubierto por un considerable espesor de hielo, un continente que acaso estuvo habitado en edades que transcurrieron más allá de la

historia, cuando los polos eran tibios y permitían la germinación de variadas faunas y floras y aun el desarrollo de humanidades que debieron bajar lentamente hacia los trópicos en demanda de un calor que se les escapaba.

De acuerdo con esta segunda teoría, la Luna vuelve a ser, pues, satélite genuino de la Tierra, no surgido de su ecuador precisamente, sino de sus propias entrañas, lo que es más aún. Pero sea satélite físico o satélite apócrifo de nuestro planeta, esto en nada altera los términos del problema que es objeto de mi pequeño estudio, y que se formula en la breve pregunta siguiente: ¿La Luna es o ha podido o podrá ser el asiento de una vida animada? Desde luego responderemos en parte a esta pregunta, diciendo con absoluta seguridad que la Luna no será ya, en un futuro cualquiera, por próximo que se le considere, capaz de producir y sustentar vida alguna distinta de la que haya producido. ¿Por qué? Porque es un mundo en su ocaso, un mundo que se acerca ya a sus últimas etapas cósmicas, un planeta en su crepúsculo. Si la humanidad existe en la Luna, existe sin duda en sus postrimerías, lo cual quiere decir, entre paréntesis, que será una humanidad infinitamente más civilizada que la nuestra y donde sin duda los grandes inventores no se devanan los sesos para construir *destroyers*, acorazados y granadas de lidita... Todas las observaciones hechas sobre la luna, desde que Galileo dirigió a ella el primer telescopio, muestran que

es un planeta cuyo enfriamiento está muy avanzado y en cuya superficie no se efectúan grandes cambios apreciables para nuestros aún modestos aparatos, sin que por eso debamos negar que estos cambios existen, como se verá luego. Podemos, pues, afirmar que la Luna no es un mundo del porvenir, sino del pasado... Pero ¿quién ha dicho que los mundos deben poblarse simultáneamente? Para la fuerza que los ha desparramado en el vacío no existe el hoy ni el mañana. Su acción es permanente, y en todos los momentos del cosmos hay cuando menos un mundo que se enfría, una nebulosa que se condensa, un planeta que se endurece, otro que muere y otro que se ostenta en la plenitud de la vida...

Junto a Marte, que probablemente ha llegado ya a un período muy avanzado de su evolución y donde debe haber humanidades de una superioridad tal que entre nosotros pasarían por ángeles, está el colosal Júpiter, más de mil doscientas veces mayor que la Tierra y que no es aún muy probablemente más que un sol apagado en cuya superficie inmensa, conmovida por tremendos cataclismos, las fuerzas primordiales empiezan apenas a trabajar los continentes de donde ha de surgir la vida futura.

Otro tanto puede decirse del misterioso Saturno, mientras que acaso Urano y Neptuno están ya en condiciones de habitabilidad, y la criatura inteligente que los habita abre apenas sus ojos a la suave y tenue luz del lejanísimo Sol, a aquellos

mediodías que aquí serían crepúsculos, y empieza a ascender por la escala de la vida hacia esa meta arcana que persiguen todas las humanidades a través del tiempo y del espacio...

La Luna, pues, decíamos, no es un mundo del porvenir, sino un mundo del pasado, que acaso arrastra consigo una humanidad agonizante, si es que el último selenita no yace ya al amparo sombrío de algún circo a cuyo fondo jamás penetra el Sol.

Cuando la Tierra ardía aún presa de espantosas conflagraciones; cuando en la oleada inmensa de ardientes líquidos pugnaban por formarse leves costras, gérmenes de futuros continentes, que a poco eran agujereados, desgarrados, pulverizados por una erupción; cuando no surgían aún ni las formas primitivas de la vida, y en el futuro lejano de las posibilidades se delineaban apenas las siluetas monstruosas del plesiosauro, del dinosauro, del megaterium y de los saurios volantes, de la Luna surgía ya la vida, mimada por las primaveras y dorada por las luces de dos soles enormes: la tierra, cuyo disco rojo asomaba llenando algunos grados del cielo, y el sol, cuyo fulgor, entonces blanco como el de Sirio, de Vega o de Altair, casi azulado, como el de la Espiga de la Virgen, se combinaba en maravillosos matices con los fulgores terrenos. ¡Qué espectáculo tan maravilloso el que se ofrecía en aquella sazón ante los ojos de los Selenistas!... La tierra, siempre en sus cielos, fué sin duda para ellos el centro del sistema

o acaso creyeron en dos astros gemelos, a los cuales elevaron altares. El sol engendraba apenas a Venus y a Mercurio, y torrificaba a nuestro hoy moribundo satélite, entonces en germinación... ¡Durante cuántos siglos los Selenitas, ya en la plenitud de su desarrollo, ya en el súmum de su cultura, apuntaron con sus telescopios a nuestro planeta, sin sorprender un solo destello de vida animada; con qüé ansiedad esperaron el primer balbuceo de nuestra inteligencia!... Ellos fueron testigos de las épocas primitivas en que el labeRintodonte mostraba su cabeza deforme y los pterodáctilos, esos grandes pájaros-lagartos, agitaban sus alas membranosas en el aire densísimo. Ellos vieron después al troglodita guarecerse en las cavernas, perseguido por el *felis spelœa* y por el mamouth; ellos adivinaron a las primeras humanidades lacustres a la orilla de las aguas tranquilas; ellos contemplaron las opulencias de la edad de bronce... y en el principio y más tarde y después y siempre... vieron al hombre en perpetua lucha con el hombre, vieron al fantasma de la guerra proyectar su sombra esqueletosa sobre las llanuras sangrientas; vieron al rey de la creación hacer concienzudamente un infierno de horrores de lo que Dios en su infinita misericordia había querido que fuese ùn paraíso... Quién sabe si ahora mismo las últimas familias lunares, refugiadas en los más profundos valles, espían aún nuestros adelantos, esperando que inventemos determinados aparatos que nos permitan comprender

ciertos signos repetidos pacientemente por ellos a través de milenarios, y lo único que distinguen son los acorazados rusos y japoneses vomitando por todos sus cañones el exterminio de seres inteligentes y buenos a quienes las clases dirigentes de los dos imperios envían a destrozarse sin piedad por la posesión de algunos kilómetros cuadrados...

En aquel tiempo la actividad vital de la luna era tan vigorosa como lo es hoy la tierra. El poder fecundo de la naturaleza ejercíase ahí en toda su plenitud. Una atmósfera rica suavizaba los rayos del sol duplo que calentaba nuestro satélite y refrescaba los hondos valles donde la vegetación más lujuriosa se ostentaba en toda pompa y lozanía. El mar de las Crisis era entonces un pequeño Mediterráneo, en cuyos bordes, erizados de cráteres, debieron levantarse muchas ciudades, hoy quizá en ruinas. El mar de las Lluvias y el océano de las Tempestades debieron verse surcados por la navegación activísima de pueblos ricos y productores... Pero no volvamos la imaginación hacia el pasado, un pasado tan remoto ya, y estudiemos por un instante las probabilidades de habitabilidad actual de nuestra pálida Diana. El problema capital que en este caso se nos presenta es el de saber si la luna tiene atmósfera.

Los astrónomos han dicho en su mayoría que no, condenando al astro a una muerte absoluta; pero ni sus razonamientos son concluyentes, ni aun tan precisos como sería de desearse. Sobre

todo, contra los múchos argumentos en contra hay una buena cantidad de argumentos en pro y algunas series de observaciones cuidadosas tienden a demostrar que existe en la luna una atmósfera muy tenue, susceptible sin duda de alimentar aún la vida. Citemos algunas de estas observaciones con toda la brevedad posible.

El señor Schroeter ha observado en el contorno obscuro de la luna fenómenos de verdadera vislumbre o resplandor crepuscular. Los señores Pablo y Próspero Henry comprobaron qúe una claridad de crepúsculo prolonga los cuernos del segmento iluminado y permanece visible fuera del disco obscuro; claridad es ésta múy débil en verdad, pero cuya presencia indudable se ha testificado en condiciones especiales de limpidez atmosférica. Hay numerosísimas observaciones respecto de este punto, las cuales aumentan diariamente las probabilidades de una atmósfera lunar. Flammarión, por su parte, después de haber observado durante muchos años nuestro satélite y de conocer palmo a palmo su superficie, asegura haber visto en diversas regiones verdaderos efectos de crepúsculo, así como en determinadas ocultaciones de estrellas y en condiciones atmosféricas excepcionales ciertos indicios de una irradiación atmosférica.

Hay otros fenómenos observados en la luna, tales como la comprobada desaparición de un cráter muy conocido, el Platón, que hacen pensar en que no está todo tan muerto como se cree en su

extensión, desierta al parecer, y que directamente apoyan la creencia en una atmósfera. A saber: el señor Birt, harto reputado por sus estudios selenográficos, ha observado que el fondo del mencionado circo de Platón, muy anchuroso por cierto, y que siempre está muy obscuro, se obscurece todavía más a medida que el sol se eleva sobre él, lo cual sería contrario a toda lógica, a menos de suponer, por ejemplo, una vegetación repentina y vigorosa que se renueva en cada lunación bajo la omnipotente influencia del sol (1). El mismo sabio, en unión del señor Web, señala varios hechos que tienden a probar que la actividad volcánica continúa en la luna. Hay que notar que el gran Herschel siempre lo creyó así, y que tanto él como Hevelius, consideran a Aristarco como un verdadero volcán en ignición. En cuanto a nuestro amado maestro Camilo Flammarión, cree haber observado en 1867 una erupción en él.

Nuestro ilustrado y laborioso consocio Gastón Hauet dice, refiriéndose a los cambios lunares, en determinada región del planeta, en un pequeño pero nutrido trabajo publicado en el Boletín de la Sociedad Astronómica de Francia, correspondiente a enero del año en curso, que es curioso notar

---

(1) Escrito esto, el secretario general de la Sociedad Astronómica, señor León, leyó una comunicación del eminente astrónomo Pickering, publicada en el boletín correspondiente a octubre, en la cual se habla de notables cambios observados en Platón.

cuán rápidamente varía la mancha que se encuentra al SO. de Copérnico, con variaciones que se efectúan en un espacio muy corto, y excita a los observadores asiduos de la luna a que se fijen en esta región. El octavo día de la luna, por ejemplo, la región más obscura de la mancha es pálida y no se distingue de las regiones vecinas. En cambio, la región más vasta de la misma es intensamente obscura y muestra irregularidades que hacen adivinar la existencia de altiplanicies muy elevadas. El onceno día, todo este aspecto ha cambiado, en modo tal, que no se puede atribuir sólo a los efectos de luz.

La índole de este trabajo no me permite acumular citas, que lo harían interminable: de otra suerte, mencionaría observaciones que pasan del centenar y que hacen presumir que las fuerzas vitales de nuestro satélite se ejercen aún de una manera muy apreciable.

Hay que advertir, por otra parte, que nada nos autoriza para negar que el hemisferio de la luna que no vemos jamás, ese hemisferio del que apenas adivinamos en las libraciones una mínima parte y que tanto ha hecho teorizar a los astrónomos, desde los que afirman que es alargado como una pera, hasta los que dicen que es poliédrico, y poliédrico asimismo todo el planeta, posea una atmósfera más densa que la del hemisferio que siempre vemos, y se encuentre acaso en mejores condiciones de habitabilidad, que éste; ¡nos falta, pues, para concluir que la Luna es un satélite muerto,

nada menos que la mitad de los datos necesarios.

Un astrónomo amigo de Flammarión, Babinet, decía en cierta ocasión a éste: «Si hubiera en la Luna ciudades, monumentos, siquiera del tamaño de Notre-Dame, ya los hubiera sorprendido el telescopio de lord Rose en Irlanda.» El telescopio de lord Rose fué, como ustedes saben, construído en la medianía del siglo XIX, posee un espejo de un metro 83 de diámetro, y alcanza aumentos teóricos de 6.000 diámetros... Sólo que suponiendo que estos aumentos se hicieran efectivos, la claridad de las imágenes sufriría de tal suerte que serían nulas. Si el telescopio de lord Rose o cualquiera otro diese aumentos de seis mil diámetros, con perfecta claridad de imágenes, sin duda que la afirmación del amigo de Flammarión debiera tomarse en cuenta, pues que se acercaría la luna a diez y seis leguas de distancia. Pero hasta hoy, y a pesar de los notabilísimos adelantos de la óptica, los mayores aumentos que se obtienen, con las gigantescas y purísimas lentes de los grandes ecuatoriales de Lick, Harvard (1) y Yerkes, los tres mejores del mundo (y los tres americanos), llegan a tres mil diámetros, con claridad de imágenes, y la verdad es que estos aumentos máximos son poco usados, pues se ha visto que a igualdad de objetivos, las imágenes son más puras y perfectas a

---

(1) Acabo de leer en un periódico que la Universidad de Harvard ha comprado para su Observatorio un instrumento cuyo objetivo mide 1 metro 55 milímetros.—¿Será cierto?

medida que se usan oculares menos potentes, y en la práctica los aumentos que se emplean en los grandes anteojos, para estudiar la selenografía y aun la areografía, son de cuatrocientos a seiscientos diámetros, los cuales, por lo que se refiere a la areografía, dan resultados excelentes, pues merced a ellos se han hecho en las oposiciones últimas los mejores dibujos de los mares, los continentes y los canales. Flammarión se lamenta de que Francia, que gasta tantos millones anuales en acorazados, no destina en sus presupuestos un millón de francos para construir un gran anteojo que diese un aumento práctico de seis a ocho mil diámetros, por ejemplo. Sabido es que el famoso telescopio de la Exposición de 1900, que yo tuve ocasión de ver varias veces, y que, según algunos inocentes, acercaba la luna a un metro, no dió resultados prácticos apreciables. Pero es seguro que, dados los actuales progresos de la óptica, se llegaría a construir, aunque con mucho trabajo, un objetivo de dos metros de diámetro, de una curvatura perfecta y de una acabada pureza, el cual podría soportar aumentos de ocho a diez mil diámetros con perfecta claridad de imágenes, y nos ampliaría hasta el vértigo los horizontes del infinito. Con ese anteojo podríamos salir, una vez por todas, de dudas respecto de la habitabilidad de nuestro satélite; veríamos, por ejemplo, la sucesión de sus breves estíos y de sus terribles inviernos en la vegetación de sus valles; advertiríamos por tenues que fuesen, los vapores de su atmósfera;

contemplaríamos sus ciudades y monumentos, dado que tuviesen una forma análoga a los de la tierra y que se levantasen en su superficie; veríamos el agua de sus mares, en el supuesto de que éstos no sean ya más que estériles desiertos de arena..., y por lo que toca a Marte, averiguaríamos, de una vez también, si sus sedicentes canales son una serie de puntos que el ojo institivamente une, por una tendencia natural de la visión, como se afirma ahora, o verdadera obra humana, en colaboración con la naturaleza. Podríamos analizar palmo a palmo su superficie, ya tan conocida, y sorprender las palpitaciones de la intensa vida intelectual que ahí debe reinar. A la maravillosa Venus la sorprenderíamos desnuda y pura como a la Anadiomena a que dió origen, surgiendo del éter como aquélla de las ondas amargas, revelando a través de sus densas nubes resplandecientes el secreto de sus inmensas montañas, muy más altas que las nuestras; de sus continentes y de sus océanos. A Mercurio, que con tanta gallardía se mece a uno y otro lado del sol, lo estudiaríamos, a pesar de su resplandeciente vecindad al astro del día, hasta darnos exactamente cuenta de su vida, y asistiríamos desde la tierra a los grandes cataclismos geológicos de Júpiter, y develaríamos todo el enigma de Saturno... Pero mientras ese telescopio se construye, y va para largo, en Francia, aunque es muy posible que no suceda lo mismo en América, donde la iniciativa individual es tan poderosa y desinteresada, contentémonos con ver balancearse

en el campo de nuestros anteojos a la casta Diana de las antiguas leyendas, veámosla tender su divino arco de plata en el éter nacarado por su luz, y soñemos, soñemos que acaso en esas maravillosas fotografías tan contrastadas por su poderoso claroscuro, está implícito el detalle de su vida, que la placa sensible *ha visto* ya esa vida rebelde por ahora a las amplificaciones, y que acaso un día nos contará su enorme secreto...

●

Hace un mes que tuve el honor de leer a ustedes la primera parte de mi trabajo intitulado la *Literatura lunar y la habitabilidad de los satélites* y la satisfacción de sentirme favorecido por una benévola y amistosa atención. Al lado de datos serios que justificaran la índole de mi trabajo, campeaba mucho la fantasía, y no por cierto la mía, sino la de ese incomparable Wells, flor y nata de los actuales novelistas ingleses, quien después de haber sido por mucho tiempo profesor de Ciencias Físicas en Londres, resolvió popularizar su hondo saber y sus inapreciables cualidades literarias en libros que son predicciones maravillosas de un porvenir quizá no muy lejano.

Debo confesar que en esta segunda parte de mi trabajo la fantasía campea mucho menos. Voy al grano, como vulgarmente se dice, y he menester de una dosis mayor de indulgencia de parte de mis oyentes. Suplico, empero, a éstos que no se

alarmen. Voy al grano; pero he procurado mezclar con ese grano algunas flores, alguna amenidad de estilo que me haga perdonar la audacia de tratar de estas cuestiones, en las cuales apenas soy un neófito.

Que las estrellas... y sus representantes más idóneas sobre la tierra, las mujeres, sobre todo las que se dignan oirme en esta sesión, me perdonen...

Es ya, si no una ley porque le falta la confirmación de Urano y de Neptuno, sí una presunción muy lógica y fundada, que a mayor distancia de un planeta con relación a su astro central, corresponde mayor número de satélites. Mercurio no tiene satélite alguno, Venus tampoco, la Tierra tiene uno, Marte dos, Júpiter cinco, Saturno nueve, Urano cuatro conocidos y uno el remoto Neptuno; pero se comprende que a las enormes distancias a que gravitan estos dos últimos planetas, y a las cuales ofrecen apenas ellos mismos un disco apreciable en el campo de las mayores lentes, es difícil descubrir sus satélites. Lo presumible es, sin embargo, que Urano tenga muchos más que Saturno, y Neptuno muchos más que Urano, dentro de la sabia economía del Universo y puesto que los necesitan más por su formidable distancia del Sol. Como se ve, pues, esto de los satélites constituye un curioso procedimiento de alumbrado público gratuito, muy digno de estudio.

Los satélites de Marte se llaman, como todos saben, Phobos y Deimos, en memoria de dos ver-

sos de Homero divino, y fueron descubiertos, respectivamente, en los días 11 y 17 de agosto de 1877. Phobos es el más próximo al planeta y tiene el brillo de una estrellita de 10.ª magnitud. Deimos, el más lejano, brilla como una estrellita de 12.ª magnitud. El brillo del planeta impide reconocerlos aun con aparatos de cierta potencia, y a esto y a su exigüidad se debe su tardío descubrimiento, a menos que no se deba a su reciente aparición dentro de la zona máxima de atracción del planeta, según una teoría que expresaremos más tarde.

Circunstancia digna de notarse, y que muchos autores registran, es la de que Voltaire habla de la existencia de estos dos satélites en su novela fantástica *Micromegas*. ¿Es una coincidencia o una adivinación? *Chi lo sa*... Si no me equivoco, Bernardino de Saint-Pierre, el autor de ese idilio ingenuo cuya lectura iluminó los días de nuestra infancia, habla también de los satélites de Marte. Gulliver también los presiente y describe. Son éstos, por lo demás, los mundos más pequeños que conocemos, inferiores en volumen a todos los asteroides que circulan entre Marte y Júpiter y que han podido ser medidos, y se mueven a una distancia tan corta del planeta, que entre éste y el primer satélite apenas si cabría otro Marte. De consiguiente, no se elevan jamás a mucha altura en su cielo, y en cada una de sus revoluciones se encuentran eclipsados a causa de la cercanía al centro de su mínimo sistema. Phobos tiene la par-

ticularidad de girar alrededor de Marte en el increíble espacio de 7 h. 39 m., es decir, en menos de la tercera parte del tiempo que Marte emplea en girar sobre su eje, de suerte que su movimiento ES VISIBLE en el cielo para los marcianos.

Phobos tiene un diámetro de 12 kilómetros y Deimos de 10; cualquiera de los dos cabría, pues, ampliamente en el valle de México.

Sin embargo, como su distancia al Sol no es de las más grandes de nuestro sistema, y pueden muy bien estar constituídos de manera que reflejen la mayor cantidad de luz, para lo cual bastaría que fuesen tan blancos como la Luna, deben producir en las noches marcianas, en aquellas noches purísimas en que rara vez deja de ser visible la opulencia del cielo, una iluminación apreciable.

De pasada diré que Marte, y sobre todo la Luna, son dos maravillosos observatorios astronómicos. Es posible, en cambio, que si los habitantes de Venus existen, hayan visto con tanta parsimonia su cielo, que no se den aún cuenta de su exacta posición en el infinito (1).

---

(1) Siendo la pureza de la atmósfera la condición esencialísima de las buenas observaciones, no es difícil imaginar las que se harán en la Luna, donde la atmósfera – si existe – es de una tenuidad incomparable, y en Marte, donde la diafanidad del aire es maravillosa. Flammarión dice que en una hora de observación en la Luna se adelantaría más que en un año de observación en la Tierra, y eso cuando no llueve diez meses de los doce que tiene el año, como ha pasado en México en este de gracia de 1904, durante el cual cualquier trapo sucio ha valido más que nues-

La pequeñez de un mundo nada dice en contra de su habitabilidad. Los satélites de Marte, quizá mucho más viejos que el planeta (que ya va peinando canas) y enfriados a buena hora en razón de su exigüidad, deben estar habitados desde hace muchos miles de años. Por analogía podemos creer que poseen una atmósfera tan densa y rica como la de su planeta central, y que disfrutan de un clima semejante al de éste, que es a su vez

---

tro decantado cielo azul. Para darse mejor cuenta de esto que decimos, bastará pensar en las condiciones de observación en las montañas. Cuanto más elevado es el Observatorio, tanto más pequeños pueden ser los instrumentos de observación. Gelion Town refiere a este propósito que Piazzi Smith, a 2.967 metros de altura, distinguía las estrellas de 14.ª magnitud con un anteojo que no tenía más que 1,60 metros de distancia focal y que proporcionaba un aumento medio de 150. En Boussingault, el marqués de Orminde y muchos otros distinguían a la simple vista los satélites de Júpiter a alturas menos grandes. En el Observatorio de Lick, situado sobre el monte Hamilton, en California, a 1.353 metros de altura, se pueden triplicar algunas veces los aumentos empleados en los Observatorios ordinarios y obtener imágenes muy claras. En días pasados leí que no sé qué Universidad americana había enviado una Comisión para estudiar la posibilidad de levantar un Observatorio sobre la nieve eterna del Popocatepetl. El dictamen de la Comisión fué desfavorable, porque, según la frase de un diario, era casi imposible el acceso a la cima de la montaña, sobre todo para los grandes y delicadísimos instrumentos. Al Popocatepetl sólo ascienden, por ahora, con facilidad las águilas, y esas no necesitan telescopios para ver el cielo. ¡Miran al Sol sin vidrios neutros... cara a cara!

muy semejante al de la Tierra, con su división de zonas glaciales, templadas y tórridas. ¿Qué clase de habitantes podrían ser los de Phobos y Deimos, esas Repúblicas de San Marino del éter? Desde luego podríamos suponerlos gigantescos en virtud de la mínima pesantez de sus asteroides, tan gigantescos que con unas cuantas zancadas diesen la vuelta a sus mundos... Pero nada nos costará, para que todo sea proporcionado, considerarlos muy pequeños... tan pequeños como ustedes quieran: esto nada significa. Pequeño es un hormiguero y, sin embargo, en él vive una población maravillosa de inteligencia, organizada «socialmente», que edifica ciudades, fabrica graneros, tiene establos y ganados, declara la guerra, hace esclavos... está, en fin, a la altura de cualquier tribu de Borneo o del centro de Africa, y aún más civilizada, pues que no practica el canibalismo y tiene virtudes cívicas muy apreciables... Pues bien, en Phobos y Deimos caben muchos hormigueros.

Cuentan que Napoleón, cuando hubo echado un vistazo a la isla de Elba, exclamó: «Helas, mon île est bien petite!»... ¿Quién sabe si no hay en Phobos o en Deimos un Napoleón-hormiga que haya paseado sus armas por toda la para él inmensidad de su planeta? ¿Quién sabe si los habitantes microscópicos de los dos satélites no tienen como axioma algo semejante al «world is wide» de los ingleses? Todo es relativo...

Júpiter, el viejo Osiris de los egipcios, es el gi-

gante de los mundos, tiene cinco satélites, y de él, lo mismo que de Saturno, puede afirmarse una cosa: que por ahora, cuando menos (y este *por ahora* en el espacio quiere decir algunos millares de siglos), está hecho para sus satélites y no sus satélites para él. En efecto, todas las observaciones relativas al mundo jovino están de acuerdo en que atraviesa por los períodos primordiales de su vida.

Las grandes fuerzas plutónicas en acción levantan y derrumban continentes, fraguan cataclismos, trabajan espantosamente un mundo futuro. Este mundo será, en un porvenir de tres o cuatro millones de años, el mejor de los mundos posibles, que dirá un Pangloss de alguna Westfalia de entonces. En efecto, la inclinación de su eje sobre el plano de la eclíptica es insignificante, de suerte que una perpetua primavera reinará en él. Además, su extensión inmensa (Júpiter es 1.234 veces mayor en volumen que la Tierra) impedirá acaso las guerras fratricidas en que se agota la sangre de los pueblos por la posesión de algunos kilómetros cuadrados de tierra... Habrá harto para todas las ambiciones, aunque esto no me atreveré a afirmarlo de una manera absoluta...

Júpiter conserva aún, sin duda, buena parte de su calor primitivo, y sus satélites, que reciben de él una luz prodigiosa, un «claro de luna» gigantesco, deben asimismo recibir un tibio calor que se une al del distante Sol... Pero hace relativamente poco que Júpiter era un verdadero Sol y

que, como lo expresamos respecto de la Luna, sus satélites estaban alumbrados por una estrella duplex. Con tal época debió coincidir el máximum de condiciones de habitabilidad de estos satélites. Cinco son ellos, como dijimos, y el último fué recientemente descubierto, a saber: Io, Europa, Ganimedes, Calixto y el 5.º Ganimedes no es un satélite sino con relación a su inmenso planeta, pues que si lo consideramos en sí mismo es un verdadero mundo. En efecto, tiene un diámetro igual a los 47/100 del de la Tierra, es decir, casi la mitad del de ésta... un diámetro que mide 5.800 kilómetros, o sea 1.450 leguas. Aventaja en cerca del doble el volumen de Mercurio, igual a los dos tercios del de Marte y es cinco veces más voluminoso que nuestra Luna. En cuestión de tamaños, y para que se aprecien los de algunos de los astros menores, se puede establecer la progresión ascendente que sigue:

Vesta, asteroide, menor que la Luna.

La Luna, satélite de la Tierra, menor que Mercurio.

Mercurio, primero de los planetas interiores (supuesta la no existencia de Vulcano, casi comprobada) menor que Ganimedes.

Ganimedes, tercer satélite de Júpiter, menor que Marte.

Marte, primero de los planetas exteriores, menor que Titán.

Titán, el mayor de los satélites de Saturno, menor que Venus.

Venus, el segundo de los planetas interiores, menor que la Tierra.

Esta lista, más que muchos números, nos da una idea de lo que son algunos de los mundos, en los cuales apenas si nos hemos fijado, por el solo hecho de que ocupan una situación secundaria respecto de otros mundos verdaderamente gigantescos.

Y no se crea que sólo Ganimedes merece, entre los satélites de Júpiter, el nombre de mundo: los otros tres satélites principales tienen todos más de 3.400 kilómetros de diámetro.

Io dista del centro de Júpiter 430.000 kilómetros, y para él, Júpiter se muestra en el cielo como un disco de gigantesco tamaño. Baste decir que visto el Sol desde este primer satélite de Júpiter, aparece como treinta y cinco mil veces menor que el planeta... ¿Conciben ustedes el espectáculo de aquel mundo colosal, que se levanta ocupando casi todo el horizonte? Considerando la luz que la Luna nos da, como unidad, la cantidad de luz que Júpiter da a su primer satélite es igual a ciento cincuenta y cinco. Aun para el cuarto satélite de Júpiter, éste aparece con una superficie aparente que excede en 75 veces a la que nos presenta a nosotros la Luna llena... Europa, el segundo de los satélites, dista del centro de Júpiter 682.000 kilómetros, y su revolución dura tres días, trece horas, catorce minutos y treinta y seis segundos. Ganimedes, el mayor de los cinco satélites, dista del centro de su planeta un millón ochocientos

ocho mil kilómetros, y su revolución dura siete días, tres horas, cuarenta y dos minutos, treinta y tres segundos. En cuanto a Calixto, dista un millón novecientos catorce mil kilómetros, y su revolución dura diez y seis días, diez y seis horas, treinta y un minutos y cincuenta segundos.

Por lo que va a sus diámetros, son:

Io, 3.800 kilómetros.

Europa, 3.390.

Ganimedes, 5.800, como ya lo dije; y

Calixto, 4.400.

Desde todos ellos, aun del más lejano, el espectáculo de Júpiter es inefable. Para todos ellos se levanta como un inmenso disco, que cambia de color a cada momento. Todos ellos siguen paso a paso su evolución astral, auscultan, por decirlo así, los latidos de aquel corazón inmenso, asisten a las enormes convulsiones de aquel colosal organismo y todos ellos verán un día surgir tembloroso, incierto, titánico, sobre el haz del planeta, al Adán destinado a habitarlo, llevando ya en la testa como una luz divina el primer destello de inteligencia, y mostrando en su actitud la misteriosa indecisión y la plenitud de fuerza que se advierte en la nobilísima escultura llamada *La creación del hombre,* del glorioso Rodin.

Cada uno de estos mundos posee sus años especiales, sus días, y probablemente también sus estaciones, a las cuales presta su contribución el globo inmenso en cuyo derredor giran y que fué sin duda el primer objeto de su adoración, cuando

la mirada de sus moradores por primera vez se alzó a los cielos. Los cuatro mundos experimentan variaciones que han hecho creer, y con razón, a los astrónomos, que están dotados todos de atmósfera. El cuarto satélite, Calixto, ha sido numerosas veces observado, de manera tal que se diría no es redondo, sino poliédrico... El tercer satélite, Ganimedes, se ha observado con manchas obscuras, que hacen pensar en océanos.

No hay duda que de los mundos subordinados a otros que existen en nuestro sistema planetario, los satélites de Júpiter son los que en mejores condiciones de habitabilidad se encuentran, y que en ellos se realizan los primeros capítulos de la vida de ese bellísimo sistema, la cual llegará a su coronamiento sublime en el planeta central. «¿Quién sabe si—como dice Flammarión—nosotros, en un estado de cultura muy superior, habitaremos un día ese mundo que hoy modelan las fuerzas cósmicas...?» Y yo repito con Flammarión: «¿Quién sabe...?»

❁

Me acerco, señores, a través de este breve y modestro trabajo, sin pretensiones, al maravilloso sistema de Saturno, que consta de un inmenso mundo central, setecientas diez y nueve veces mayor que nuestra tierra; de tres anillos concéntricos y de nueve satélites... y os confesaré que mi suprema aspiración sería llegar a ser el poeta

digno de cantar este milagro celeste, el poeta cósmico, que todavía no aparece, por cierto, en ninguna de las naciones cultas del mundo, porque ¡ay! en este siglo, que es por otra parte el más sabio en la ciencia de Urania, ni los poetas alzan ya los ojos al cielo...

Recuerdo a este respecto uno de los más bellos pasajes de un viejo libro, modelo de donosura: «La expedición nocturna alrededor de mi cuarto», del conde Xavier de Maistre, que traduzco: «¡Cuán pocas personas—dice—disfrutan en estos momentos, como yo, del espectáculo sublime que el cielo ostenta inútilmente para los hombres adormecidos! Pase que no lo contemplen quienes duermen! Pero ¡qué costaría a aquellos que salen en multitud del teatro mirar un instante y admirar las brillantes constelaciones que fulguran por todas partes sobre sus cabezas! No, los espectadores de *Scapin* o de *Jocrisse* (dos piezas de teatro), no se dignarán levantar los ojos: van a volver brutalmente a su casa... o a otra parte; sin pensar que el cielo existe... ¡Qué absurdo! Porque puede uno verlo frecuentemente y gratis, no quieren verlo. Si el firmamento estuviese siempre velado para nosotros, si el espectáculo que nos ofrece dependiese de un empresario, los palcos primeros sobre las azoteas valdrían precios exorbitantes...

«¡Oh! si yo fuese soberano de un país—exclamaba lleno de una justa indignación—, haría que noche a noche se diera el toque de alarma y obligaría a mis súbditos, de cualquier sexo o condi-

ción que fueran, a salir a la ventana y mirar las estrellas»...

Confieso a ustedes, por mi parte, que la primera vez que dirigí mi pequeño anteojo de 68 milímetros al astro amarillento y misterioso que se arrastra ahora por el asterismo de Capricornio y que puede verse desde las primeras horas de la noche con suma facilidad, y al afocar noté que la imagen se alargaba rápidamente en el objetivo hasta ir proyectando sus anillos en el negro intenso del cielo, sentí una emoción tal, que temblaba entre mis dedos el botón de la cremallera de mi luneta... Ahí estaba la maravilla de las maravillas, mostrándome oblícuamente su anillo de oro, verdoso, en el que se adivinaba apenas la división de Cassini, y a un lado, hacia arriba un punto luminoso lo acompañaba en su viaje: era el satélite Titán, perfectamente visible aquella noche...

Saturno tiene, pues, nueve satélites, y es, según la teoría que expresamos arriba y que ostenta por defensores, entre otros, a don Pedro Arnó de Villafranca, autor de una obra intitulada *El Porvenir de la Ciencia* (obra muy elogiada por una revista técnica que tengo a la vista), uno de los planetas *púberes*, es decir, que generan satélites; porque han de saber ustedes que, según esta teoría, hay planetas púberes y planetas impúberes. De estos últimos son Mercurio, Venus, la Tierra, que, como decíamos hace poco, no cuenta a la Luna como satélite verdadero, puesto que no ha emanado de ella por proyección ecua-

torial, sino que debe considerarse como compañera «coeva» de la Tierra en el plano de su órbita, que es el del ecuador solar; y, por último, Marte, cuyos dos satélites, Phoibos y Deimos, son simples asteroides de los que giran entre este planeta y Júpiter, aprisionados por Marte en la red de su atracción. Según esta teoría, que seguimos glosando, no sería difícil que los planetas Etra y Eros, que circulan entre la Tierra y Marte, sufriesen un destino análogo a Deimos y Phoibos y que una de estas noches nos encontráramos con tres Lunas en lugar de una, cosa que no creo disgustara ni a los astrónomos, ni a los artistas, ni a los poetas... ni a los Ayuntamientos... Así, pues, Mercurio, Venus, la Tierra y Marte son planetas infecundos en el sentido indicado; mientras que Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y el planeta transneptuniano, según todas las probabilidades, son planetas que generan satélites. Saturno, por su parte, no sólo los ha generado, sino que es susceptible de generarlos aún, y no sería aventurado afirmar que sus anillos de hoy, formados, según las teorías científicas más modernas, de corpúsculos que giran a diversas velocidades, se convirtiesen mañana en uno o varios satélites.

Hemos dicho que son nueve los satélites de Saturno, contando con el último que se ha descubierto y del que nos habla nuestro querido secretario Luis G. León, quien da sus coordenadas en el penúltimo número del *Boletín* de nuestra So-

ciedad. Estos satélites se llaman, con excepción naturalmente del que se acaba de descubrir y que viaja de incógnito:

I. Mimos, que dista sólo del centro de Saturno 51.750 leguas.

II. Encélado.

III. Tetis.

IV. Dioné.

V. Rhea.

VI. Titán.

VII. Hiperión; y

VIII. Japet.

El más voluminoso es Titán, descubierto por Huygens en 1655.

De las observaciones de Hall en 1876, respecto de la rotación de Saturno, que este sabio estima en 10 h. 14 m. 24°, comparadas con las novísimas observaciones del señor Comas Sola, miembro de nuestra Sociedad y uno de los sabios más empeñosos de España, el cual encuentra una rotación de 10 h. 38 m. 6°, y con las de los señores Denning y Leo Brenner, que estiman, respectivamente, esta rotación en 10 h. 39 m. 5° y 10 h. 38 m., basados todos en manchas de una relativa fijeza en el planeta, parece deducirse que Saturno gira más rápidamente en el Ecuador que en las latitudes boreales y australes, como Júpiter y el Sol, lo cual prueba que no está aún solidificado y que apenas traspone el ciclo en que era un Sol para su enjambre de nueve mundos, radiando en medio de ellos como el Apolo divino en medio de las nueve mu-

sas eternas. Flammarión profesa sin duda esta teoría, pues que dice hablando de Saturno que es muy probable que sus satélites sean habitables y estén habitados; que Saturno, bajo el punto de vista de las causas finales, parece hecho más bien para sus satélites que ellos para él. Se recordará que algo semejante decíamos de Júpiter. No hay duda que no está lejano el día en que el continuado perfeccionamiento de los instrumentos de óptica nos resolverá este enigma, más fácilmente aún que los que encierran otros planetas de nuestro sistema, porque hay que advertir que Saturno soporta mucho mejor los grandes aumentos que Marte y Júpiter.

¡Qué espectáculo tan maravilloso el que ha tocado en suerte a los habitantes de los nueve satélites! Desde Mimos, por ejemplo, Saturno ocupa en el cielo diez y siete grados; es decir, que se ve novecientas veces más extenso en superficie que la Luna llena, y el anillo desde el mismo planeta se extiende como una línea de luz celeste a través de noventa y tres grados... ¡Como si dijéramos la mitad del cielo! Qué noches las de esos mundos... Víctor Hugo, sin embargo de tantas bellezas, sugerido tal vez por la antigua idea del Saturno fatídico, coloca en este planeta una especie de infierno... ¿Por qué? Por lo demás, no ha habido opinión humana, por peregrina que sea, que no se haya expresado respecto de Saturno. ¿No creía el inmortal Hershel, por ejemplo, que Saturno es rectangular?

Se han observado en los satélites de este astro, y especialmente en Japet, ciertas variaciones de brillo que parecen demostrar que giran alrededor de su planeta, mostrándole siempre la misma cara, como hace la Luna con la Tierra.

En cuanto a sus dimensiones, a Titán, no obstante que a la enorme distancia a que se halla aparece apenas como una estrella de octava magnitud, se le ha reconocido un diámetro de medio segundo, el cual corresponde a 1.600 leguas. Por consiguiente, es mayor en volumen que Mercurio y Marte. Japet tiene mil leguas de diámetro, es decir, casi el diámetro de Mercurio. Rhea parece tener el diámetro de nuestra Luna. Los otros cinco miden de 200 a 500 leguas de diámetro. El noveno no está aún suficientemente observado, y apenas si uno o dos grandes instrumentos han podido encontrarlo. Respecto de las variaciones de brillo de que hablamos arriba, y que por ahora constituyen el único fenómeno advertido en los satélites de Saturno, recomendamos a nuestros oyentes el laborioso estudio de nuestro consocio Lucian Rudaux, publicado en el Boletín de la Sociedad Astronómica de Francia, correspondiente a junio último. «Las variaciones notables—dice el mismo—, particularmente para Japet, y señaladas hace dos siglos por Cassini, son probablemente debidas a la presencia de manchas que obscurecen una parte de estos globos. Una vez admitido esto, pueden esperarse algunos detalles sobre el movimiento de rotación de los satélites, por medio

de largas series de observaciones, que pondrán en evidencia variaciones periódicas.»

❦

Llegamos en nuestro largo viaje a los planetas Urano y Neptuno. Desgraciadamente, en éstos no cabe más que la conjetura y la suposición gratuita, pues que de ellos sabemos apenas por el espectroscopio que hay en su atmósfera gases que no existen en la Tierra. Urano tiene cuatro satélites conocidos, los cuales muestran, por cierto, la sorprendente particularidad de no girar como los demás, es decir, del Oeste al Este, sino del Este al Oeste, y en un plano casi perpendicular a aquel en que el planeta se mueve. Llámanse estos cuatro satélites «Ariel», «Umbriel», «Titania» y «Oberón», pero los cuatro en los más poderosos anteojos aparecen como leves puntos de luz y, por lo tanto, nada debe afirmarse de ellos, así como tampoco del número total de satélites, que es, sin duda, mucho mayor que el de los de Saturno, si hemos de guiarnos por la proporción directa de que hemos hablado al principio. Estos satélites deben ser bastante voluminosos y sin duda sus condiciones máximas de habitabilidad se refieren a la época en que su mundo central era aún un Sol. A Neptuno se le ha descubierto un satélite... un punto matemático perdido casi en las riberas de nuestro sistema planetario. Del mismo planeta central lo ignoramos todo. ¿Qué podríamos de-

cir de sus satélites? Apenas que, dada la misma proporción, deben ser más numerosos que los de Urano si han de luchar victoriosamente con el eterno crepúsculo de aquel mundo, crepúsculo en que, por lo demás, los ojos de sus habitantes deben ver tanto como lo que nosotros vemos en la deslumbradora vecindad del Sol, cerca del cual se mueve nuestra Tierra como una inmensa mariposa...

No concluiré este humilde trabajo, que mucho me temo haya fatigado asaz vuestra atención, sin decir algunas palabras sobre los asteroides. Diréis que éstos no son satélites, y diréis muy bien; mas algo hay que nos hace asimilarlos a estos últimos instintivamente, quizá su pequeñez; y, sobre todo, sus condiciones de habitabilidad parecen ser más probables que las de muchos otros cuerpos de nuestro sistema planetario.

Ninguno de ustedes ignora que, dentro de la notable ley de Bode, había entre Marte y Júpiter una laguna correspondiente al número 2.8. Esta laguna la empezaron a llenar desde principios del siglo XIX los asteroides, el número descubierto de los cuales es ya considerable. Los cuatro primeros asteroides, por orden de antigüedad, son Ceres, Palas, Juno y Vesta. ¿De dónde proviene tal enjambre de mundos telescópicos? De la ruptura de un gigantesco anillo destinado a generar un planeta—dicen algunos. Júpiter, se afirma, impidió que se formara un núcleo definido entre él y Marte, turbándolo con su poderosa atracción. Los

tres primeros asteroides que hemos mencionado, a saber, Ceres, Palas y Juno, tienen por término medio cien leguas de diámetro. Ceres es poco más o menos a la Tierra lo que ésta es a Júpiter; en efecto, es 1.300 veces inferior en volumen a ella, pero como hemos dicho ya, el volumen de un planeta nada significa para su habitabilidad. La escala de los seres va desde el coloso hasta el organismo microscópico... ¿Qué es, en suma, la dimensión? Una palabra, como el tiempo y el espacio...

Se ha comprobado por el análisis espectral que en muchos de estos asteroides hay atmósfera, especialmente en Vesta. Además, si esos asteroides tuviesen por génesis la dislocación de un planeta primitivo, opinión que es asimismo muy socorrida, nada tendría de extraño que hubiesen sobrevivido en ellos gérmenes de faunas y de floras que se habrían modificado solamente por razón de la diferencia de pensatez... Respecto de las formas de esos asteroides, hay que decir que no todos son esféricos. Algunos son poliédricos y probablemente la variedad de formas de los aún no conocidos suficientemente, es inmensa. Si estos asteroides estuviesen habitados; si hubiese en ese archipiélago sideral, como en otro tiempo en el divino archipiélago griego, una gran intensidad de vida, sin duda que los habitantes de cada pequeño mundo se comunicarían fácilmente con los demás. En efecto, la distancia que separa a unos de otros es a veces, insignificante. La órbita del planeta Clo-

to, por ejemplo, se aproxima a la del planeta Juno hasta la distancia de doscientas sesenta leguas, de suerte que los dos planetas, con la separación mínima de sus órbitas, cabrían perfectamente en uno de los grandes Estados de México. ¡Qué hermosa solidaridad reinará en esa República ultra-marciana... qué maravilloso concierto de señales, a las cuales, algo análogo a las ondas hertzianas llevará el pensamiento de uno a otro mundo! Pero no divaguemos. Tiempo es ya de concluir, si no he de abusar demasiado de vuestra indulgencia. Dejaré en el tintero al planeta Eros, que gravita entre Marte y la Tierra, y del cual se afirma que es resto de un mundo destruído por un cataclismo tremendo, cataclismo que tuvo por origen la comunicación de un océano con el fuego central, haciendo estallar en mil pedazos al planeta la enorme expansión de vapores, a manera de una caldera que revienta...

Como veis, no os he traído más que suposiciones, conjeturas, un vago y misterioso «quién sabe...» Sin embargo, cuánto más nos dice este «quién sabe» que todas las afirmaciones petulantes de algunos sabios. Las teorías cambian, el dogma de ayer es el error de mañana, y el absurdo de ayer es el dogma de hoy; lo que un mes antes se consideraba como una verdad definitivamente conquistada por la ciencia, un mes después se pone en tela de juicio. Ejemplos: el movimiento de la Tierra, que tras haber constituído un dogma científico durante siglos, de la noche a la ma-

ñana se discute, a propósito de la experiencia de Foulcault, renovada en el Panteón de París, y basándose en la interpretación errónea de algunas frases del eminente monsieur Poincaré. Ejemplo también, la novísima teoría de Mr. Alfred Russel Wallace, publicada, con gran escándalo científico, en la *Fortnightly Review* correspondiente a Marzo de 1903, y ratificada, para responder a algunas objeciones hechas por numerosos astrónomos, en la misma revista y en septiembre del mismo año. Como ustedes habrán leído, Mr. Russel Wallace sostiene en estos trabajos y en un libro publicado posteriormente que nuestro Sol pertenece a un grupo de estrellas situadas, no sólo en el plano de la Vía Láctea sino en el centro de ese plano, y que él a su vez está en el centro de este grupo de estrellas; nuestro Sol es, pues, el centro del Universo... Más aún, de nuestro sistema planetario, la Tierra es, según todas las probabilidades, el «UNICO» planeta habitado, el único en que han podido desarrollarse las formas superiores de la vida. ¿Por qué? Pues porque concurren en él varias circunstancias que no se verifican, sin duda, en cualquier otro planeta.

Desde luego, probada como está la unidad de elementos de que se compone todo el Universo, unidad que demuestra, aun para las estrellas más lejanas, el espectroscopio, la vida organizada hubiera tenido que desarrollarse en los planetas de una manera análoga a la nuestra, y para que una vida organizada análoga a la nuestra se realice, se

necesitan condiciones de temperatura que no sea inferior, por un tiempo considerable, a cero ni superior a 75° centigrados, conservándose este equilibrio, no por espacio de un siglo ni de diez siglos, sino durante centenares de millones de años. Ahora bien, esta condición, según Mr. Russel Wallace, sólo la realiza nuestra minúscula Tierra, por varias razones.

I.—Porque su distancia al Sol es, si hemos de recurrir a un dicho vulgar, ni tanto que queme al santo ni tanto que no lo alumbre, es decir, bastante para producir una temperatura necesaria para evaporar la cantidad de agua suficiente a la formación de nubes, lluvias y un sistema de circulación fluvial.

II.—Porque tiene una atmósfera de suficiente extensión y densidad para que permita la producción y circulación del vapor acuoso en forma de nubes, nieblas y rocíos, y sirva también para igualar el calor del Sol durante el día y la noche, el invierno y el verano, y entre las zonas tropicales y templadas.

III.—Porque hay un gran exceso de superficie en sus océanos con relación a sus continentes, que están rodeados e interpenetrados por éstos, los cuales con sus mareas y corrientes conservan una circulación continua y son los agentes capitales para la ecualización de la temperatura. (El simple hecho de que Venus, por ejemplo, no tenga un satélite, puede hacerlo inhabitable para las altas formas de la vida orgánica, porque... carece de mareas regulares.)

IV.—Porque la enorme profundidad de nuestros océanos, cuyo volumen de agua es como trece veces el de la Tierra que se levanta sobre su nivel, hace que ellos mantengan la estabilidad de las áreas continentales y la uniformidad de las temperaturas; y

V.—Por el polvo atmosférico proveniente de los desiertos y de los volcanes y al cual el autor citado atribuye un papel importantísimo en la producción de las nubes y las lluvias.

Ahora bien, es extremadamente incierto—dice Russell Wallace—que en otros planetas del sistema se encuentren reunidas estas condiciones...

¿Y por qué es improbable?

Pues porque así se desprende de las observaciones hechas en ellos.

Está bien; pero aun suponiendo que los planetas centrales no cumpliesen con estas condiciones, dando asimismo por hecho que estas condiciones son *sine qua non,* ¿no podrían cumplir con ellas los satélites?

Russell Wallace no dice una palabra de los satélites.

Y aun suponiendo que en ningún mundo de nuestro sistema planetario se encontrasen reunidas estas condiciones, ¿no hay, por ventura, más que este sistema planetario en el Universo? ¿Ninguno de esos soles que salpican la noche es centro de un sistema habitable?

Russell Wallace dice que no, porque no encontrándose situados en el centro del Universo, no

gozan de las condiciones de estabilidad requeridas. Las estrellas de los límites de la Vía Láctea, por ejemplo, escapan, probablemente en parte cuando menos, a la atracción de sus vecinas, como resultado de sus colisiones, y saliendo al espacio exterior mueren de frío... (Esto ha hecho reir mucho a los astrónomos). Pero, y aun admitiéndolo, los soles que están en el centro de la Vía Láctea y de los cuales el nuestro ocupa, según el autor inglés, el lugar preferente, ¿no pueden ser núcleos de sistema?

«Estas—dice Wallace—son cuestiones que envuelven los más difíciles problemas, y sólo nuestros grandes pensadores, que poseen los mayores conocimientos físicos y matemáticos, podrían quizá darles una respuesta adecuada...» He querido citar esta teoría, porque es muy hábil, muy curiosa y porque basta exponerla para refutarla. En efecto, el autor no tiene en cuenta, entre otras cosas, que la Vía Láctea es sólo un universo, un inmenso archipiélago de estrellas, y que el telescopio ha descubierto otros muchos universos independientes de ella, en todos los puntos del infinito. Tampoco tiene en cuenta que la distancia al Sol no lo es todo en los mundos de nuestro sistema; que lo esencial es saber si las condiciones de su atmósfera permiten a un mundo almacenar calor suficiente para el desarrollo de su vida organizada, y que un mundo que esté más lejano que el nuestro del Sol, puede conservar más calor que éste. No ha tenido, en suma, en cuenta infinidad de

objeciones con las cuales ha sido por completo batida su teoría, considerándose ahora como una simple paradoja, digna de conocerse por el ingenio con que ha sido forjada, y cuyos argumentos me recuerdan aquella imagen que Flammarión repite en varias de sus obras: la del pez, que no concibe que se pueda vivir más que en el agua y que se ríe mucho cuando otro pez le cuenta que fuera de su zanja hay un mundo.

Otras teorías hay aún, y otra y otras... En estos tiempos de fiebre intelectual todos los que leemos nos desayunamos con un nuevo sistema filosófico o cosmogónico o religioso a diario, para almorzar con otro más nuevo y cenar con otro novísimo... Pero, en tanto que los hombres teorizan, se apasionan por ideas diversas, luchan contra lo nuevo o lo defienden, sufren, pasan y se olvidan, la vida multiforme rueda misteriosamente sobre nuestras cabezas, y la fuerza incansable prosigue su obra en la majestad de los orbes y en el silencio del infinito...

Volvamos a nuestra Tierra, después del agradable viaje que hemos hecho, y permanezcamos en ella. Todavía no estamos preparados para ciertas verdades transcendentales. Permanezcamos en ella en paz, mientras no suena la hora del supremo viaje que ha de revelarnos tantos secretos... Permanezcamos en ella viendo girar los astros sobre nuestras cabezas, y no la olvidemos del todo por ellos. ¿Acaso nuestro mundo no es hermoso? Os aseguro que lo es tanto como los

más hermosos orbes que vislumbramos a lo lejos. Contempladla dulcemente arrullada por sus océanos, ved sus bosques penumbrosos y frescos, sus mansos collados de terciopelo, sus ríos que la ciñen como flúidos brazos de cristal, sus montañas que la defienden, hopadas por la blancura perenne de sus nieves, sus valles apacibles y su cielo azul y sus auroras nacaradas y la opulenta, majestuosa y triste policromía de sus crepúsculos... ¡Oh! sí, la Tierra es bella y es buena. Si penamos tanto en ella, es, más que todo, debido a la ignorancia y a la malevolencia de los hombres... A su ignorancia, que no puede prevenir aún muchas enfermedades y miserias que en lo futuro serán fácilmente remediables, y a su malevolencia, que hace que el hermano atormente al hermano y convierta en infierno lo que Dios quiso que fuera amable nido de paz, de trabajo, de progreso y de amor...

Volvamos a la Tierra... mirad, la tarde ha caído misteriosamente en el abismo. Las estrellas se abren ya como divinas flores de fuego... ¡Pensemos!... ¡Oremos!...



III

LOS VESTIGIOS MONUMENTALES DE LAS ANTIGUAS CIVILIZACIONES DE MÉXICO (1)

(Leída en la Asociación de Pintores y Escultores.)

Voy a hablaros brevemente de una de las civilizaciones más interesantes del planeta; pero también de las más desconocidas.

Un misterio enorme la envuelve, misterio cuyo manto empezaban a levantar apenas los sabios antes de la guerra, y que reserva a los investigadores venideros grandes sorpersas.

Me refiero a la civilización antigua de mi patria, de México, de la que después fué Nueva España, de la que en los comienzos del siglo XVI, bajo el reinado del gran emperador, sirvió de teatro a hazañas que eclipsan las de la Ilíada; las más grandes, sin duda, que realizara la estirpe a la cual tengo la honra de pertenecer.

(1) Existen, de este texto, dos estados anteriores. Sólo publicamos el definitivo.

¿De dónde vienen los pobladores de México?

Los había y los hay de muy diversas razas que luchan todavía por su unidad étnica. En el haz de la República se hablan aún muchos idiomas y dialectos...

Los orígenes de algunos pobladores son de tal suerte obscuros, de tal suerte fabulosos, que nada podría afirmarse. Están en el corazón mismo del mito. A otros, hasta donde la tradición acierta a ahondar en la entraña del pasado, se les sabía de la propia tierra que habitaban. Eran los llamados autóctonos.

De muchos decíase que habían venido del Norte, siempre del Norte, y que se habían derramado en peregrinaciones inacababIes, en emigraciones lentas, por la vastedad de la enorme y virginal América.

Pero las dos civilizaciones más importantes, sin duda, fueron la nahoa y la maya-quiché.

De la rama nahoa vinieron los toltecas, tribu cuyo nombre llegó a ser sinónimo de artífice y de sabio, la cual fundó un gran imperio, cuyas conquistas se extendieron a Chollolan, la Cholula de los españoles (donde existe aún una majestuosa pirámide) y a Teotihuacan, no lejos de la capital de México (una hora poco más o menos de ferrocarril), donde las ruinas de una gran ciudad, de la cual me ocuparé después sucintamente, dicen la magnificencia de los fundadores.

La capital de los toltecas, la ciudad de Tollan según los anales de Cuautitlan, que, en concepto

del ilustre historiador señor Chavero, deben seguirse de preferencia a la versión de Veitia, se fundó en el siglo VII, en 674, y sus monarcas, que fueron doce, reinaron hasta 1084. El último de ellos, Quetzalcoatl (serpiente con alas), alcanzó los honores de la divinidad, y es uno de los personajes más enigmáticos de nuestra historia.

Dios del aire, según la mitología nahoa (probablemente un símbolo astronómico), la tradición le pinta como un hombre blanco, alto, corpulento, de frente ancha, de ojos profundos y rasgados, de cabellos negros y luengos, de poblada barba. Fué gran sacerdote de Tula y llevó siempre ropa talar. (Hay quien cuenta que esta ropa estaba salpicada de cruces y se echa a divagar, como veremos luego, sobre el origen del peregrino personaje.) Poseía innumerables riquezas y palacios espléndidos. Dió leyes justas y sabias a su pueblo; inventó el arte de fundir los metales y de labrar las piedras. Su gobierno duró en la paz y en la felicidad... Pero un día, misterioso en todo, partió en busca de un reino imaginario: el reino de Tlapalla, como un poeta va tras una quimera, prometiendo volver, y no volvió jamás...

Antes de partir predijo empero que del Oriente vendrían unos guerreros blancos y bárbaros como él, que manejarían el rayo (la pólvora) y sojuzgarían aquellos reinos.

La tradición se conservaba desde entonces, y cuando Moctezuma II supo de la llegada de Cortés en singulares naves, que sus emisarios le tra-

jeron dibujadas en papel de maguey, y oyó hablar del aspecto de aquellos hombres que pisaban las playas de su imperio, comprendió melancólicamente que el augurio iba a cumplirse y que empezaba el crepúsculo de sus dioses.

Yo intenté fijar en versos, ya viejos, la emoción del penúltimo emperador azteca, distraído en sus cavilaciones, mientras recibía el homenaje de sus cortesanos en la gran fiesta religiosa del propio Quetzalcoatl.

He aquí estos versos; un soneto:

(Para su mejor comprensión diré que el ceremonial de la corte, nimio y respetuosísimo, prescribía que los nobles, al entrar en la cámara regia, hiciesen una genuflexión, otra al mediarla y una tercera al llegar a las gradas del trono, diciendo en la primera: *Tecuhtli,* Señor!—en la segunda, *Motecuhtli*, mi señor!—y en la tercera, *Tecutlitzin,* gran Señor!)

Con tres genuflexiones los nobles se acercaron
al trono; cada noble llevaba su tesoro;
Señor, mi señor, luego gran señor—exclamaron
y fuéronse agitando las arracadas de oro.

Era la fiesta santa de Quetzalcoatl... Llegaron
después morenas vírgenes cantando eximio coro
y frente al rey sañudo los músicos dejaron
oir sus melodías, dolientes como un lloro.

Era la fiesta santa de Quetzalcoaltl... Reía
el pueblo. El rey, en tanto, sin brillo la sombría
mirada, negra como dos noches sin estrellas,

Pensaba en el augurio fatal del dios serpiente:
Y ENTONCES, EN UN VUELO DE NAVES DEL ORIENTE
VENDRÁN LOS HOMBRES BLANCOS QUE MATAN CON CENTELLAS

Moctezuma, MO-TECUH-ZOMA (tecuh es una contracción de tecuhtli, señor, guerrero), quiere decir: MI SEÑOR ESTÁ ENOJADO, y fué el nombre de dos emperadores aztecas. Al primero de ellos se le dió como un mote, pues, según refiere la tradición, era un niño hosco y extremadamente serio.

«Mi Señor está enojado», Motecuhtlizoma, decía el ama que lo crió, y MOTECUHTLIZOMA O MOTECUHZOMA se llamó. Como era un arquero admirable, llamáronle después ILHUICAMINA, que quiere decir flechador del cielo, y su emblema fué un astro traspasado por una flecha. Como ven ustedes, los cortesanos de aquella época no se andaban por las ramas...

Yo lo hago hablar en un poema, en el que describo su aparición de esta manera:

Y OTRO ESPECTRO ACERCÓSE; EN SU DERECHA
llevaba un arco dócil y una fina
saeta en su carcaje, de ónix hecha:
coronaban su testa plumas bellas,
y me dijo: Yo SOY ILHUICAMINA,
SAGITARIO DEL ÉTER, y mi flecha
traspasa el corazón de las estrellas.
Yo hice grande la raza de los lagos,
yo llevé la conquista y los estragos
a vastas tierras de la patria andina,
y al tornar de mis bélicas porfías,
traje pieles de tigre, pedrerías
y oro en polvo: Yo SOY ILHUICAMINA!

A Moctezuma II le apellidaban XOCOTZIN, que quiere decir el nacido después, el *cadet*. De aquí que en México se llame al último hijo el xocoyote.

Pero basta de marginalios y hablemos de la otra gran civilización que con la nahoa reinaba en el antiguo México.

Era ésta, como he dicho, la civilización MAYA-QUICHÉ y nació en la bellísima región que riega el gran río Usumacinta. Ha dejado vestigios monumentales.

No se sabe quién inició a aquellos hombres en las artes y las ciencias; parecen haberlo aprendido todo por sí mismos en el curso lento de su evolución; pero en ciencias y artes llegaron a la grandiosidad y magnificencia que atestiguan sus monumentos, los cuales nos asombran todavía.

Su vasto imperio se afirmó en la península de Yutan y se extendió hasta Guatemala, donde existen obeliscos verdaderamente admirables, de gigantesco tamaño, cubiertos de jeroglíficos que no ha sido posible descifrar aún.

Del lado de México actual llegó hasta las riberas del Usumacinta; del lado de lo que fué el México precolombino, hasta parte de los territorios del Salvador y Honduras, y desparramó grandiosos monumentos—hoy ruinas llenas de misterio—por toda la vastedad de sus dominios.

Estas ruinas están custodiadas por un pequeño genio, por un gnomo sedoso, minúsculo y terrible, que da una muerte cruel a quien se atreve en el verano (y el verano es allí casi eterno) a profanar-

las con su planta. Este gnomo, este genio custodio es la tarántula, que surge de todas partes en muchedumbre de terciopelo, y que mata irremisiblemente a quien muerde, en medio de atroces convulsiones.

Las hay negras, con manchas anaranjadas, las hay azuladas, las hay atigradas con rayas bermejas.

Se refiere de cierto explorador americano—quien con un guía y algunas mulas cargadas de víveres, tiendas de campaña, etc., caminaba por aquellos parajes desiertos—que al llegar al claro de una gran selva tropical, resolvió con su guía pernoctar, porque el sol declinaba ya. Apenas comenzaban a instalarse para pasar la noche, cuando advirtieron que una de las bestias, después de estremecerse repetidas veces, caía agitando convulsivamente las patas. El guía, lívido, exclamó: «¡Las tarántulas!», y aconsejó al explorador que con el látigo procurase sin cesar alejarlas. Pocos momentos después, otra mula caía fulminada, y así sucesivamente hasta no quedar una con vida.

Los dos hombres, en tanto, esgrimían el látigo con desesperación, matando bichos; pero éstos acudían de todos lados por entre la hojarasca temblorosa, y hubo un momento en que ya no fué posible evitarlos.

El guía, mordido a su vez, al sentir los primeros efectos de la ponzoña, dijo al explorador: «Procure usted subirse a un árbol que tenga el tronco liso, y defiéndase como pueda; yo estoy

perdido.» Pocos momentos después moría en medio de atroces convulsiones. El explorador, gracias a sus botas muy altas, había logrado escapar, haciendo caer a latigazos las tarántulas que trepaban por sus piernas. Encaramóse con la agilidad de la desesperación al árbol más alto, y a horcajadas sobre una rama se desembarazaba con su látigo de las arañas que intentaban subir hasta lo alto del tronco. Pero el sol se ponía, la selva inmensa se llenaba de misterio, las tinieblas avanzaban implacables... El explorador se acordó de Dios, y con todo el fervor de su niñez lejana alzó su oración angustiosa. La negrura invasora continuaba envolviéndolo todo. Pronto la noche, cómplice de los terribles geniecillos de las ruinas, completarían su obra. El explorador, rendidos los brazos de sacudir el látigo, se dispuso a morir...

Pero súbitamente escuchó como un gran roce de seda en los aires, y chillidos ásperos y vibrantes por todas partes. Era una bandada de aves de aquellas tierras, cuyo manjar más codiciado lo constituye justamente la tarántula, al veneno de la cual son inmunes, y a la que persiguen con encarnizamiento. Inmediatamente las tarántulas empezaron a desbandarse, y en unos instantes despejaron el claro.

El explorador estaba salvado.

Pero volvamos al asunto capital.

Era el maya un imperio teocrático, regido por seres que, a través del tiempo y la leyenda, se volvían fabulosos; y cuando Hernán Cortés llegó a nuestras tierras, los últimos reyes mayas pretendían aún descender del nebuloso y magnífico Quetzalcoatl, el sumo sacerdote nahoa.

Las civilizaciones maya-quiché y nahoa, aunque con vínculos naturalmente creados a través de los siglos, son muy distintas.

La nahoa, como la caldea, es astronómica. La maya tiene mucho de la egipcia.

De todas suertes, la Ciudad Santa de los nahoa (si nahoa es, pues algunos historiadores afirman que sus monumentos existían desde época inmemorial, y que los toltecas los aprovecharon dedicándolos a sus divinidades, en tanto que otros sostienen que los mandó construir Totopeur, cuarto rey tolteca, que era muy piadoso); la Ciudad Santa nahoa, digo, Teotihuacan, lugar de los adoratorios o ciudad de los dioses, pues el teotlazteca y el teos griego se hermana dentro de los misterios de la etimología, ofrece por su parte vestigios tales de grandeza, que no ceden a los de la civilización maya, ni pueden contemplarse sin una emoción profunda.

Yo los visité poco antes de salir de México, y conservo de ellos recuerdos imborrables.

Imaginaos una gran ciudad, de un perímetro enorme, toda ya bajo la tierra, cuyas casas tienen la misma distribución que las casas griegas arcaicas, y están construídas con una especie de ce-

mento en el que eran y son muy hábiles los naturales de mi país. Este cemento, del que estaban cubiertos los grandes palacios de la ciudad de México, los cuales brillaban al sol como espejos, hizo creer a algunos soldados de Cortés, que los contemplaban a distancia antes de llegar, que las casas de la gran ciudad de Tenoch eran de plata...

En determinados sitios de estas casas, se advierten los conductos de agua para los baños y demás menesteres. En los muros hay frescos, cuyo color revive instantáneamente si se arroja sobre ellos un poco de agua.

Imaginaos, además, dos grandes pirámides, dedicadas por los antiguos nahoas al sol (Tonatiuh en azteca, por lo cual, a Pedro de Alvarado, que tenía una revuelta y abundante barba rubia, llamábanle Tonatiuh los indios) y a la luna, con la denominación de Mextli. Las cimas de ambas están bajo el mismo meridiano: la de la luna, al Norte, y la del sol, al Sur, y se componen cada una de tres gradas y de cuatro cuerpos. Las principales dimensiones de estos monumentos son:

Pirámide del sol: lado Norte a Sur de la base, 232 metros; lado Este a Oeste, cara austral, 220 metros; altura, 66 metros; meseta, Norte a Sur, 18 metros; ídem Este a Oeste, 32 metros; inclinación de las faces, 31°.

Pirámide de la luna: lado Norte a Sur de la base, 130 metros; lado Este a Oeste, 156 metros; altura, 46 metros; meseta por cada lado, 6 metros; inclinación, cara oriental, 31° 30.

Las pirámides están construídas por capas superpuestas y alternadas, de barro y arena gruesa, de tezontle (piedra porosa muy resistente, de origen volcánico, que ha servido para muchos monumentos coloniales de México), y por último, de una delgada capa de finísima cal, bruñida por su cara superior, sigüiendo el mismo sistema de todo el monumento.

En el interior, las pirámides de Teotihuacan presentan detalles análogos a las de Egipto. Entre uno y otro monumento hay innumerables templetes o túmulos, a veces desparramados, alineados a veces. De ahí que se haya dado a esta especie de vía Apia el nombre de calle de los Muertos.

En la meseta superior de cada pirámide se levanta el santuario. En él el sumo sacerdote oficiaba delante de millares de fieles, que, temblorosos, se agrupaban en el valle. Su religión era noble; sus ritos, puros y armoniosos. La adoración de los astros informaba muchos de ellos. Estamos aún muy lejos del Moloch azteca, del Huitzilopoxtli ávido de corazones palpitantes, que encontraron los conquistadores, y al cual se sacrificaban cientos y aun miles de prisioneros de guerra.

Las civilizaciones halladas por los españoles en México eran, por lo demás, muy superiores a la civilización nahoa y a la maya, que se pierden en lo indeciso de las edades, y a las que algunos investigadores modernos (y a la maya-quiché sobre todo) atribuyen una antigüedad tal, que subvirtiendo los datos y juicios aceptados hasta hace al-

gunos años, serían anteriores a la egipcia... Pero de esto nos ocuparemos luego.

Los aztecas, con los cuales tuvieron principalmente que luchar los conquistadores, pertenecían a la última de las llamadas siete familias nahuatlecas (nahuatleca quiere decir «gente que se explica o habla bien», a pesar de lo cual no debéis creer que se tratase de una tribu parlamentaria, sino de una casta guerrera, especie de Prusia de aquel tiempo).

Cuando Hernán Cortés llegó a nuestras playas, las pirámides de Teotihuacan dormían ya en sueño tal vez más que secular.

Su secreto yacía inmemorialmente bajo sus cúspides ensilvecidas, hasta una de las cuales yo subí a caballo, por veredas que serpenteaban entre la verdura.

Hay una tercer pirámide de origen nahoa, igualmente notable: la de Cholula, la antigua Cholollan, que mencioné ya, sobre la cual se alza un hermoso templo colonial de innumerables cúpulas.

Y existen, por último, las maravillosas ruinas de Mitla, del mismo origen que las pirámides, levantadas por la misma gran civilización pensativa, y que se encuentra en el Estado de Oaxaca.

En concepto del ilustre historiador señor Chavero, ya citado, estas ruinas pertenecen a época posterior a la inmigración tolteca, que modificó la antiquísima civilización zapoteca; pero otros historiadores les conceden mucha mayor antigüedad.

El nombre de MITLA viene de Mictlan (voz nahoa) que significa «lugar de los muertos».

Los zapotecas llamaban a este sitio Lyobaa, que quiere decir «lugar de descanso».

A lo que parece, fué sepulcro de reyes, mansión del sumo sacerdote: una especie de Escorial de aquellos tiempos remotos.

Estas ruinas son en su totalidad cuatro palacios y dos pirámides; su grandiosidad y su misterio habrían de embelesaros.

●

Los nahoas, según las bellas frases de un historiador mexicano, se distinguieron por la delicadeza más que por la fuerza de su sentimiento artístico.

Este gusto especial se manifestó en la greca y en la columna. No realizaron una arquitectura monumental como los maya-quiché. Su monumento es un calendario al decir de los peritos. Los cálculos y observaciones astronómicas en que se funda, imprimen a su religión el carácter que la distingue. Para aquel pueblo todo se concentra en las relaciones entre el sol, la luna y el lucero, tanto que hasta en su misma historia se encuentra un rastro profundo de esas relaciones astronómicas. La estrella vespertina y la luna luchan en el cielo. Fórmase esa leyenda observando cómo desaparece la estrella y queda triunfante la luna; pero vuelve a aparecer el astro de la tarde en el Oriente, como el lucero del alba. Con esa aparición comienza el año ritual de los nahoas.

De ahí un culto especial, astronómico y puro, a

la divina estrella que duerme en las nubes rojizas del Occidente, para surgir radiosa en el Oriente y extinguirse a la luz del sol, oyendo los cantos de las aves madrugadoras.

Esta religión digna de los griegos, dulce, esplendorosa, no aceptaba, como dije ya, los sacrificios humanos, impuestos después por ritos invasores, que contribuyeron a la decadencia de la monarquía tolteca.

Pero ya es tiempo de que hablemos de las imponentes ruinas mayas, objeto principal de mi breve conferencia.

Según Herrera, el cronista de las décadas, los mayas decían que sus antecesores habían venido, cuando menos en parte, del Oriente.

En Egipto existe una tradición, la cual refiere que en los tiempos de Sesostris, numerosos exploradores se aventuraron en grandes barcos por los mares desconocidos, con el objeto de descubrir nuevas tierras, y no volvieron jamás. Se piensa que estos exploradores fundaron el gran Imperio Maya.

¿Leyendas?

La arquitectura monumental de los mayas tiene cierto carácter asirio egipcio... Pero ¿no podría decirse más bien que la arquitectura egipcia y la asiria tiene cierto carácter maya?

América es muy vieja; sus civilizaciones eclipsan probablemente en antigüedad a las que surgieron en los bordes del Mediterráneo. Cuando la ciencia descifre los jeroglíficos numéricos de los mayas, se quedará asombrada.

Otra leyenda afirma que Quetzalcoatl, el sumo sacerdote tolteca, el que tan misteriosamente desapareció prometiendo volver, y del cual, según he dicho, pretendían descender los monarcas mayas, era nada menos que el apóstol Santo Tomás, que fué a evangelizar a aquellas regiones.

Varios historiadores muestran como indicio misterioso de esta evangelización la Cruz del Palenque, al lado de la cual, y entre variados motivos ornamentales, se yergue una admirable figura hierática: el sumo sacerdote probablemente. Esta cruz es de una extraña hermosura.

¿Se debe sonreir ante tal ingenua afirmación?

¡Quién sabe!... De Quetzalcoatl se afirma que era un personaje blanco, barbado, que llevaba una túnica cubierta de cruces...

Por último (y esto nos hace dar un vertiginoso salto hacia atrás en los abismos del tiempo), filólogos peregrinos hacen hincapié en la enigmática etimología que vais a ver:

ATL en azteca, y probablemente en idiomas mucho más antiguos, quiere decir agua: ejemplo, AXAYACATL, «cara de agua», mote dado al sexto rey de México, porque según se afirma, hermoseó notablemente el antiquísimo bosque de Chapultepec, residencia que fué probablemente de reyes

toltecas, después de emperadores aztecas, y de casi todos los posteriores mandatarios de México, inclusive el archiduque Maximiliano de Austria, quien por cierto lo hermoseó, y preferíalo a cuanto palacio había visto.

El rey azteca construyó hermosas albercas, con mascarones que arrojaban límpidos chorros de agua: *axyacatl.*

ATL es, pues, agua.

TLAN es tierra, y se encuentra en la geografía de México, frecuentísimamente, como sílaba indicatoria de ciudad o tierra (¿tendrá el CLAN celta algún parentesco con esta palabra?)

Así tenemos Mazatlan, tierra o lugar de venados (hermoso puerto del Pacífico).

Atl-tlan, o Autla, camino de agua, cantón del Estado de Jalisco.

Cuautitlan, tierra con árboles, o que está junto a los árboles.

Si fuese Cuauhtlan, con u, h, sería tierra de águilas, porque CUAUH es águila; de ahí el nombre del último emperador azteca, el heroico mancebo vencido por Cortés: CUAUHTEMOC, águila que cae,

Tenemos, pues, ATLA, agua, y TLAN, tierra.

Nos queda TICO. Tico es la construcción de ITICO, que sería algo así como el participio pasado de un verbo que significase hundir: AIL-ILAN.

Tico o AIL querría, por lo tanto, decir: NUESTRA TIERRA SE HA HUNDIDO EN EL AGUA, confirmación maravillosa del relato que, según Platón, en su *Timeo,* hizo a Solón, uno de los sacerdotes de

Sais, y que se refiere a aquella gran isla Atlántica, en que vivían reyes célebres por su poderío; los cuales tenían fundado un gran imperio, que se hundió bajo las olas del mar enfurecido por los terremotos, hará cerca de nueve mil años...

Si esta etimología fuese cierta, seguramente los maya-quiché serían los depositarios de las tradiciones del continente desaparecido. Sus códices fundamentales, que son cinco: el Telleriano, el Borgiano, el Vaticano, el de Dresde, el Cortesiano y el Troano (los dos últimos se encuentran en España), guardarán el secreto de aquel imperio anterior a los más antiguos de que habla la historia y en el cual llegó tal vez la civilización a grandezas no superadas.

Chavero afirmaba que los jeroglíficos mayas, sean figurativos, ideográficos, simbólicos o fonéticos, resultan absolutamente ininteligibles. Pero quizá un Champollien o un Marpero del porvenir encuentre su clave, probablemente numérica, y entonces, como he dicho, se descorrerá ante nuestros ojos un maravilloso panorama intelectual.

•

Insinué que los monumentos mayas tienen cierto parentesco con los asirios y egipcios: sin duda; sólo que con detalles, con adornos, con una fisonomía, tan propios, que no cabe confundirlos con aquéllos, y con algo de misterio, que es como un misterio distinto del egipcio.

Uxmal y Chichen-Itza fueron dos metrópolis rivales del imperio de los mayas. Ambas tenían suntuosos edificios: sus ruinas nos sorprenden, nos encantan y nos sumergen en el corazón mismo del enigma.

Las ruinas de Chichen-Itza abarcan un espacio de dos millas de circunferencia, se componen de varios edificios, notables todos por su riqueza, su hermosura y la majestad de su ornamentación.

El segundo de estos edificios tiene una fachada cuya elevación llega a siete metros, por una anchura de diez. Se advierten en él dos cornisas de dibujo y gusto muy delicados y sobre la puerta hay dos pequeños medallones de jeroglíficos y adornos de piedra, parecidos a la trompa de un elefante, como en Uxmal, y otros en nada semejantes a ningún otro pueblo de la tierra.

En los edificios hay escalinatas de una gran anchura y largas hileras de vastos departamentos con puertas, en que se repite el elefante, adorno que domina en casi todas estas ruinas. En los detalles de las hileras o galerías, así como en el admirable palacio de Zayi, se ve el refinamiento y el gusto a que había llegado aquel gran pueblo.

En Chichen-Itza se ve también un edificio de forma circular, al que se dió el nombre de caracol o de escalera «elíptica», construído en la parte superior de dos terrazas y a cuyos lados, como formando balaustrada, se encuentran los cuerpos de dos gigantescas serpientes, de un metro de espesor.

El doctor Le Plongeon, en exploraciones recientes, describe la grandiosa pirámide de Chichen-Itza, de 22,50 metros de elevación, y la estatua que se cree fué levantada por una Artemisa maya: la reina Chichen (de donde viene el nombre de la ciudad), a la memoria de su esposo Chacmoel, caudillo ilustre. La cabeza de la estatua es bellísima y sus facciones reproducían el tipo maya. El cuerpo está en actitud de reposo: sentado, con las piernas dobladas y los pies juntos, con sandalias que descansan sobre el pedestal. Esta escultura indica un gran adelanto en el pueblo que la construyó.

Uxmal, situada en la parte Sur del imperio maya, fué una de las ciudades más bellas y monumentales de la antigua América. Se cree que su mayor esplendor lució en los siglos x, xi y xii, entre 981 y 1181, y que cayó después bajo el dominio tolteca.

Debemos a los eminentes arqueólogos Mr. Stephenson y don José Fernando Ramírez (este último, mexicano) bellas descripciones de dichas ruinas. En el centro de ellas se alza lo que los arqueólogos han llamado la Casa del Gobernador.

Es un edificio cuadrangular, de una majestad imponente, cuya descripción sería prolija.

Me limitaré a demostrar dos aspectos de las ruinas, a saber: el friso principal y la puerta del palacio del gobernador. Diré, además, que Stef-

fòns encontró en estos monumentos una escultura que representa un lince de dos cabezas.

Aparte de la Casa del Gobernador, hay otros edificios muy interesantes en Uxmal, como la Casa de las Tortugas, la Casa de las Monjas y el Juego de Pelota.

Una de las particularidades más notables de Uxmal es el haberse encontrado allí grandes cisternas construídas conforme a un plan muy hábil y que demuestran el grado de civilización a que habían llegado los moradores de aquella ciudad extraña.

●

Otras de las ruinas de que me ocuparé, por no poder hacerlo de todas, lo cual sería materia de volúmenes y no de una somera conferencia, son las del Palenque, acaso las más famosas de América. Se encuentran a doce kilómetros del pueblo del mismo nombre en el Estado de Chiapas. Su edad es tal que algunos sabios la reputan como las más antiguas del Continente.

Ocupan una superficie cuyo perímetro mide más de veinte kilómetros. Se encuentran a la falda de una serranía, y por su posición y topografía, parece que la ciudad estuvo edificada en un sitio en que para fortificarla se aprovecharon muy bien las desigualdades del terreno. Los edificios, a pesar de su ruinoso estado, delatan una gran suntuosidad. Destácase entre ellos el palacio principal, que consta de tres cuerpos, que corren paralelamente de Norte a Sur y están unidos en sus extre-

mos por otros dos cuerpos en dirección perpendicular, dividiendo así el recinto en dos patios cerrados, de los cuales uno tendría en medio una torre, hoy semiarruinada.

El palacio mide en sus fachadas principales una longitud de cien metros. Cada uno de los cuerpos estaba dividido por muros intermedios, formando corredores o galerías, que comunicaban unas con otras. En las paredes laterales había pequeñas ventanas. En las fachadas oriental y meridional, seis puertas que formaban como arquería en el piso superior. En los pilares intermedios había primorosos bajorrelieves, de los que algunos se han perdido. Los relieves descubiertos en estas ruinas son de lo más interesante. El principal quizá es el de la Cruz de Palenque, de que os hablo arriba y que ha hecho gastar mucha tinta en disquisiciones. Los escépticos dicen que es un árbol...

Los incrédulos, en arqueología como en todo, son peores que los fanáticos, o si queréis, simples fanáticos al revés.

Una cruz en tiempos remotos, en tierras aún no descubiertas. Eso es imposible para ellos.

Por lo demás, con dar a esta cruz la significación prehistórica de los dos maderos que frotados producían el fuego, y que en razas primitivas quedó como símbolo estilizado de algo para ellas divino, ya quizás los sabios no torcerán el gesto.

Uno de los palacios del Palenque recuerda los monumentos indo-chinos.

¿No es verdad que después de la descripción y contemplación de estos monumentos cosquillean y se agitan en el alma y en los labios las interrogaciones?

¿De dónde vinieron, en suma, aquellos hombres pensativos, sacerdotales, capaces de levantar tales palacios? ¿Acaso del Oriente? ¿Acaso por el estrecho helado de Behring?

Entre el tesoro de los emperadores aztecas figuraba una hermosa piedra verde, muy distinta de la esmeralda colombiana, y muy semejante a una de las más raras y valiosas variedades del jade chino.

El jade chino no se encuentra en México sino labrado en forma de idolillos y de cuentas.

Los poetas de la historia, basados en esto, afirman que la piedra preciosa llamada en azteca chalchihuitl (chalchihuite la llamaron los conquistadores) provenía de regalos hechos por los emperadores del Celeste Imperio a los monarcas de México.

Afirman también los poetas de la historia que en una ruina de Teotihuacán, cuando las fiestas del Centenario, el embajador chino descifró algo que se había creído un adorno, una greca, un arabesco, y que era, ni más ni menos, la salutación que figura en el pórtico de los más antiguos templos de la China...

Los poetas de la historia pueden en parte tener razón. No hay duda de que entre las innumerables razas que pueblan América, así de las que levantaron los llamados mound-builders de los Estados

Unidos, como de las que constituyeron los grandes imperios de México y el Perú, muchas vinieron del Asia. Mas otras, ya por sus caracteres étnicos, ya por la formación de sus monumentos, nos hablan a cada paso del Nilo sagrado y del pueblo fanatófilo de las pirámides y de las esfinges...

Cuando cese la actual locura del planeta, cuando remita esta fiebre, y los ánimos serenos de los sabios vuelvan su vista a nuestras ruinas—que ahora el Gobierno del señor Carranza trata de proteger y conservar—, quién sabe si en México hallen la clave de muchas cosas ignoradas; quién sabe si el sistema de escritura maya-quiché, el más perfecto de América, según los técnicos, y que se encontraba en el período de transición entre la ideografía pura y el fonetismo, llene muchas lagunas del pasado, y nos dé nueva luz para contemplar esta peregrinación incesante de las razas que en su anhelo de ideal y de ensueño van regando por el viejo planeta civilizaciones monumentales, ya ásperas, ya sonrientes, ya torvas, y siempre misteriosas.



IV

LA MUJER MODERNA Y SU PAPEL EN LA EVOLUCIÓN ACTUAL DEL MUNDO (1)

Decía un admirable orador que hay cuatro clases de discursos o, si queréis, de conferencias. Primera clase: malas malas, es decir, malas y largas. Segunda clase: malas buenas, es decir, malas, pero cortas. Tercera clase: buenas malas, es decir, buenas, pero largas, y cuarta clase: buenas buenas, es decir, buenas y cortas.

Yo me contento, en mi reconocida modestia, con que esta conferencia, ya que amablemente queréis llamarla así, pertenezca a la segunda categoría, es decir, que sea mala buena, o lo que es lo mismo, mala, pero corta.

Señoras y Señores:

Es muy socorrido, en casos como el presente, que el conferencista empiece por pedir la indulgencia de quienes le escuchan.

---

(1) Publicada en Buenos Aires, 1919, después de la muerte de Nervo.

Yo quiero ser excepción en esta súplica, no porque no haya menester de vuestra indulgencia, (¡Dios me libre de pensarlo!), sino porque voy a pediros algo más, mucho más importante: voy a pediros *parcialidad*.

Diréis que la parcialidad se pide a los amigos, en tanto que la indulgencia se pide a los extraños; pero vosotros, y sobre todo vosotras, señoras mías, sabéis muy bien que yo no soy un extraño, sino un amigo, un viejo amigo... Y yo lo soy no sólo por elección vuestra, sino por elección mía; porque fuerza será decíroslo: yo empecé a quereros a vosotras antes de que vosotras me conociérais a mí. Yo enfoqué hacia la República Argentina el haz de mis energías más luminosas, en el mejor período de una madurez que empieza; yo os di con amor el pequeño don que había recibido de Aquel que los reparte de una tan misteriosa manera. *La Nación* fué para esta obra de amor el más noble vehículo, la tribuna más alta y bella. Mi pensamiento cordial, gracias a *La Nación* y a algunas revistas amigas, pudo traer su mensaje a vuestro espíritu, y, en realidad, yo no he llegado a la República Argentina: hace más de dos lustros que estaba aquí, que vivía vuestra vida, que auscultaba vuestro corazón. Mi espíritu y el vuestro, vuestro gran espíritu, joven, fuerte, evolutivo, eran como esos mares separados por continentes, pero que en su flujo y reflujo laten al impulso de la misma estrella...

Queda explicado, pues, por qué no os pido esa

indulgencia que demandamos de los indiferentes, sino esa *parcialidad* que pedimos a los amigos.

Veo, por otra parte, entre vosotras y vosotros, rostros conocidos. Hay aquí porteños cuyas manos se tendieron ya en varias ocasiones hacia la mía, y es posible que algunas, acaso muchas, de las damas y señoritas que me hacen la merced de escucharme, me hayan hecho ya otra merced mayor: la de guardar en una hoja de álbum, en una postal, en la primera página de un libro, mi autógrafo al alcance de un verso, de un pensamiento, de una frase de cariño.

Sed, pues, parciales. Que vuestra aprobación y vuestro aplauso tengan la generosidad de la vida, que da ciento por uno; la generosidad del venero, que brinda siempre más agua cristalina de la que le piden; la generosidad de la rosa y la generosidad de la estrella...

Ahora abordemos de lleno esta cuestión. ¿Dónde colocar a la mujer en el mundo moderno?

Os diré que en el mundo moderno y en el mundo antiguo y en todos los mundos posibles, ha habido siempre dos seres muy difíciles de ser colocados en parte alguna: la mujer y el poeta...

Del poeta, refiere un poema alemán, que llegó tarde al reparto de todos los bienes:

«Tomad el mundo—gritó Júpiter desde sus alturas a los hombres—; tomadlo; debe ser vuestro.

Os lo dejo como herencia y feudo eterno. Repartíoslo, sin embargo, fraternalmente.

»Entonces se apresuran todos para arreglarse, se atarean todos, viejos y jóvenes. El agricultor agarra los frutos de la tierra, el hidalgo caza por el bosque, el comerciante toma lo que contienen sus almacenes, el abad elige el noble vino añejo, el rey cierra los puentes y los caminos y dice: «Es mío el diezmo.»

»A última hora, después de mucho tiempo de hecho el reparto, se aproxima el poeta, que viene de muy lejos. ¡Ah!, pero entonces no se veía ya nada por ninguna parte, y todo, todo tenía poseedor.

»—¡Ay de mí! ¿Me he de quedar solo, olvidado de todo el mundo, yo, tu hijo más fiel?—Así resuena su grito de queja, y se arroja ante el trono de Júpiter.

»—Si te demoras en el país de los sueños—repuso el dios—no me reproches. ¿Dónde estabas cuando se repartía el mundo?

»—Yo estaba—replicó el poeta—contigo. Mi vista se hallaba fija en tu rostro, mi oído en la armonía de tu cielo; perdona al espíritu que, embriagado por tu resplandor, perdió lo terrenal.

»—¿Qué hacer?—dice Júpiter—. El mundo está ya dado. Los frutos, la caza, el mercado no son ya míos. Si quieres vivir conmigo, en mi cielo, siempre que vengas estará abierto para ti.

SCHILLER.»

El tremendo problema de la guerra que ha modificado al mundo, que lo modifica sin cesar, con úna rapidez estupefaciente, ha sido acaso benéfico para la mujer. Sufrió ella, la europea sobre todo, tanto o más que el héroe que en el horror de las trincheras vivía úna tremenda y compleja vida indescriptible; pasó por las más hondas y sutiles torturas; dió a luz hijos de los cuales, al nacer, no podía asegurar que tuviesen padre; estuvo en todas partes, en todos los peligros y en todos los sacrificios; hizo cuanto la patria le pidió, en esa gigantesca movilización civil de medio planeta, y ahora, depurada su alma, purificada, ennoblecida por el dolor, más fuerte y lúcida que nunca, después de haber aprendido todos los secretos que una educación providente y un si es no es medrosa le recataba, llena de comprensión para el dolor y de afinación para la vida, quiere, con todas sus hermanas del mundo, una reconsideración, una revisión de aquellos valores fundamentales de los sexos; pide todos los derechos y está dispuesta a acatar todos los deberes correlativos.

Empezaré por afirmar que en mi sentir la mujer está en lo justo, pide lo justo y debe dársele.

Algunos de los países más civilizados no le escatiman ya los derechos políticos, civiles, económicos que ella demanda. En Estados Unidos y en Europa, el movimiento feminista es arrollador. En Méjico, mi patria, después de la revolución que sacudió nuestra vida secular, la mujer, un poco borrosa, aunque siempre noble, dulce y buena, de

otros tiempos, tiene ahora plena conciencia de lo que quiere; lucha por equipararse al hombre, y encuentra en las ideas ambientes y en las simpatías del gobierno estímulo y fuerza para llegar...

Pero, el asunto especial de esta conversación, a la cual, como indiqué arriba, no tengo quizás el derecho de llamar conferencia; de esta conversación que yo quisiera familiar, como si la tuviésemos bajo la luz tamizada de las pantallas, en los rinconcitos discretos de vuestros salones, señoras mías, no se reduce a preguntar si la mujer debe tener los mismos derechos que el hombre, a lo cual un espíritu de equidad responderá sin duda afirmativamente, sino más bien a saber si el ejercicio de estos derechos, sobre todo de los políticos, no le resta, más que le añade, fuerza, no la priva acaso de un poder mayor, mucho más seguro y formidable que el de legislar... De aquel poder que Salomón sintetizó en uno sólo de sus proverbios:

La mujer te llevará adonde quiera con sólo un cabello de su cabeza.

¡Ah!—dirá por ahí una escéptica—eso de llevar a un hombre adonde se quiere con un solo cabello, lo harán las bonitas... no las feas.

Salomón, a quien me parece que no se debe negar competencia en asuntos femeninos, no dijo: la mujer hermosa te llevará, etc... sino la mujer en general, y así a secas.

Por otra parte: ¿dónde están las mujeres feas? ¿Dónde existen las mujeres feas?

Yo puedo decir, dentro de mi visión subjetiva, que una mujer me gusta o no me gusta; pero en realidad no puedo decir que es bella o que no lo es. Bien sé que lo digo con ese antropocentrismo que hace que cada uno de nosotros nos creamos el eje del universo, pero no debo decirlo.

¿Para qué recordar los admirables versos del gran poeta español:

> la belleza sólo está
> en los ojos de quien mira?

En cierta ocasión, a una sutil y elegantísima amiga mía, sudamericana, conocida en París—y que tenía un *alter ego,* por la amistad y la predilección de mucho tiempo, en otra sudamericana muy fea, le dijo con lástima un joven piadoso:

—Esa pobre amiga suya, tan horrible, debe sufrir mucho: quién va a quererla...

Mi amiga rió de buena gana y respondió: —¡Qué poco sabe usted de la vida: esa mujer tiene una suerte loca (la suerte de la fea); gusta mucho más que yo!

Y así era en efecto.

No hay mujer que no guste a alguien alguna vez en la vida, y del alma de ciertas feas o llamadas feas por nosotros, irradia una luz que suele en el trato conquistarnos, a pesar de todo.

Por otra parte, y suponiendo que las feas desdeñadas se dediquen a la política, que ya de suyo suele ser fea, ¿creéis que el factor de un despe-

cho escondido pueda pesar armoniosamente en la balanza del mundo?

●

El reinado de la mujer es el sólo reinado absoluto que existe.

Al hombre más sabio, más inteligente, más bueno, puede ocurrirle que no impere jamás.

La mujer impera siempre. El plazo de su reinado es muy variable, pero el reinado existe sin discusión.

Ahora bien, ¿creen ustedes sinceramente, que una diputada nacional, una economista, una socióloga, una intendenta, una abogada pueden seguir siendo estas cosas sin mengua de las otras?

¿Creen ustedes que labios hechos para pronunciar la fórmula divina del amor, para llevar la esperanza y la paz a las almas, para decir ese sí que la vida espera ansiosa, a fin de realizar el portento del ser, no se manchen con falsas promesas de discursos electorales, con verbología de tribuna o de mitin, con presuntuosos apotegmas sociales? ¿No desciende por ventura la mujer de un plano superior al obrar en el plano político?

Me basta cerrar los ojos para contemplar tantos labios admirables que he visto sonreir como auroras, pronunciando frases como ésta: «Conciudadanas: Acudid a votar por la señora X; no nos arrepentiremos de otorgarle nuestra confianza. Será la senadora por excelencia. No faltéis a los comicios, ciudadanas».

Me basta, digo, imaginar que labios que me han sonreído y que acaso he amado, pronuncien esto, para trasponer los umbrales de la pesadilla...

●

Pero si en el momento actual de la evolución del mundo, la mujer, aun suponiendo que, como es de desear, se le concedan, no ejercita los derechos políticos, sociales, económicos, ¿qué va a hacer?

Va a hacer—diría yo—lo que ha hecho siempre, pero va a hacerlo mejor. Va a influir en el hombre; va a procurar que el hombre, el legislador sobre todo, sea más humano, más previsor, más lúcido; va a ejercitar su innegable, su todopoderoso ascendiente para civilizar al hombre, para volverlo más culto. Porque aun cuando los hombres, tan pagados de nosotros mismos, creamos que hemos hecho solos la civilización, es la mujer en realidad la que nos ha vuelto menos fieras, a través de los siglos; la que ha limado nuestras uñas y nuestros dientes, como la pastora de la fábula limó los del león enamorado.

Si el gorila, que, según Taine, aparece rascando un poco la epidermis de cada hombre, se esconde más y más en ciertos pueblos llamados cultos, esto se debe a la mujer.

No hay época gloriosa en el mundo que no haya estado presidida por una o varias mujeres. Grecia, que fué honra de la humanidad, dió a los divinos filósofos interlocutoras también divinas.

Roma tuvo tantas mujeres admirables como hombres. La Edad Media está llena de Eloísas y Clemencias Isauras, de Marías de Molina e Isabeles; y en el mundo actual, casi en todos los países de Europa, la mujer es superior al hombre.

La civilización y la cultura están, pues, constituídas en gran parte por las manos de seda de la mujer, y si dudáis de ello, señores, y si queréis saber lo que intrínsecamente es la mujer en toda vuestra obra, ensayad a apartarla de vuestras ciudades y de vuestros campos; veréis en seguida cómo nuestra ferocidad nativa, sin ellas que la atemperen y sofrenen, muerde, mata, destruye y hace saltar el planeta... lo que la guerra hubiese logrado, sin duda alguna, sin la mujer europea y norteamericana, que en realidad salvaron la civilización.

El cristianismo, la más alta expresión de la excelencia humana, existe por la mujer.

Dios mismo necesitó que una virgen dijese: «hágase en mí según tu palabra», para realizar el prodigio sublime, y sin Magdalena que madrugó —porque el amor siempre vela— para ir a ungir el cuerpo del maestro muerto y que proclamó loca de júbilo la resurrección, el cristianismo no existiría...

El mejor signo de la cultura de un pueblo es su actitud para con la mujer. El más alto exponente de superioridad masculina es la fidelidad a una mujer.

Cuanto más cerca se halle de la bestia primordial, el hombre es más polígamo; cuanto más lejos, más concentra su amor en un solo ser, porque la unidad suprema no se puede obtener sin dos...

Los propios ángeles, según los videntes, buscan compañero... o compañera.

En el reinado de las almas, dos almas son necesarias para formar un espíritu completo.

«Vi—dice Swedenborg, el iluminado sueco, en sus visiones—, vi venir, por el espacio, un ángel radiante, mas cuando se acercó a mí pude advertir que no era un ángel: eran dos.»

●

¿Qué más puede pretender, por tanto, la mujer, que seguir siendo lo que ha sido: la verdadera fuerza centrípeta espiritual del planeta, y seguirlo siendo cada vez más y cada vez mejor?

No se entienda por esto que yo rechazo concesión ninguna de derechos políticos a la que creo y he creído siempre, no análoga en valor al hombre, sino superior a él.

Vayan en buena hora a las ingratas luchas de ese oficio que Emerson llamó deletéreo, las que entiendan que sólo así puede renovarse el mundo.

Pero, acercándome al oído de la mitad de nues-

tra alma, al oído del ser que tiene la verdadera prelación espiritual, le diré: amiga mía, ten cuidado y no cambies tu primogenitura por un plato de lentejas...

Para concluir estas palabras, en que no os he dicho por cierto nada nuevo, permitid que os lea una brevísima página de mi libro *Plenitud,* intitulada «La mujer», y que será el punto final de mis conceptos afectuosos:

«El proverbio persa dijo: «No hieras a la mujer ni con el pétalo de una rosa». Yo te digo: «No la hieras ni con el pensamiento».

«Joven o vieja, fea o bella, frívola o austera, mala o buena, la mujer sabe siempre el secreto de Dios.

»Si el universo tiene un fin claro, evidente, innegable, que está al margen de las filosofías, ese fin es la Vida, la Vida, única doctora que explicará el Misterio; y la perpetuación de la Vida fué confiada, por el ser de los seres, a la mujer.

»La mujer es la sola colaboradora efectiva de Dios.

»Su carne no es como nuestra carne.

»En la más vil de las mujeres hay algo divino.

»Dios mismo ha encendido las estrellas de sus ojos irresistibles.

»El Destino encarna en su voluntad; y si el Amor de Dios se parece a algo en este mundo, es sin duda semejante al amor de las madres.»



MISCELANEA



EL ECLIPSE TOTAL DE SOL DEL 30 DE AGOSTO DE 1905

Desde que llegué a la frontera española empecé a oir los peores pronósticos. Una dama, que conversaba nada menos que con el príncipe viudo don Carlos de Borbón, que iba en el tren, afirmaba que había quien pagara en Burgos *mil pesetas diarias* por alojamiento y comida. Que los trenes no admitían ya pasajeros, que el material rodante se había agotado, que...

Yo, pobre de mí, que había precipitado mi salida de París por el famoso eclipse; que tres meses antes no pensaba en otra cosa, me sentí *eclipsarse* todo mi buen humor y llegué a San Sebastián muy mohino y cariacontecido.

Pero no sucedió absolutamente nada de lo qùe yo temía. En San Sebastián sùpe que en la noche del 29, a la media noche, saldría un tren especial para Burgos, y claro está que una hora antes estaba yo en la estación. Esta jamás se había visto tan concurrida. Medio San Sebastián se había ido ya como había podido a la milenaria capital de

Castilla la Vieja, y la otra mitad invadía el andén. Entre los mexicanos ahí presentes se hallaban el señor ministro de México, su primer secretario el señor Pardo y el ilustrísimo señor Montes de Oca.

A las ocho de la mañana todo el mundo estaba en Burgos, con una avidez... ¡pero qué avidez! En todas las caras se leía la expectativa ansiosa de un fenómeno jamás contemplado. El día era espléndido, uno de esos días de Castilla en que todo se dora y radia como bajo una lluvia de oro fundido. Pero a eso de las diez, gruesas nubes empezaron a opacar aquella enorme gloria matinal, y desde ese instante hasta el en que el fenómeno llegó a su totalidad, Dios sabe cuántas veces todos los espíritus suspensos flotaron con fluctuación dolorosísima entre el miedo y la esperanza.

Yo de mí sé decir que a eso del mediodía había perdido toda esperanza de ver el eclipse. El sol jugaba a las escondidas, sin piedad de aquel enjambre inmenso de sabios y de curiosos que con sacrificios sin cuento habían venido a la patria del Cid, de los cuatro rincones del planeta.

El astro, mordido ya en el corazón por la sombra invasora, semejaba un barco de fuego flotando en un revuelto océano de nubes.

Poco antes de la totalidad, en un solar cercado en toda su extensión, y al cual tanto el señor Pardo como yo habíamos logrado fácilmente el acceso, la familia real, el arzobispo de Burgos, el ilustrísimo señor Montes de Oca e innumerables

personalidades más, presenciaban la ascensión de tres globos donde algunas comisiones científicas iban a observar el fenómeno. Los tres se elevaron sucesivamente con una lenta majestad y yo envidié a los afortunados que iban allá arriba, por encima de las nubes, a contemplar la celeste tragedia en toda su aplastante magnificencia...

El sol no era ya a la sazón más que un finísimo arco adamantino, a cada paso envuelto en la pertinacia de los vapores atmosféricos... Dos minutos más... un minuto más... medio minuto más de nublado y la totalidad se reducirá para nosotros a una obscuridad uniforme y sin encanto, como la que viene al caer de un día nublado, y nuestro largo viaje y nuestra fatiga y nuestra larga esperanza serían vanos y estériles...

En todos los ojos había despecho, cólera, desesperación... Pero de pronto, como si aquello hubiese sido arreglado por un gran *metteur en scène,* el sol penetró al único claro azul que habían dejado las nubes, y en ese instante, trece horas seis minutos cincuenta y siete segundos, empezó la totalidad... De todos los labios surgió un grito y todas las manos aplaudieron...

Y el inefable drama se desarrolló a nuestra vista...

Un disco negro a través del cual se escapaban pálidos o sonrosados rayos de gloria, de una gloria inexplicable, avanzó por la zona azul del cielo.

¿Cómo describir la luz cadavérica, nunca vista, absurda, temerosa, que alumbraba la tierra... y

aquellas sombras violadas que sembraba sobre el llano... y el aspecto singularmente trágico de los rostros... y sobre todo, allá arriba, aquel divino conflicto, aquella máscara inmensa sobre la faz de Dios y las luces de aquella corona enorme, irregular, hecha de las protuberancias de hidrógeno inflamado, que forman como una inconmensurable y terrible cabellera al Apolo milenario y augusto...? ¡Qué cortos fueron aquellos tres minutos y cuarenta y dos segundos durante los cuales contemplamos lo que a tan pocos les es dado contemplar!... Recogidos, mudos, ansiosos, asistíamos al celeste espectáculo.

Huían los pájaros en bandadas, indecisos y llenos de espanto, temblaban los corazones...

Mas he aquí que un rayo maravilloso, de una vivacidad indefinible, de un brillo raro, de un colorido único, surgió de pronto fuera de la sombra... y aquel primer rayo fué tan bello, tan inesperado, tan sorprendente, de una magia tal, que hizo palidecer hasta el propio encanto, hasta la propia maravilla de la totalidad... ¡Los que tuvieron la dicha de ver el eclipse, jamás, jamás olvidarán ese primer rayo!

El sol había vencido... Apolo lanzaba su saeta de oro... El Creador nos volvía a sonreir con la eterna sonrisa de nuestro sol... El mundo subsistiría aún, prendido al hilo invisible de su centro radioso.

¡Y los cielos continuarían cantando la gloria de Dios!



NUESTRA ENCUESTA

(DE «LA REVISTA DE AMÉRICA», PARIS)

El exquisito Nervo, figura epónima en la batalla modernista, artista indiscutible, novador en el verso, elegante en la actitud, nos escribe desde Madrid, donde es brillante diplomático:

PREGUNTA.—¿Cuál le parece ser la influencia de las literaturas extranjeras en el moderno desarrollo literario de América?

RESPUESTA.—Es evidente que la literatura francesa de los cuatro últimos lustros, con todas sus modalidades y evoluciones, ha influído en la literatura americana: influencia directa en los poetas y escritores mejor informados, indirecta y a través de éstos, en los demás. Se ha imitado a los franceses y, a través de ellos, a ingenios de otras lenguas menos accesibles. Pero procede confesar lealmente una cosa: que influída al principio, sur-

gió después poco a poco una literatura de fisonomía cada vez más propia, con un no sé qué puesto por el ambiente nuestro, y que si se imitaron los procedimientos franceses (sobre todo cierta mecánica del verso, que lo redimía de los viejos moldes), los verdaderamente enterados, no sólo llegaron a crear un arte propio y a dar al idioma agilidades desconocidas, sino que influyeron a su vez de una manera decisiva en la poesía española contemporánea, que ha seguido, a veces gallardamente, el impulso americano.

Pregunta.—¿Opina usted que existe una literatura americana en prosa y verso y en qué género le parece que se revela mejor ese esfuerzo original?

Respuesta.—Sí, existe esa literatura, y tiene, como digo antes, una individualidad y un sello personal más grandes cada día. Se revela especialmente en la poesía lírica, que ofrece ya un conjunto imponente y admirable; pero sin desdeñar otros géneros.

Pregunta.—¿Juzga usted que se ha cerrado en nuestro continente un ciclo literario—el llamado modernista—y que se inicia otro de literatura americana? ¿Cuáles son los representantes de esta nueva dirección?

Respuesta.—El ciclo modernista debe considerarse, en mi concepto, como definitivamente cerrado. El modernismo fué un camino, a veces abrupto, para llegar a suaves y floridas praderas. Si trajo malezas, también plantó nuevos rosales

de rosas espléndidas. De la aventura modernista quedaron riquezas positivas al idioma, al estilo, y recursos nuevos al «metier». La poesía americana surgió de él depurada, autónoma, con bellezas nuevas, con música no oída antaño, con honduras cristalinas.—Con respecto a la segunda parte de la pregunta, temería omitir algún nombre al apuntar los que en mi concepto representan la nueva dirección en la literatura americana, y me abstengo de citar los que recuerdo.

Pregunta.—El reciente desarrollo de la novela, tan poco cultivada en el pasado, ¿le parece a usted una manifestación de este americanismo literario?

Respuesta.—Sin duda alguna, aun cuando no sea la manifestación por excelencia.

Pregunta.—¿Cree usted que existe una decadencia actual de la poesía lírica y un renacimiento de la poesía épica, en que se revele precisamente el paso del modernismo al americanismo?

Respuesta.—De ningún modo. La poesía lírica es, por lo demás, la única idónea en el siglo y su decadencia significaría la decadencia misma del americanismo. La poesía épica ya no tiene razón de existir. Es algo mandado retirar de la circulación desde hace muchos años. La poesía épica en América sería la vuelta a las plumas, a los «cóndores» (líbrenos Dios de los cóndores), a las águilas y otros pajarracos; a las montañas muy altas, como el Chimborazo, y a tantos trapajos escarlata de la guardarropía criolla. Para hacer poesía épi-

ca en estos tiempos y en América, se necesitan espíritus primitivos, infantiles, dispuestos a admirarse de todo. No faltan ciertamente poetas que persisten en imitar la radiosa megalomanía de Whitman (que es algo así como un poeta épico de lo desmesurado del país yanqui), en copiar sus enumeraciones nimias o pomposas, sus versículos a veces desmadejados, su egolatría pueril, sin tener, en cambio, su optimismo tónico y enérgico, de la misma calidad que el emersoniano. Pero no son éstos los tiempos del énfasis poético. La América nuestra se enfrenta en la actualidad con grandes problemas, que hacen nacer en los espíritus serias inquietudes. Las nacionalidades se forman en un crisol llameante y sangriento. No es la razón de cantar hazañas de muertos caudillos ni de asombrarse ante las acumulaciones de materia o de riqueza. Por otra parte, ¿qué poesía heroica puede caber en una época en que las guerras mismas tienden a convertirse en operaciones financieras, en recursos de Bolsa, y en que a la antigua avidez de gloria y de grandeza va sucediendo la codicia brutal de los «truts?» No, ya no es el momento de la poesía épica. Es la hora de la energía silenciosa, del pensamiento fecundo, y éstos encuentran su fórmula sobria y diamantina en la lírica breve, concentrada, única que puede dar la ecuación de nuestro pensamiento.

Bien sé que hay muchos europeos que dicen a los poetas americanos: «¿Por qué no cantáis vuestra espléndida naturaleza, vuestras costumbres

curiosas, vuestra historia precolombina, vuestras leyendas?» También hay otros que insisten en preguntarnos con impertinencia: ¿Por qué os ponéis el frac en vez de vestiros a la usanza de vuestro país? ¿Por qué no lleváis ya plumas y espejos? Estaríais más pintorescos.» Pero nosotros no queremos estar pintorescos: queremos ser los continuadores de la cultura europea (y si es posible los intensificadores). Dejemos, por tanto, en paz al Chimborazo, al Tequendama, al Amazonas, al cóndor (sobre todo al cóndor...) y a los árboles milenarios de nuestras selvas vírgenes. Opongamos a la voracidad del enemigo común una fuerza recogida, serena, consciente, que no se gaste en alardes ni en llamaradas épicas, y ejerzamos cada día más resueltamente nuestra augusta función de pensar.





DE MI BREVIARIO INTIMO

COMO EL MOLINO

Hermano: sé como el molino de mi huerta; los pies en la tierra y la cabeza en el cielo.

Alzate jubiloso en la mañana llena de luz; tranquilo bajo la severa mansedumbre de la tarde; impávido cuando en la noche pasen sobre ti las nubes de tormenta.

Tu rueda debe girar siempre, sacando afanosa el agua. Llena tu vaso, y dale de beber al hermano sediento; y cuando colmes tu represa, deja correr las aguas por la campiña para que beban también los corderos y las palomas, las flores y las hormigas.

Sea tu fuente manantial divino que apague la sed de los hombres, que fecunde la tierra de las almas resecas, y linfa cristalina donde la luz de los cielos se mire orgullosa.

Hermano: ¡sé como el molino de mi huerta! Que tu vida valdrá según lo que riegues...

EL MIRADOR DE COLORES

Yo vivía bajo la radiante cúpula de un mirador con cristales de colores. Y mi estancia estaba siempre en la penumbra, porque la luz me llegaba sólo a través de los vidrios con que había querido resguardarme.

Pero una mañana, cansados mis ojos de tanta engañosa refracción, cogí mi bastón e hice trizas los cristales...

Desde entonces respiro mejor. Y de noche, en la hora de las meditaciones, percibo más claramente los misterios de la sombra y el fulgor de las estrellas...

TU PAGINA

Hay en tu libro miles de páginas escritas. Pero aún permanece una en blanco: aquella que has de escribir tú solo.

No tengas prisa en llenarla. Ten solamente seguridad de que la escribirás, y de que ella sola dirá mucho más que todas las otras juntas.

Puedes llenarla con una palabra, con una idea, con un gesto.

¡Anímate y escríbela!

CUANDO ELLA VENGA

—Padre: vas a partir... El camino está obscuro y se ven muchas sombras... ¿Quieres luz?

—No, hijo mío. Siempre ardió la lámpara en mi cuarto, y con su luz tengo bastante. ¡Guardaos vosotros! Porque bien cierto soy de vuestra desgracia, si habréis menester de que os alumbren el último tramo del camino. ¿No llevaréis, por ventura, bien encendida vuestra lámpara?

YENDO HACIA ÉL

La cuesta era empinada; el camino, difícil; la marcha, lenta.

De pronto el discípulo preguntó: —Maestro: ¿sabéis si nos faltan aún muchas jornadas?

Volvió el viejo su cabeza venerable, miró hacia abajo y escuchó un instante.

—Aún veo los hombres y oigo sus voces—dijo.

Y señalando a su discípulo la cumbre del Monte, siguieron subiendo...

LA BARCA DE MI ESPERANZA

Aquí estás, barca mía, repleta de ilusiones. Dentro de ti puso la alborada los mil cambiantes colores de sus luces; puso el jardín los alegres tonos de sus flores y el aroma de sus corolas, y dentro de ti puso también la noche el rutilar de sus estrellas y los misterios de su sombra.

¿Adónde vas?... Te impulsa mi corazón y te guía mi espíritu.

Cuando tus remos quiebran la superficie agitada de las ondas, tiemblas temerosa de saltar hecha pedazos. Tu preciosa carga se revuelve dentro, en espasmos de miedo...

Me asomo a tu borda y observo el espejo de las aguas; nada se te ha caído. Miro dentro de ti, y encuentro todavía las luces de la aurora, las galas del jardín y los astros de la noche brillando misteriosos. Todo está dentro; ¡no falta nada!...

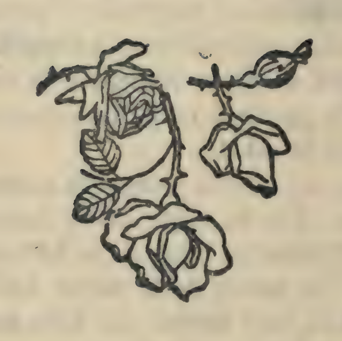
Sigamos. No temas. Si viene un embate de las olas, pararé su golpe con mis brazos; si te azotan los vientos, opondré mi pecho a su furia destructora; si te arrebatan los arrecifes de la mar, mi ojo avizor sabrá esquivarlos.

¡Sigamos, barca mía!... Junto a la tenue gasa de

tu armadura, que es de luces, de perfumes y de misterios, van mis músculos, va mi sangre, va mi vida. Nada temas: tú seguirás incólume. ¡El naufragio no se hizo para ti!

¿Adónde vamos?... Tú eres ilusión, yo realidad; tú sueñas, yo pienso; tú cantas y ríes, yo bogo y lloro...

¿Adónde vamos?... No te inquietes; te impulsa mi corazón y te guía mi espíritu. ¡Adelante!... ¡Ya vamos a llegar!... ¡Ya se ve la costa!...





LA TRAGEDIA DE LAS CUNAS

Usted—insinuó mi amigo el teósofo—ha escrito alguna vez:

> ¿Al nacer llamas fortuna?
> ¡Ah! la cuna sólo es
> un ataúd al revés,
> y el féretro es una cuna.
> La diferencia consiste
> en que la cuna, mi dueño,
> es un ataúd risueño,
> y el féretro... es cuna triste.

Y anduvo usted acertado (los poetas son intuitivos por excelencia). Acertado menos en lo de que la cuna es un *ataúd risueño*. ¡Ataúd risueño! ¡Si el hombre supiese la verdad, sollozaría entre las cunas y sonreiría ante los ataúdes! La cuna, amigo mío—prosiguió entusiasmándose—, es lo más terrible que hay en el mundo. Es el ataúd en que empieza nuestra condena, nuestra espantosa condena de por vida.

Imagínese usted el alma desencarnada de un hombre sabio, noble, bueno.

Apenas su cuerpo ha sido encerrado en la caja, y ya la santa mariposa de luz, un poco aturdida, pero llena de una inenarrable sensación de libertad, ensaya sus vuelos prodigiosos. El planeta es suyo; el aire inmenso, diáfano y melodioso, es suyo. Puede ir y venir con la rapidez del pensamiento. El flúido que constituye la envoltura sutilísima del alma, muy más tenue que la materia radiante que vibra en los tubos de Crookes, penetra todas las substancias, pasa a través de todos los obstáculos.

Es tan leve, que puede posarse en las corolas de las flores, sin inclinarlas; tan ligero, que puede recostarse sobre la superficie de los lagos sin arrugar el agua medrosa.

Una divina embriaguez de poder, de energía, de amor, de amor sobre todo, le llena.

No más grillete de los apetitos; no más bola de plomo del cuerpo denso, opaco, grosero; no más estorbos de la costumbre inveterada; no más ansiedad de la lucha por la vida. Ahora es lo mejor que se puede ser en el universo. Una voluntad desligada de las mentirosas limitaciones del espacio y del tiempo; esa voluntad que, según Schopenhauer, es *la cosa en sí por excelencia, y no puede ser destruída ni aniquilada por la muerte.*

Indiferente al mundo de las representaciones, de los fantasmas, de las apariencias, a este mundo en el cual, según Kant, no percibimos nada

tal como es, sino como se presenta a la percepción de los sentidos, aquella voluntad alada y libérrima se repone, en planos superiores, de los sufrimientos de la vida; se une en vuelos suaves a las otras almas que saturan, por decirlo así, la atmósfera; se abre ingenua y asombrada a la comprensión de todas las maravillas que la rodean; desciende a los nimbos enigmáticos del océano, allí donde las presiones gigantescas aplastarían el acero, y donde, sin embargo, seres de una tenuidad increíble se mueven ágiles y absurdos... Asciende a las cimas incontaminadas del Himalaya; se sumerge en el núcleo ígneo de la tierra, visita todos los países, atraviesa todos los mares...

Pero... aún le faltan algunas perfecciones no adquiridas en el encadenamiento de sus existencias; tiene que agotar su karma, que pulir todavía algunas facetas de su diamante... «De cierto, de cierto te digo que ninguno puede ver el reino de Dios sino volviendo a nacer». *(San Juan,* 3, 3.)

¡HAY QUE NACER DE NUEVO!

Una voz interior, voz más espantosa que todos los infiernos, dice al alma: «¡Desciende a la tierra una vez más! Desciende a la tierra, es decir, envuélvete otra vez en miseria, átate aún con las horribles ligaduras de la carne, torna a ser esclavo de la necesidad, a arrastrar un pobre cuerpo dolorido, a hundirte en la prisión de huesos, músculos, nervios, tejidos, tan espesa y sombría

que hasta olvidarás en ella que fuiste libre alguna vez, que alguna vez tuviste alas...

»El cuerpo flúido brilla con los más centelleantes colores y se ilumina de incomparables fuegos; pero este instante pasa muy pronto. La potente voluntad de la Mónada, de quien es la emanación, le empuja nuevamente hacia los mundos inferiores. Este impulso se manifiesta en él como un deseo invencible.»—*René André.*

Es preciso renacer... *Oportet nasci denuc.*

He aquí una hora de angustia más temible que la de la muerte. En realidad, la muerte no es sino la liberación de los lazos carnales, la entrada en una vida más libre, más intensa. La encarnación, al contrario, es la pérdida de esta vida de libertad, un achicamiento de sí mismo, el paso de los claros espacios a la prisión obscura, el descenso al abismo de sangre, de lodo, de corrupción, en que el ser será sometido a necesidades tiránicas innumerables...

ES PRECISO NACER DE NUEVO

«La vida—dice Renan—es demasiado corta. Se necesitaría una vida para amar, una vida para saber, una vida para bien obrar.

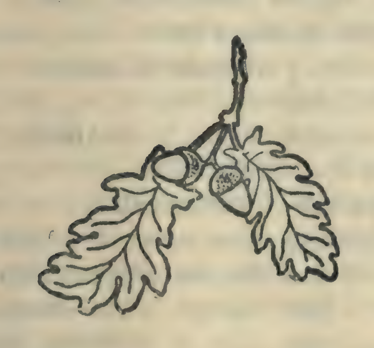
»Y si se quiere amar, hay que renunciar casi a saber, y si se quiere saber hay que renunciar casi a amar... ¡Es cruel!» (Renan: *Reflexiones inéditas).*

ES PRECISO, PUES, NACER DE NUEVO

Adiós, vuelos deliciosos, mariposeos celestes, ubicuidad admirable, agilidad etérea, embriaguez de amor y de infinito... Hay que tornar al calabozo negro y maloliente, por treinta, cincuenta, quizás por ochenta años... ¡Ochenta años de trabajos forzados!

¿Comprende usted ahora—concluyó mi amigo—la espantosa tragedia de las cunas?

¿Comprende usted por qué vienen llorando los recién nacidos y se van sonriendo, con esa sonrisa de una inmensa y misteriosa serenidad, los muertos?





EL PACTO

Aquel hombre estuvo siempre enfermo, como Voltaire, aunque sin ninguna analogía mental con Voltaire.

Jamás vivió sin un achaque.

Yo le conocí cuando tenía ya sus sesenta años cumplidos, y aunque hablaba poquísimo de sí mismo, como alguien (justamente el día en que le conocí) hiciese alusión a sus alifafes, él nos dijo con suma sencillez y sin tratar de aparecer interesante o excepcional:

—¡No recuerdo, desde la edad de diez años, haber estado un solo día bien!

—¿Es posible, don Pascual?

—Posibilísimo, hijos míos: ni un solo día bien; es decir, sin un dolor, sin una molestia física por lo menos... Pero no me quejo—añadió—. ¡Qué voy a quejarme! Muy al contrario, celebro con toda mi alma que sea así.

—¿Y por qué lo celebra usted, don Pascual? —preguntó una niña con extrañeza.

—Es mi pequeño secreto, chiquilla: un secreto sin importancia... No caviles—agregó sonriendo, y con buscada indiferencia dió nuevo rumbo a la conversación.

Yo me quedé intrigado. ¿Qué pequeño secreto era ese de don Pascual? No sé por qué, presentía algún curioso estado de conciencia, y me prometí investigarlo.

En dos o tres ocasiones subsecuentes procuré inquirir lo que me proponía, buscando pretextos para ello, con la mayor naturalidad posible:

—¿Cómo va esa salud, don Pascual?

—Como siempre, hijo mío: maleja.

—Ya estará usted tan acostumbrado a ello, ¿eh?

—¡Figúrate!

—Como que, según decía usted en días pasados, desde niño ha estado usted enfermo, siempre enfermo...

—¡Cierto, cierto! ¡Desde la edad de diez años!

—Pero no se queja usted.

—No, hijo mío; no me quejo: muy al contrario... ¿Y tú, cómo estás?

—Yo, divinamente, don Pascual... Pero decía usted que no se queja, que muy al contrario...

—Sí; eso decía.

—¿Y por qué «muy al contrario», don Pascúal?

—¡Ah, curioso!—exclamó por fin una vez—. ¿Te interesa mucho saberlo?

—Le confieso a usted que sí: soy un poco psicólogo...

—Psicólogo, ¿eh?

¡Un poquitín, don Pascual; nada más que un poquitín!

—Te advierto que mi secreto es muy sencillo: no tiene interés ninguno.

—No importa; dígamelo usted.

—Pues has de saber—comenzó, resuelto ya a acceder a mi deseo—que yo he sido siempre muy cobarde, mucho, muy cobarde para el dolor físico. Dicen que las enfermedades del alma son tres: la aprensión de lo que se conoce, el ansia de lo que se espera y el miedo de lo que se imagina. En cuanto al ansia de lo que se espera, no me ha atormentado por cierto... Yo nunca he esperado nada con ansia. He sido siempre un poco filósofo. Pero la aprensión de lo que se conoce y el miedo de lo que se imagina, ¡Dios mío, cómo me han hecho penar! La primera vez, por ejemplo, que tuve que sacarme una muela pasé horas previas de inenarrable martirio. Sumaba yo en mi imaginación todos los dolores que hasta entonces había sufrido, y el total, agrandado por la misma, parecíame intolerable... Claro que sufrí muchísimo menos de lo que temía, aun cuando en aquel entonces, en mi pueblo, no se empleaban los anestésicos. Y siguió aconteciéndome lo propio a cada dolor esperado. Si ya lo había sufrido, mi imaginación agrandaba la intensidad de su recuerdo; si no lo había sufrido, ella se encargaba de figurármelo insoportable. Cuando tenía yo apenas diez años, murió del corazón una tía mía muy amada; pero no repentinamente, sino con una lentitud horrible. Estuvo aho-

gándose dos días con sus noches. Su rostro amoratado y sus ojos casi saltados de las órbitas, espantaban por su expresión trágica. Era joven y no quería dar el tremendo y definitivo salto mortal, Con voz entrecortada decía: «¡No me dejen morir!» Y recordando el tránsito reciente de una hermana suya, compañera de su adolescencia, exclamaba: «¡Soledad, Soledad: tú ya pasaste por este camino tan penoso!...» ¡Ah, chiquillo; tú no tienes idea de lo que yo, con mi aprensión, padecí entonces! Desde mi camita, en una pieza contigua, la veía agonizar... No pegué los ojos. Por fin murió, y una infinita expresión de paz serenó su pobre rostro atormentado. Como era señorita, pusiéronle un traje blanco y la rodearon de flores. Yo la velé, y en un momento en que me quedé solo con el cadáver, pensando en aquella inenarrable agonía, elevé mi espíritu a Dios con un gran miedo y un gran fervor, y por intersección de la mártir que ahora sonreía con una inmensa expresión de placidez entre las flores recién cortadas, pedí a aquella Justicia Arcana que distribuye, según una ley misteriosa los dolores de la vida, que me diese, a su tiempo, una muerte tranquila, apacible, sin angustia y sin miedo, y que, en cambio, derramase sobre mi existencia, desmigajándolo en pequeñas penas, aquel gran tormento del morir... Un secreto instinto me advirtió en seguida que mi plegaria había sido escuchada, que el *pacto* entre lo Invisible y yo estaba hecho; y parecióme que, como signo de su intercesión, en la faz de la muerta se acen-

tuaba la sonrisa... Y desde entonces, chiquillo —concluyó don Pascual—, no tengo día sano. Una enfermedad que fácilmente se hizo crónica, acibara mis días. Pero los acibara con su cuenta y razón... en cierta medida, en cierta dosis, que no se excede jamás. Sé que he de sufrir constantemente, pero que mis males serán soportables, porque la gran tortura que me estaba destinada probablemente para el fin, se ha distribuído misericordiosamente en una vida larga. Y sé también (y esto es lo esencial) que moriré sin pena, sosegadamente, dulcísimamente, en virtud del *pacto*...

●

Y así fué: don Pascual, doliente de continuo, siguió tirando, sin embargo, muchos años más, hasta que al cabo se extinguió blandamente a los setenta y cinco.

Yo estuve a visitarle varias veces durante su última enfermedad, y siempre le encontré sonriente y ecuánime.

—Ya ves—me decía—cómo se cumple el *pacto*... ¡Nadie invoca en vano con fe a lo *Invisible*!



LOS AMIGOS

He aquí la carta que acabo de recibir de mi tío Juan:

«Mi querido Rafael:

»Tus veinticinco años son como una brisa de ensueño que te embriaga. Tienes la cordialidad, el instinto afable de los días llenos de sol... Crees en todo, hasta en los amigos, y vas a obligarme a uno de los actos de caridad más antipáticos y brutales que debemos ejercer en la vida: el de quitar vendas.

»Hay un párrafo de tu carta que me ha alarmado sobremanera: «Como el gerente de la Compañía es mi amigo, escribes, estoy seguro de obtener un puesto en la Administración de la misma.»

»¡Infeliz, cándido, incauto mancebo! Pues precisamente por eso no te dará nada, o te dará lo menos que pueda.

»Escucha un poco mis andanzas y verás cuánto yerras.

»Yo tuve como tú veinticinco años (aunque a veces lo dudo) y merced a mi carácter afable, oficioso, cordial (como el tuyo, que por algo eres mi sobrino), contaba cuando menos con veinticinco amigos poderosos. Y esa fué mi perdición.

»Acerquéme cierta vez al más poderoso de los veinticinco, el director de un gran Banco, y le dije:

»—Sé que a Paquito Pérez le ha dado usted un empleo considerable en esta casa, y he pensado que, siendo usted amigo de mi padre y mío, no vacilará en favorecerme, cuando menos, con un puesto igual al de Paquito.

»El director me sonrió con la más platónica de sus sonrisas y respondióme:

»—Con mil amores te lo diera, Juan; pero debo advertirte que, si lo hago, mis malquerientes, que son muchos, que no pierden ripio y que a diario me asaetean con toda la malignidad posible por la menor cosa, van a decir a los del Consejo de Administración que lleno el Banco de amigos y parientes; que para ellos reservo todas las sinecuras; que mi nepotismo y mi amistosidad son odiosos... El caso de Paquito Pérez es distinto, porque se trata del hijo de un rival mío, que me tiene jurada una enemiga implacable; pero a ti, vástago del más querido de mis camaradas de colegio; a ti, a quien amo como a un hijo... es expuestísimo darte algo que valga. ¡No debemos desafiar la maledicencia! Te daré, sí, para empezar, un empleíto modesto, de esos que pasan inadvertidos... y ya veremos después.

»Y me dió lo que decía: un empleo de treinta pesos, que dejé cuatro años después, porque no parecía el ascenso; pues, como era amigo del director, no convenía que se molestase el Consejo de Administración.

»Esta lógica, mi querido Rafael, ha motivado y justificado antes y después todos mis descalabros y todas mis derrotas.

»Me presenté a oposición en una escuela para ver de ganarme cierta cátedra; pero como el ministro de Instrucción pública era también amigo de mi padre y me estimaba y quería, recomendó al Jurado que fuese muy severo conmigo, a fin de que no pudiese hablarse de favoritismo.

»Tenaz, tozudo, luché día tras día, mes tras mes, año tras año, y poniendo en la balanza mi actividad, mis talentos, mi honradez, al cabo de quince años, mi buen Rafael, de quince años de labor rabiosa, ganaba lo suficiente para no morirme de hambre. En todas las combinaciones, mis amigos me posponían, para dar entrada a elementos contrarios: era yo el eterno preterido.

»—Los amigos, mi señor don Juan—me decían—, son los que deben sacrificarse en los casos difíciles. Si no les pedimos a ellos esta abnegación, ¿a quiénes vamos a pedirla? ¡Ea! mi señor don Juan, que le quede a usted el consuelo y la satisfacción honrosa de que ayuda esfumando, borrando su personalidad, a la buena marcha de nuestra Administración... ¡Ya será otra vez, qué diablo!

»Pero hubo todavía algo más fatal para mi provecho que el sinnúmero de mis amigos, y fué mi bondad afable. En casa, por ejemplo, siempre tenía yo lo peor: —Juanito—decían—se contenta de todo... todo le satisface... ¡Felizmente, con él no tenemos de qué preocuparnos!

»—¡Vaya!—exclamaba todo el mundo—: como Juanito es tan amable no se molestará por esto... en tanto que Luis o Antonio o Román... ni tocarlos. Con los caracteres que tienen, ¡menuda bronca se armaría! ¡No se puede con ellos!

»¡Y así se me dejaba de invitar a aquellas fiestas, a aquellos banquetes en que debía reducirse por fas o por nefas el número de favorecidos, y así se postergó y relegó siempre a segundo término al dulce Juanito!

»Hasta que un día comprendí, felizmente a tiempo, que la perenne sonrisa y la resignación fácil son la peor recomendación para la vida; que el medio por excelencia para obtenerlo todo, no es hacerse amar, sino hacerse temer, y que los enemigos, en general, son quienes nos forman pedestales indestructibles desde donde nos imponemos a la consideración de los demás, en tanto que los amigos íntimos, los que se llaman nuestros hermanos, son obstáculos formidables para nuestra vida.

»Echate a temblar cuando alguien diga de ti: —¡Pero si lo quiero como si fuese mi hijo!

»Huye de los que te tutean. Evita a los que te dan palmadas afectuosas en el hombro.

»De mí sé decirte que todos los males de mi vida me han venido de los amigos íntimos. A los enemigos y a los indiferentes no les debo más que bienes. Me han dejado libre el camino, o bien han sido la sombra que hizo destacar la claridad de mi perfil mental o moral.

»¡Ay de ti si tienes la sonrisa fácil! ¡Bienaventurado si eres frío!

»Al erizo todo el mundo le deja sitio.

»—¿Cómo está usted, señor erizo?—le dicen sus compañeros de la selva.

»Al gato nadie lo importuna ni le impone trabajos, porque es conocida la fiereza de su natural y hemos probado el encono de sus uñas.

»En cambio, al perro y al caballo, por amigos del hombre, ¡les suele ir... «de perros» o «de caballos»!

»Comprendo, mi querido Rafael, que esta sencilla filosofía (vieja como el mundo) es avinagrada... pero el vinagre sazona más la vida que la miel. Enrique IV dijo que se atrae mayor número de moscas con una gota de miel que con un barril de vinagre; mas ¡a qué atraer moscas! Las moscas y los moscones son muy molestos, mi querido Rafael.

»Empieza, pues, por ser fuerte; aguza tus dientes y tus uñas; pon en tu rostro firmeza; en la luz de tus ojos, voluntad. Protesta, con voz estentórea, al menor atropello de tu derecho, y cuando todos hayan mellado sus armas en tu coraza, cuando unánimemente te respeten y, si es posible,

te teman, entonces, caro sobrino mío, vuélvete hacia el débil; inclínate hacia los pequeños; sonríe a los desvalidos; ampara a los humildes... Llena, en fin, la amplitud de tu espíritu sereno, austero y altivo, con esa luz divina que nos asemeja a los dioses y que se llama: ¡la piedad!

«Tuyo devotísimo tío, *Juan.*»—Una rúbrica.





LA ESTRELLA DE LOS MAGOS

CUANDO los tres Reyes Magos hubieron cumplido su misión de adorar a Jesús niño y de ofrecerle incienso como a Dios, oro como a rey, y mirra (amarga y acre) como a hombre, pensaron en tornar a sus tierras distantes.

El aliciente mayor de este retorno era el deseo de narrar a los suyos el maravilloso viaje.

Gaspar, empero, quiso detenerse un poco en Palestina. Deseaba conocer las ciudades romanizadas, a las que Herodes el Grande había dotado de monumentos grandiosos.

Quería asimismo ver la metrópoli judaica, Jerusalén, y contemplar la opulencia y majestad del templo edificado por Salomón y reconstruído ya dos veces (1).

---

(1) El templo de Salomón fué destruído por Nabucodonosor el año de 588 antes de Jesucristo. Zorobabel construyó otro en el año de 517. Este a su vez fué profanado por Antíoco Epifanio, y reconstruído por Herodes. De él no quedó piedra sobre piedra, y en la actualidad ocupa su sitio la mezquita de Omar.

Así lo hizo, y se hospedó durante algunos días en la ciudad santa, donde treinta y tres años más tarde el hijo del hombre debía ser crucificado.

Gaspar era muy ingenuo; a pesar de su alcurnia, había visto poco mundo, y a cada paso, en Cesarea (la antigua Sebasto) y en Jerusalén, sobre todo, encontraba motivos para admirarse.

Tenía poco que referir, y como se hallaba aún estremecido por el milagro que había visto, era éste el objeto predilecto de sus conversaciones.

Cierto día, en la casa donde se hospedaba, púsose a la mesa cerca de él un romano, recién llegado a Jerusalén con una misión secundaria del Emperador.

Este romano era hombre instruído, había estudiado filosofía con un sofista griego, se había leído a Platón y a Plotino, a los poetas y a los filósofos, y sus juicios estaban generalmente inspirados por un elegante escepticismo.

Al oir narrar a aquel rey bárbaro su peregrinación en pos de una estrella, el romano se permitió, sonriendo dubitativamente, decir a Gaspar:

—Perdóname que haga una objeción a tu interesante relato. Pretendes haber visto con tus compañeros un radiante astro que te indicaba, todas las noches, el camino. Pero ¿qué astro podía ser éste? Bien sabes que no hay en el cielo sino estrellas fijas, planetas y cometas. Una estrella no puede bajar a la tierra. Nuestra pobre esfera sería destruída, abrasada en un instante. Si leyeses a los griegos, sabrías que las estrellas son soles

enormes, que vemos tan pequeños a causa de su lejanía. En cuanto a los planetas, son siete los conocidos, en los cuales los poetas griegos simbolizan los dioses, a saber: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, la Tierra que habitamos, y la Luna que ilumina nuestras noches. Y aún afirma Aristóteles, en conceptos quizá un poco obscuros, pero no tanto que no se entiendan, que más allá del alcance de nuestros ojos hay otros planetas desconocidos. Ahora bien, ¿cuál de esos siete planetas de que te hablo podía bajar al nuestro para guiarte? Me dirás que la Luna, que es el más cercano; pero, tras de que tú afirmabas ha poco que veías el lucero «no obstante la claridad lunar», este satélite es todavía de tal suerte grande, que en vez de guiaros os hubiese cerrado todos los caminos con su mole formidable... Por lo que respecta a los cometas, tras de que ocupan inmensas extensiones en el espacio, sería absurdo suponer que, al bajar uno de ellos para conduciros, no hubiese sido visto de toda la Tierra, y es, por otra parte, ridículo pensar que un cuerpo tan tenue y de tal magnitud se hubiese detenido, como afirmas, sobre el techo de un establo de Belén... Tendrás, por tanto, que convenir conmigo, ¡oh Rey!, en que tu estrella es absurda, y en que ni el más ignorante de los pastores caldeos, bien familiarizados con las noches resplandecientes, creería una palabra de lo que dices... Y perdona lo rudo de mi franqueza.

Gaspar, que había seguido con profunda atención este discurso, traducido por uno de los presentes en buena parte, porque el rey oriental ignoraba casi por completo el latín, después de algunos minutos de perplejidad, y en medio de la atención unánime, ya expectante, ya sorprendida, ya burlona, respondió así:

—Te confieso que al principio, cuando vi la estrella anunciada en sueños por espíritus armoniosos, no pensé en la posibilidad o imposibilidad de que me guiase, ni de que hubiera podido descender a la tierra: me contenté con seguirla... (Los maestros que condujeron mi infancia por los caminos de la sabiduría, no habían leído a Aristóteles. Sabían, sí, muchos secretos de las almas y muchas propiedades y caracteres ocultos de las cosas...) Pero más tarde, cuando el examen sustituyó la emoción producida por nuestra maravillosa aventura, he reflexionado en algo de lo que tú ahora me dices, no con la claridad con que tú lo piensas y expones—más confusa quizá, pero más intensamente--y considerando asimismo lo que mis compañeros Baltasar y Melchor me han dicho, y lo que oí de los labios de muchos pastores, que todos veían y seguían la estrella, he acabado por comprender que ésta era una *estrella interior*... Sí, continuó Gaspar con cierta emoción, que dignificaba aún más su noble y anguloso rostro moreno, y ponía en sus grandes ojos de gacela pensativa quién sabe qué fulgores sobrenaturales—, sí, era una luz interior, un astro que había nacido en

nuestros espíritus. Lo veíamos en una especie de éxtasis, sin acertar a decirnos si nuestro deliquio encendía el lucero, o el lucero producía nuestro deliquio... Mientras los dromedarios caminaban, proyectando a la luz de la luna sobre el desierto lívido sus cuellos de serpiente, nosotros perseguíamos una visión interna... Quizá íbamos hasta con los ojos cerrados, porque ciertas luces divinas se ven así mejor... Cuando nos arrodillamos ante aquel infante desnudo y tembloroso del establo, la luz de adentro quedó eclipsada por la luz de afuera, por el fulgor que emanaba de los ojos del niño misterioso. ¡El lucero se había hecho carne!...

El romano, ligeramente conmovido por el relato del rey, miraba inmóvil el metal de su copa, en el que ardía un tímido rayito de la tarde, que penetraba por una ventana abierta.

—¡Quién sabe si, en efecto, ese niño de que hablas, ha venido a encender una estrella nueva en las almas!...

Gaspar no contestó.

A lo lejos, entre los riscos ásperos del paisaje, más allá de los torcidos pinos, se desangraba lentamente el crepúsculo.



LA ROSA BLANCA

El marqués de la Montesa, espíritu selecto, muy entendido en cosas de Arte, el gran pintor Benedicto y yo, mirábamos en el estudio del primero un gran ramo de rosas blancas, en el cual lucía, sobre todo, una, plenamente abierta, magnífica en su sencillez muda y definitiva.

El marqués, convaleciente, había querido la compañía de aquellas rosas, y unas delicadas manos de mujer se las habían puesto en la mesa del centro, donde solemos tomar el té, los domingos, algunos amigos, pintores especialmente, como Nestor, Gonzalo Bilbao, el ya citado Benedicto, Garnelo, etc., y yo que pinto símbolos en el aire.

Mirábamos, pues, apasionadamente, la rosa blanca. Y yo decía: «Si un ser superior de un lejano planeta viniese y contemplase esta flor, cual nosotros la hallaría perfecta».

«Es la perfección absoluta, como una sonata de Beethoven, como las cataratas del Niágara, como una estrella...»

Ningún ser, por extraordinario que fuese, pensaría, en efecto, en añadir algo a aquella rosa blanca.

¡Con qué majestad sus pétalos inferiores se combaban! ¡Con qué gracia infinita se rizaban sus pétalos superiores!

Su piel, más admirable que la de ninguna mujer, producía al tacto delicias de pureza infinita.

—¡Tiene hasta el encanto de su brevedad!—exclamaba Benedicto—. Mañana todo ese milagro se habrá desvanecido...

—Pero estará en otra rosa—replicaba yo—; en otras rosas: es una manifestación de las más puras y llenas de gracia de lo INVISIBLE; un parpadeo de la hermosura divina. El poeta eterno se muestra unas horas en ella y después se mostrará en otra: ¡qué digo, se está mostrando al propio tiempo en todas las rosas!

—¡Y con qué desinterés la amamos!—continué—. ¡Y qué serenidad difunde en nuestro espíritu! Somos felices porque está allí, porque es TOTA PULCHRA, por su mutismo divino; por el éxtasis de su actitud; por la suavidad misteriosa de su perfume.

«Pero si no estuviese allí sino un instante, y supiésemos que se había escapado para volver a su rosal, estaríamos igualmente contentos, porque sa-

bríamos que la contemplaban otros ojos, hechos de la misma substancia de los nuestros... Pensaríamos que acaso se detendrían en ella, acariciadores, los ojos de una mujer...»

—¿Por qué no amamos a la mujer así, marqués? —preguntaba yo—; ¿por qué no la amamos sin sobresaltos de la carne, sin zozobras del corazón?

—Yo así la amo ya—me contestó mi amigo gravemente—, y usted así la amará muy pronto; ¡aguarde dos o tres años!

¡Dos o tres años!... Y después, ¡oh mujer!, amarte y admirarte como a una blanca rosa de Castilla. Contemplar la ondulación arrobadora de tus movimientos, la aristocracia celeste de tus manos, el oro estelar de tus cabellos; bañarme en el azul o el verde trémulo de tus ojos, y no sentir por ti mal de amores. Pensar con el propio júbilo que estás allí o puedes estar en otra parte; que sin envidia he de ver que ciñen tu talle los brazos de un hombre joven, fuerte y caballeresco; y exclamar: «¡Qué bien está en esos brazos» ¡y bendecir a Dios, que en ti se manifiesta y que prepara en ti la obra santa del ser!

—¿Pero está usted seguro, marqués?

—Seguro, amigo mío; aguarde usted dos o tres años y el milagro se hará. Va usted por el camino del amor a todas las cosas...

Y me acordé de aquel emperador chino desterrado, de que habla un devoto vedanta (1), a quien

(1) Véanse las publicaciones de la Sociedad Vedanta de Buenos Aires.

su mujer preguntaba cómo podía amar a Dios que nada le daba:

—¿No amamos al Himalaya?—respondía él—; ¿por qué amamos al Himalaya? ¿Qué puede darnos el Himalaya?

—Nada puede darnos—replicaba la emperatriz—; pero es muy bello y está cubierto de maravillosa y perpetua nieve...

—Pues así amo yo a Dios, ¡oh emperatriz!, como al Himalaya blanco...

Y así, marqués, quiero yo de hoy en más amar a la mujer: a las muchachas de quince años, que parecen violetas; a las mujeres de veinticinco, que parecen rosas de mayo; a las mujeres de cuarenta, que parecen rosas de septiembre; a las ancianas de setenta, que parecen lirios...

¡Y nos quedamos pensativos aún, mirando la rosa blanca, que en su mutismo, que en su samadhi incesante, parecía orar a Aquel que es nieve en las azucenas y sangre en los claveles!

Junio de 1917.



LOS SERES REALES

Mi amigo el doctor, un doctor sajón, culto, simpático, naturalizado mejicano, que escribe el español como yo quisiera escribir el alemán o el inglés, debía permanecer en Madrid algunos días y deseaba conocer escritores célebres (o celebrados). Sus simpatías llevábanle de preferencia a un literato hispano-americano recién venido a la Corte, y por él empezó la serie de sus visitas, que fueron muchas.

De cada una de estas entrevistas con los «maestros», jóvenes o viejos, volvía empero, mi amigo el doctor—cuya ingenuidad de hombre del Norte es laudable por todos conceptos—profundamente decepcionado.

¿Cómo era posible que tal autor, que decía cosas tan bellas en tan elegante estilo, vistiese tan mal, tuviese un tipo tan vulgar, usase unas sortijas tan vistosas?

¿Cómo era posible que tal otro—poeta—, cuyos versos parecían robados a la propia armonía de las esferas, hablase groseramente de cosas tan bajas, con una tendencia escatológica lamentable, con una cropolalia infecta?

¡Et sic de caeteris!

Al oir estas cándidas exclamaciones recordé un caso de otro ingenuo mejicano, por mí muy querido, y fué el siguiente:

Mi amigo recitaba, matizándolas extraordinariamente, ciertas composiciones de nuestro Rubén Darío, que le valieron algunos éxitos en salones aristocráticos, en corros de señoritas sentimentales, de esas que llevan en la sangre la gota azul de un blando y alado lirismo.

Al llegar a París, mi amigo supo que Darío residía allí desde meses atrás, y me rogó que lo presentase al gran poeta.

—Justamente esta tarde—le respondí—. Rubén vendrá a buscarme al café Tal, a tal hora. Procura encontrarte allí.

Mi amigo fué, naturalmente, puntual a la cita, y también lo fué el poeta.

Hice las presentaciones, y el mejicano—que andando el tiempo había de ser uno de los más entrañables amigos de Darío—quedóse mudo como un muerto. En su fisonomía cristalina leíase la más profunda estupefacción:

—¿Aquél era Rubén?

Como Darío, por su parte, no despegaba los labios apenas, según su simpática costumbre, y los

tres no nos conocíamos aún lo bastante para callar juntos largo tiempo, yo hablé un poco, tendiendo un leve puente entre aquellas dos almas, y así transcurrió la trivial entrevista.

Al día siguiente mi amigo vino a verme y me dijo:

—A mí «no me la das»; ese señor no es Rubén Darío.

Y no se convenció de la identidad sino días más tarde, cuando no le quedó otro remedio.

❁

¿Por qué?

Es fácil adivinarlo. Rubén no era ni más guapo ni más feo que cualquier otro. Su alta estatura le favorecía. La barba—entonces la usaba—dábale cierta suavidad de perfil. Se parecía además a Verlaine. Como el «pauvre Lelian», recordaba lejanamente los mármoles socráticos... Pero mi amigo había soñado con un Lohengrin: no ese Lohengrin ridículo que suelen caricaturizar las cantantes wagnerianas, sino el Lohengrin ideal, de alma, de esbeltez y de rostro de lirio, de melena de oro, de ojos en que blandamente radia una azulada castidad.

Y, claro, Rubén no era así, como no era Zorrilla el caballero romántico de belleza donjuanesca, que imaginaban encontrar en sus visitas al poeta las mujeres soñadoras de España.

Pero... cabía un razonamiento que levantase la

alicaída ilusión de mi amigo actual, el desilusionado doctor sajón. Y este razonamiento yo se lo he dado con mi afán de explicarlo todo.

—Amigo mío—le he dicho—, los poetas, los artistas y literatos que nos imaginamos, «son más reales» que los que vamos a visitar. Nos los imaginamos de acuerdo con su obra, de acuerdo con sus ideas, y así es como existen de hecho, en un mundo superior, invisible. Las ideas y los sentimientos de un hombre constituyen el hombre verdadero, y este hombre, incomparablemente bello —si sus ideas y sentimientos lo son—, vive en un plano inaccesible, en una dimensión que está fuera de las tres conocidas. El poeta, hermoso como un dios, fulgura, glorificado, en medio de sus símbolos y sus creaciones geniales, más allá de nuestras perspectivas sensibles.

Rubén Darío, el Rubén real, era más bello aún de como lo imaginaba mi desencantado amigo: «Es más bello aún», mejor dicho: pues su verdadera personalidad subsiste fuera de las formas y modalidades pasajeras que condicionaron su inmersión en el tiempo y el espacio. El Rubén que mi amigo vió, como los poetas y escritores que usted pretende haber visto, no existía en realidad: era un conjunto de órganos efímeros, destinados a diversos menesteres y que permitían que el divino poeta «se manifestase» en este plano de la relatividad, capacitando a su ser para afrontar el ambiente espeso y deletéreo de un planeta inferior.

Sus vidas vegetativa, sensitiva e intelectiva eran

como aquellos trípodes de hechura misteriosa que permitían a los marcianos del cuento de Wells andar por la tierra, contrarrestando la gravedad; ellos, que venían de un planeta casi ingrávido...

En Rubén Darío, además del poeta, había, como en todos, el señor que come, que bebe, que anda y que hace otros oficios; pero en la torrecilla soportada por el trípode («torres de Dios, ¡poetas!») como los marcianos del cuento en las suyas, estaba de paso el verdadero Rubén, y ése podía competir en belleza con todos los Galaores y Lohengrines.

¿Por qué, pues, ir a visitar a esos señores en los cuales «mora a ratos» el poeta o el artista como una divinidad en un templucho cualquiera? Lea usted mejor sus versos; admire sus cuadros, sus esculturas... y no vaya. Corre el riesgo de verles mal vestidos, con sortijas en todos los dedos... Corre el riesgo de que le miren con desdén y le abrumen a fuerza de pedanterías... Y después de haber sufrido la dolorosa promiscuidad del ser inferior, se convencerá usted de que no ha hablado al poeta (el cual es inaccesible); de que no ha conversado con el rey, sino a lo sumo con la bota del rey (pues las botas suelen conversar y hasta reinar, como aquella que dicen que un rey de Suecia envió en su lugar para que rigiese los destinos de su pueblo, mientras él conquistaba reinos).

Una de las pruebas de que los grandes hombres no son esos señores más o menos prosaicos y a veces infatuados o cursis a quienes sus admiradores melosos llaman «maestros», sino unos seres que viven y palpitan en el plano ideal, es decir, en el plano «de la realidad verdadera», del numenón, de lo que «es» y no de lo que parece, nos la da la persistencia de la leyenda.

Los historiadores se quejan de que la leyenda tiene la vida dura, de que en vano se lucha con ella en librotes llenos de documentos, de erudición nimia, de cifras. Laméntanse de que al cabo, en el corazón de la Humanidad y en su memoria, triunfan, no los hombres «como fueron», sino como la Humanidad piensa que son.

Es cierto. Pero los historiadores, en su orgullo se extravían. No comprenden que la leyenda es el Custodio de la Verdad; no se dan cuenta de que los hombres son como la Leyenda dice que son. La historia no hace más que barajar sombras de las que pasan por este «sueño de una sombra errante»... ¡La historia sólo agita muertos!

Los seres reales son los héroes legendarios, porque fueron fabricados por ese supremo artífice que se llama el Ideal de la Humanidad. La intuición de los hombres (luz sin eclipse) está de acuerdo siempre en considerarlos como «son», como «siguen siendo». La historia, en cambio, se empeña en descubrir «cómo fueron» en un determinado instante (nada más que un instante) del tiempo, y en un punto del espacio.

Los historiadores se queman, pues, las cejas, para fijar instantáneas de espectros, mientras que la Leyenda, serena y permanente, nos muestra a los seres reales, invariables y eternos.

Cristo en el Evangelio hace comprender, no sin cierta acritud, a sus discípulos que Abrahám, Isaac y Jacob «viven», puesto que se dice en las Escrituras: «¡El Dios de Abrahám, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob», y Dios no es un Dios de muertos, sino de vivientes!

Así, pues, Abrahám, Isaac y Jacob no habían sido; seguían y siguen siendo, en el plano invisible en que están los verdaderos seres, de los que nosotros somos simples proyecciones parciales y momentáneas, que a cada instante ofrecemos distinto aspecto.

Para saber, por tanto, cómo es un hombre, el hombre real y no su máscara, hay que consultar al ideal unánime de las Razas, y el heraldo, el intérprete de ese ideal unánime de las Razas, es la Leyenda.

Los bellos actos, las bellas palabras que la Leyenda nos transmite, fueron los que en realidad se verificaron, fueron las que en realidad se dijeron.

Goethe murió pidiendo *Lich mehr Licht,* aun cuando esos seres nimios y pueriles que se llaman los eruditos nos cuenten otras cosas.

Cuauhtemoc exclamó: «¿Estoy yo acaso en un deleite?» San Ignacio dijo, señalando una esfera con el índice y dirigiéndose a los jesuítas que lo

asistían: «Os lego el mundo», y Byron murmuró dulcemente: *Now I must sleep...*»

Más aún: no sólo dijeron estas palabras: «voz esencial de su temperamento»; las siguen diciendo, como el «verbo», que está a la diestra del Padre, sigue pronunciando el *fiat* que mantiene la transformación perpetua de este Universo fenomenal, en que la Substancia Eterna, como tembloroso Proteo divino, asume las formas incesantes que perciben nuestros sentidos, y aquellas otras, innumerables, que aún no aciertan a percibir.

Bien sé que los «sabios» sonreirán si aciertan a pasar sus ojos por estas líneas; ellos que son los barajadores de apariencias vacías como burbujas, y que, trastocando los términos, llaman «realidad» a lo tangible, como el sargento del chascarrillo llamaba substantivo... «a *too* lo que se toca». Pero la verdad está en el Reino de las ideas, y toda la crítica paciente y tozuda de los teutones acerca de Jesús, por ejemplo, no podrá jamás arrebatarle un solo rayo de su aureola divina: al contrario.

Ya puede la Exégesis, muy señora mía, escarbar en el hebreo y en el griego: el misterio del «mágico prodigioso» se irá agrandando.

Echadlo de Nazareth: llenará el mundo. Echadlo de la historia: llenará el infinito.

Y así son los poetas, mi querido doctor; los verdaderos poetas. Y así son los grandes hombres, los que siguen siéndolo aun para su ayuda de cámara si éste tiene dos dedos de pensamiento.

Ninguna vulgaridad, ninguna pequeñez puede achicarlos. Parécense a las garzas rosadas que hunden sus piernas en los charcos. Estas piernas largas, largas, se afirman en el légamo... Pero allá, arriba, más alto que la superficie del agua, copiándose en ella, está el plumaje limpio y milagroso; y cuando la garza abre las alas, esconde las patas entre la santidad de las plumas, ¡y ya no se ve más que un ave mística de color de aurora, que se pierde en el infinito!

Junio de 1917.





SOLEDAD

SIEMPRE que muere un hombre ilustre, sobre todo si muere en edad avanzada, pienso:

¡Qué felicidad: ya no estará solo!

Bien sé que un alma grande está acompañada de la aristocracia de sus pensamientos, de la noble intimidad de su corazón; más aún: está tan cerca de Dios, que camina por la *vía unitiva* de los místicos, y quien tiene a Dios, compañía le sobra. Todo grande hombre, en efecto, realiza a Dios dentro de sí mismo (aun aquellos, muy raros, que le niegan con la boca y le proclaman sin querer, con la propia excelencia) y puede, por tanto, exclamar: *nunquam minus solus quam cum solus*.

Pero Dios se eclipsa muchas veces, o mejor dicho, no es que se eclipse, porque constituye la luz perenne, el sol esencial, sino que nosotros no podemos estar siempre en las alturas necesarias para verle sin velos. Descendemos fatigados de las cimas glaciales a las hondonadas mullidas...

y la montaña misma nos hace sombra y nos impide verle.

Estas horas, estos días, estos años de soledad, son muy penosos (ya que Dios es la única compañía posible para las grandes almas), y martirizan crudelísimamente. No hay grande alma que no se haya quejado de ello, y el divino Jesús sudó sangre de pura congoja en el Huerto; no porque iba a morir únicamente, sino por la soledad en que estaba al apurar el cáliz.

José Martí dice en un admirable verso: «¡Todo el que lleva luz se queda solo!»

Un hombre va subiendo insensiblemente por la escala de la perfección. El vencimiento de si mismo va llevándole a cúspides cada vez más altas. En ellas su frente se ilumina. Los de abajo todavía están en la sombra. El, como las montañas, ha visto antes la luz; pero la consecuencia es terrible: ¡las cimas muy altas siempre están solitarias! Ni las águilas osan llegar a la cresta de los himalayas...

La luz dora la frente privilegiada, ¡pero la frente privilegiada está sola!

Los amigos, los parientes, la mujer, los hijos, van quedando allá abajo, bien hallados con su pequeñez.

A cada ascensión del alma selecta, están más lejos de ella.

El alma selecta no es egoísta. Los ama como saben amarlo todo las grandes almas, y les tiende escalas de luz. Ellos, los pequeños, se regocijan

con lo que de aquella luz alcanzan, pero no aciertan a subir por la escala y se agitan en la parte inferior de ella, como los mil corpúsculos que danzan en un rayo de sol...

Por las noches, el grande hombre, después de la intimidad del hogar, durante la velada, en la cual ha oído, sonriendo blandamente, con una deferencia llena de piedad cariñosa, los chismes y cuentos de la vecindad, vase a acostar.

Pronto a su lado la compañera de su vida duerme profundamente. Las mujeres casi siempre duermen con el profundo sueño de los niños.

El grande hombre aquella noche está triste. Muchos problemas angustiosos pasan frente al foco potentísimo de luz de su cerebro.

Acaso es un pastor de pueblos... Acaso grandes responsabilidades se ciernen sobre su espíritu.

Es acaso un sabio, un gran filósofo, y lo torturan intrincadísimos y complejos problemas.

Su alma vela en la congoja, y ansiaría un alma amiga con quien compartir la carga formidable. Alma amiga tiene una, leal, abnegada... Pero sin comprensión para muchas cosas. Y, sobre todo, duerme, duerme con sueño de plomo a su lado.

Instintivamente coge la mano, lacia, pero tibia y casta. La oprime con suavidad y advierte que, por instinto también, esa mano responde, contrayéndose, a la blanda caricia. El sabio ya no se siente tan

triste. Hay una mano que estrecha la suya como recordándole que es su compañera de viaje...

¡Pero la soledad vuelve pronto a extender las alas negras!

Nada, ni el anhelo de amar y ser amado, es tan grande en cierta edad, cuando el espíritu escaló ya ciertas cimas, como la necesidad de otra grande alma con quien comunicarse.

La verdadera amistad quiere pares, superiores mentales también; pero siente el horror de lo mediocre, y un hombre genial estará más contento con su perro que con un señor de esos llamados inteligentes, que hablan de muchas cosas y se hallan repletos de vanidades.

La vanidad hace un daño horrible a los hombres verdaderamente elevados. En cuanto ven, en esa casa de fieras de las almas inferiores, asomar el mono de la suficiencia, de la pedantería, tras la reja de los ojos del interlocutor mediocre, experimentan un malestar indecible.

Huyen en busca de los árboles silenciosos, de los perros comprensivos y sumisos; sienten súbitas ternuras por esos borriquillos pacientes, de grandes ojos, dulces y confiados, tan sensibles a las caricias... Porque esos seres mudos están más cerca de la verdad de Dios que un literatuelo cualquiera o un oradorcillo parlamentario.

Y en la soledad, reforzada por el horror de lo

vil, las almas selectas piensan angustiosamente en que la naturaleza no está completa, en que falta en ella «un ser».

¿Sabéis cuál es ese ser?

Voy a decíroslo, tal cual lo he soñado y lo he descrito a algunos amigos:

Sería un ser neutro, un ser sin sexo, un ser intermedio entre el hombre y la mujer; pero no andrógino; un ser que tuviese el cuerpo que daríamos, por ejemplo, a un ángel.

Ese ser no tendría otra misión en el mundo que conversar con los hombres; enseñarlos, guiarlos, consolarlos.

Además de un espíritu angélico, enormemente superior al nuestro, poseería un gran corazón.

Incapaz de pecado, más allá del bien y del mal, sobre todas las debilidades humanas, viviría meditando en torres luminosas, fabricadas exclusivamente para él.

Habría muchos de esos seres. Acaso uno por cada cien mil hombres.

Tendrían unos inmensos ojos claros; una frente llena de nobleza; un rostro que irradiaría majestad.

Jamás se mezclarían en nuestras míseras reyertas, en nuestras vacuas politiquillas, en nuestras ruidosas discusiones.

Pero cuando un hombre o una mujer estuviesen muy tristes, se hallasen muy solos, sintiesen que habían perdido momentáneamente a Dios, saldrían de sus casas por la noche y se dirigirían a la torre más inmediata.

En sus altas ventanas llamearía dulcemente la luz...

«El» estaría allí, dispuesto a recibir a los desconsolados.

La verja del jardín que circundase la torre abriríase en seguida al repique del timbre.

Un portero afable indicaría el camino.

Al llamar a la gran puerta del vasto estudio, una voz melodiosa diría siempre:

—¡Entrad!

Y en cuanto los ojos de aquel ser se posasen en los vuestros, y en cuanto su mano apretase vuestra mano, os sentiríais serenos y confortados.

—¿Qué tienes, hijo mío?—os preguntaría él.

Y le responderíais vosotros quizá:

—Ya no tengo nada, padre, ya estoy bien; al salir de mi casa, al recorrer la vía que trae a esta torre, mi espíritu estaba triste hasta la muerte; pero al miraros, padre, al estrechar vuestra mano, me siento curado. No sé qué maravillosa paz desciende de vuestros ojos... Son como el mar, como el cielo claro, como el campo verde... ¡Serenan y reposan!

Aquellos seres no desdeñarían jamás pasear del brazo con nosotros, por los jardines, como en otro tiempo los luminosos peripatéticos.

A la sombra de los árboles, a la orilla de los lagos, al morir de la tarde, nos harían el don sumo de su compañía. Nos dirían las eternas palabras de vida que tan raras veces han tenido ocasión de oir los hombres... Nos hablarían de Dios; de ese

Dios que vamos buscando y que ellos habrían hace muchos siglos encontrado; de ese Dios a quien aguarda la mañana, por quien suspira la noche... y que para ellos sería visible en todos los instantes.

Su afirmación tendría la fuerza de muchas bibliotecas y de muchos milagros.

Y cuando fuésemos a abrir los ojos con esa mirada fija de muertos, que parece contemplar la realidad perenne, ellos estarían a nuestro lado para confortarnos en el trance definitivo.

Supremos sacerdotes del ideal, pontífices santos del espíritu, su tránsito por el mundo sería una bendición y sus palabras mágicas abrirían las puertas todas del misterio.

¡Cuántas veces he pensado en estas cosas al contemplar la soledad de los fuertes!

Todos los demás seres de la vida tienen su natural complemento.

Ved, por ejemplo, a la mujer que es madre.

Desde aquel instante ha llegado a la plenitud.

Ya no necesita más. Besar continuamente a su hijo, vestir a su hijo, pasearle, decirle eternamente las mismas cosas.

En su divino egoísmo, relega a segundo término al marido.

La madre con su hijo parece una esfera. Le faltaba quizá antes un segmento. Ya lo tiene todo: es perfecta.

El amado y la amada, en cambio, no tienen más que incompatibilidades; tan es así, que la sabia Naturaleza, para anudarlos, siquiera sea pasajeramente, ha echado mano de la fuerza más poderosa que hay en el Universo, de la más irresistible, de la más fatal: ¡el amor!

Una vez que el amor ha pasado, el hombre tiene que construirse con la razón y con el corazón todo un edificio simbólico, todo un castillo moral, para seguir unido bajo el mismo techo a la mujer a quien ya no puede amar: ¡el hogar, los hijos, el deber! Palabras maravillosas que las almas altas y nobles ponen siempre sobre la tumba de la ilusión.

La sociedad conyugal, sociedad santa, sociedad racional y bella por excelencia, porque ha sido creada por el deber escueto y glacial, está formada sobre el cadáver de la pasión.

El hombre sentirá el calor de los suyos. Verá jugar a sus hijos, sonreir a su mujer bajo la cordialidad de la lámpara... Pero estará solo, completamente solo, absolutamente solo...

Unicamente cuando todos duerman, si no tiene angustia, si su Dios se encuentra cerca de él, experimentará el infinito consuelo de la compañía, el más preciado de los consuelos, el don mayor que se da a los hombre de buena voluntad sobre la tierra, pero que no se prodiga ni a los más altos genios ni a los más grandes santos.

—¡Ah!—diréis—, puede un hombre superior estar casado con una mujer inteligente.

Y yo os digo: ¡Dios libre al hombre superior de estar casado con una mujer inteligente!

¡Dios libre a una mujer superior de estar casada con un hombre inteligente!

¡Dios depare a un hombre así, a una mujer así, una compañera simple, silenciosa y amante, un compañero amante, silencioso y sencillo!

»Mi mujer—decía Talleyrand, casado con una deliciosa tonta—tiene el ingenio de una rosa...»

¡Bendita la mujer que posee el ingenio divino (y silencioso, sobre todo) de una blanca rosa de Castilla!

¡Será la bendición del sabio!

No hablará, mas sus grandes ojos benignos estarán prestos para la comprensión, y la mano lilial sabrá estrechar con celeste eficacia la mano viril que gesticula al compás del alma inquieta y de los ojos pensativos.

Menos solo que con ninguna otra mujer estará el hombre superior con aquella su compañera simple, silenciosa y amante, encontrada quizá en el albor de la vida, y para la cual parecen escritas las palabras de los «Proverbios»:

> «Sea bendito tu manantial;
> y alégrate con la mujer de tu mocedad.
> Como cierva amada y graciosa corza
> su seno te satisfaga en todo tiempo
> y en su amor recréate siempre!»

Pero aun encontrada esa mujer digna de bendiciones, el hombre superior estará solo. Y sus ojos

nostálgicos buscarán acaso la torre, en cuya cima luminosa, como velaba Nicolás Flamel en la Tour Saint-Jacques, velara ¡ay! (y acaso vele dentro de miles de años) ese ser nuevo que nacerá en el mundo de mujeres santas; que no tendrá sexo; ambiguo misterioso y fuerte como un ángel, y con el cual sea dado a las grandes almas del porvenir disfrutar el máximo goce que puede caber en la vida. ¡El coloquio con los dioses!

1917.





LA CUARTA DIMENSIÓN

No se os ha ocurrido alguna vez que todas las contradicciones de la vida, sus ilogismos, sus antinomias, su perenne pugna entre la razón y el sentimiento, entre lo que nosotros queremos que sea y lo que es, dependen sencillamente de que no vemos en el mundo más que tres dimensiones y de que muchas cosas no están comprendidas en estas tres, sino que las rebasan?

Yo lo he pensado muchas veces.

Todos los porqués humanos dejarían tal vez de formularse si conociésemos una dimensión más: la cuarta.

Las aparentes injusticias del destino, la crueldad indiferente de la naturaleza, las contradicciones de la filosofía, lo inadecuado de las religiones al concepto moderno del Universo; los milagros mismos, que reputamos patrañas, podrían ser perfectamente congruentes, lógicos, en un mundo construído dentro de cuatro dimensiones... En una dimensión más cesaríamos de ir a palpientas por

la vida, chocando a cada paso con el absurdo.

El estudio de estos problemas, de todas suertes, apasiona, y yo, que había leído con curiosidad inquieta lo que dice Lead-Peater sobre el asunto, y después el libro de Pawlowski, aparecido en 1912, y que se intitula *Voyage au pays de la quatrième dimension* (libro de un humorismo desconcertante, y a veces delicioso), con el propio interés leo ahora, despertando muchos de mis dormidos cómos y porqués, la obra de A. de Noircarme, intitulada, a secas, *Quatrième dimensión,* que acaba de publicarse.

Propónese el autor exponer con claridad este emocionante asunto de las dimensiones, despojándolo sobre todo, según dice, de los velos del ocultismo y del misterio que al pronto parecen rodearlo y que apartan de su estudio a los espíritus científicos.

En el concepto de Noircarme «la existencia de estas dimensiones desconocidas es lógica, y a falta de una visión directa, cabe la posibilidad de llegar a determinarlas matemáticamente con sus respectivas propiedades».

«La cuarta dimensión es perpendicular a cada una de nuestras tres dimensiones», y, por lo tanto, lo es también a todas las direcciones posibles de nuestro mundo físico. Por sus propiedades sale, empero, de este nuestro planeta, y no tiene nada de común con él. Se desarrolla en una dirección desconocida, y si esta dirección es inimaginable para nosotros, ello no prueba que no

pueda existir. Por el hecho de que un cuerpo posea, además de nuestras tres dimensiones, la dimensión cuarta, forma parte de un mundo absolutamente distinto del nuestro, aun cuando lo interprete, y es imperceptible para nuestros cinco sentidos.

«Ese mundo—dice Noircarme—interpreta nuestro mundo físico, puesto que son tres de las cuatro dimensiones de aquél las que constituyen nuestro mundo físico. El mundo físico forma, a su vez, parte integrante del mundo superior, del cual no es, en realidad, sino una limitación.»

El sólido más sencillo de cuatro dimensiones puede, según M. de Noircarme, determinarse perfectamente: corresponde a nuestro cubo y debe tener por medida A^4. Se llama, según el autor, «bicuadrado», y está limitado por ocho cubos, veinticuatro lados, treinta y dos aristas y diez y seis vértices.

Hinton, norteamericano genial, que antes que Noircarme ha estudiado hondamente este asunto de la cuarta dimensión, intentó construir asimismo un sólido que contuviese las cuatro dimensiones.

Este sólido, según él, sería el «tesserracto», y se compone de diez y seis vértices, treinta y dos líneas, veinticuatro superficies, estando limitado por ocho cubos; no de otra suerte que una línea está limitada por dos puntos, un cuadrado por cuatro líneas y un cubo por seis superficies, doce líneas y ocho puntos.

Para concebir este cuerpo, «que existe», basta

con ciertas inducciones serenas, las cuales nos llevarían al conocimiento de perspectivas inmensas.

Lo que llamamos, por ejemplo, el «alma» del hombre, no sería más que la prolongación nuestra en una dimensión desconocida. Lo propio acontecería con todos aquellos fenómenos que no caben dentro del marco de las explicaciones científicas actuales.

Pero volvamos a Noircarme. Las matemáticas, según éste, nos conducen por sí solas a la idea de la cuarta dimensión y del bicuadrado.

He aquí a tal propósito el curioso razonamiento del autor (análogo a otro de Hinton):

Consideremos una línea recta de una longitud determinada. Sea a el número de unidades de longitud, centímetros, por ejemplo, que contiene esa recta.

En Algebra dicha recta será designada por su medida: a. No tiene más que una dimensión: la longitud.

Consideremos una superficie que se extiende de la misma longitud a en dos dimensiones: longitud y anchura. Esa superficie será un cuadrilátero cuya medida es a^2.

Consideremos, por último, un volumen construído sobre ese cuadrilátero, añadiéndole la longitud a en la tercera dimensión, es decir, la altura, y tendremos un cubo cuya medida es a^3.

Hemos obtenido, por tanto, la serie a, a^2, a^3, correspondientes a la recta, al cuadrilátero o superficie y al cubo o volumen (tres dimensiones).

El sólido de cuatro dimensiones escapa ya a nuestra percepción, y, sin embargo, en Algebra la serie de potencias es infinita: a, a^2, a^3, a^4, a^5, a^6, etcétera, hasta el infinito, o sea a^{00}.

Ahora bien: si las tres primeras potencias a, a^2, a^3 corresponden a formas por nosotros conocidas, no se puede suponer que las potencias superiores a^4, a^5, a^6, etc., no correspondan también a realidades aun cuando sean inimaginables para nosotros. La cuarta dimensión debe, pues, existir, y él sólido más simple de cuatro dimensiones (el que corresponde al cubo, al cuadrado y a la recta en los mundos de tres, dos y una dimensión) debe tener por medida a^4.

Este es el bicuadrado de que hablábamos antes.

El punto engendra la línea, desplegándose en una dirección dada: «la longitud».

La línea engendra la superficie, desplegándose en una dirección perpendicular a la suya: «la anchura».

La superficie engendra el volumen, desplegándose en una dirección perpendicular a las dos primeras: «la altura».

De la misma suerte el volumen engendrará el sólido de cuatro dimensiones, desplazándose en una dirección perpendicular a las tres primeras.

Y así sucesivamente.

❀

Pero he aquí lo más estupefaciente de la «cuarta dimensión», apuntado ya también por Hinton

en otra forma. Las manifestaciones de un mismo ser en los mundos de tres, de cuatro, de cinco y más dimensiones coexisten... De suerte que un hombre, por ejemplo, no es más que la manifestación parcial de su ser en nuestras tres dimensiones familiares...

De aquí se deduce que su muerte no significa sino su «parcial desaparición» de las tres dimensiones, y no afecta en nada a la materia del cuerpo superior que está en las otras, y que, por lo tanto, continúa lógicamente en ellas, puesto que las dimensiones nuestras «están contenidas» en la cuarta, ésta en la quinta y así sucesivamente...

Cuando a su vez muere el cuerpo de cuatro dimensiones, no es disminuído ni cambia en nada...

La creación comienza por las dimensiones superiores y acaba por las inferiores.

No conocemos, por tanto, la totalidad, la integridad del ser que llamamos «hombre».

Es, como si dijéramos, un gigante del cual sólo vemos los pies (que, naturalmente, están metidos en el barro).

Aquel de nosotros que pudiese ver el mundo de cuatro dimensiones, vería también el de tres, «incluído en él», no separado, como esas esferas concéntricas talladas minuciosamente por los chinos en el mismo trozo de marfil...

«En realidad—dice Noircarme—no vemos nada de los cuerpos de los mundos superiores. En cuanto a los de nuestro mundo, no los vemos sino por sus superficies, aristas, vértices (es decir, por sus

contornos). Los cuerpos, en sí mismos, escapan a nuestra percepción. Y es ésta la ilusión del universo... el Maya de los indos.»

Toda manifestación, todo lo que cae en el dominio de las dimensiones, todo lo que no es lo «manifestado», lo «infinito», la «unidad», el «punto» de donde el universo ha salido, todo eso es ilusión: ¡Maya!

Las dimensiones de las cuales tenemos conciencia plena, es decir, aquellas que somos capaces de ver manifestadas, nos aparecen como exteriores, objetivas; por ejemplo, la profundidad, la anchura, la longitud. Las que todavía escapan a nuestros sentidos, pero de las cuales comenzamos a tener conciencia, como la cuarta y la quinta, nos parecen interiores, subjetivas, se diría que dotan a la materia de propiedades más grandes. Pero además de esas propiedades es evidente que a medida que nos vayamos desarrollando no nos parecerán tan exteriores y objetivas como dimensiones palpables manifestadas.

Se ha citado el ejemplo de un ser; supongamos un microbio inteligente que viviese en una superficie plana cuyos límites jamás hubiese podido trasponer dada su pequeñez. Si este ser viese nacer un germen, irse desarrollando y convertirse en árbol, su cerebro se dislocaría antes de comprender aquel fenómeno, porque ese cerebro estaría construído para sólo dos dimensiones.

El cerebro humano, hecho de materia, está construído necesariamente (como la materia misma palpable) para tres; pero cabe en él la percepción de cuatro dimensiones, y acaso de más, aun cuando la «representación» de las mismas le sea imposible.

Sabemos ya que la cuarta dimensión existe, como sabemos, por ejemplo, que hay un planeta transneptuniano, aun cuando ningún telescopio lo haya contemplado jamás.

En los sueños entramos con frecuencia en la cuarta dimensión. De ahí que nos parezcan ilógicos cuando despertamos y les aplicamos la cuadrícula de nuestras tres dimensiones.

Soñamos, por ejemplo, que somos nosotros y somos otros a la vez. Tenemos otras caras. Los seres que nos son familiares se nos muestran con otro cuerpo, y, sin embargo, sabemos que son los mismos. Nos ocupamos del tiempo y del espacio. Un simple y gracioso movimiento de los pies burla la gravedad y nos levanta suavemente del suelo en una elegante levitación. Estamos a la vez en diversas partes, etc., etc.

En los estados profundos de la hipnosis también entramos en las dimensiones superiores; de allí que viajemos sin movernos de nuestro sitio, veamos cosas distantes sin abrir los ojos y sepamos idiomas y ciencias que no hemos aprendido.

La transubstanciación eucarística, lo propio que ciertas desmaterializaciones comprobadas por los sabios que se han dedicado a las ciencias psíqui-

cas, dejan de ser absurdas dentro del concepto de una sola dimensión más: la cuarta.

El radium pertenece no sólo a nuestro mundo, sino a la cuarta dimensión.

❀

No pensemos, por tanto, repito, que esta cuarta dimensión sea como algo añadido a las otras.

Pawlowski, cuyo libro aparecido en 1912 citábamos arriba, dice a este respecto:

«En general nos formamos una idea muy falsa de la cuarta dimensión, queriendo describirla según los datos proporcionados por el mundo de las tres dimensiones. Así se llega a imposibilidades y, por definición, a absurdos irreductibles. Nos engañamos con mucha frecuencia también, ya lo he dicho, queriendo añadir simplemente la cuarta dimensión a las otras tres, como si se tratara simplemente de crear una dimensión suplementaria, haciendo posible hasta el infinito la existencia de nuevas dimensiones que completasen la longitud, la latitud y la profundidad.»

En esto, sin darnos cuenta, seguimos sometiendo la geometría trascendental a las definiciones euclidianas, y de antemano hacemos toda explicación imposible y absurda. Y es que la geometría euclidiana, como toda la ciencia contemporánea, no opera sino sobre cantidades, sobre «cifras» que dividen nuestra visión del mundo en tajadas, que recortan la naturaleza en clases y en categorías.

En cuanto queremos olvidar más altas investigaciones, sentimos que ese procedimiento «cuantitativo» es puramente artificial, y que no puede dar cuenta del mundo entero. Lo sabemos, porque nuestra conciencia no está, como nuestros sentidos, construída según la visión del mundo de tres dimensiones, sino que, al contrario, nos descubre esa «cuarta dimensión», que no es en suma otra cosa que el complemento necesario de una comprensión total del universo entero.

Así sucede que por encima de las «cantidades» recortadas por la ciencia, nuestro espíritu nos revela perpetuamente esas «cualidades» que no conocen ninguna medida científica y que se traducen materialmente a nuestros ojos por la existencia de las «obras de arte».

Nos engañaríamos, pues, groseramente, si pensáramos que la división de un mundo no euclidiano se opone a nuestra visión ordinaria de los fenómenos; al contrario, la completa.

El mundo exterior nos aparece al principio, según nuestras sensaciones retinianas, en un plan visual de dos dimensiones; después, las sensaciones musculares de convergencia y de acomodación nos permiten distinguir el alejamiento de los objetos y concebir la tercera dimensión. Nuestro espíritu sólo, que posee la chispa divina, superior a los sentidos, nos permite comprender que, por encima de este mundo de apariencias y de construcciones científicas, existe una visión completa y continua del universo. De esta suerte podemos,

sin gran esfuerzo, realizar en todo instante la abstracción del tiempo, asociar ideas muy alejadas unas de otras y evitar la repetición de un razonamiento adquirido ya y recorrer de nuevo un camino moral, ya hecho, para volvernos a encontrar en el mismo «paraje moral».

❁

El poeta, que es el artista supremo (claro que no me refiero al que sólo sabe rimar ojos con enojos y labios con agravios, ni a los perpetuos cantores de los ojos azules de Laura), vive buenas horas en un mundo de cuatro dimensiones. El éxtasis poético, semejante a todos los éxtasis, no es más que el acceso a una dimensión nueva y la consiguiente deleitosa y admirable sensación de que se han quebrantado «los límites» que encierran nuestras percepciones del universo como rejas invisibles. Una noción de libertad espaciosa, de ligereza, de descentración, de despego de todos los aglutamientos, invade paradisíacamente nuestra alma.

Todo artista de verdad ha sentido esto, se ha manumitido momentáneamente, se ha liberado de la estrechez de las tres dimensiones familiares.

La simple abstracción saca a cualquier hombre de la rejilla del espacio de tres dimensiones. Sigue teniendo conciencia de su yo; una conciencia apacible; pero la naturaleza delimitada no se refleja ya en sus ojos sino como en un espejo y todas las

sensaciones de sus cinco sentidos son superficiales.

Una droga determinada, que produzca cierta excitación, suele también causar el mismo efecto, si hemos de creer a algunos autores.

Recordemos, por ejemplo, lo que nos cuenta William James acerca de los fenómenos producidos en él por el protóxido de ázoe: lo esencial de este fenómeno es la «identificación de los contrarios», peculiar de la filosofía hegeliana.

«Durante esta intoxicación—dice el autor—escribí o dicté páginas enteras que, para el lector sobrio, parecerían una algarabía desnuda de todo sentido, pero que en el momento en que fueron transcritas ardían aún con el fuego de la racionalidad infinita. Dios, el demonio, el bien, el mal, la vida y la muerte, el yo y el tú, la sobriedad y la embriaguez, la materia y la forma, lo negro y lo blanco, la cuantidad y la cualidad, el estremecimiento del éxtasis y el estremecimiento del terror, la inspiración y la espiración, el destino y la razón, la grandeza y la pequeñez, la anchura y la profundidad, lo agradable y lo grave, lo trágico y lo cómico, otros mil contrastes, figuran en esas páginas llenas de la misma monotonía. El espíritu lograba percibir cómo cada término «pertenecía» a su contrario, por medio de una transición instantánea que efectuaba él mismo y que, perpetua y eterna, constituía el *nunc etans* de la vida...»

Con el vino, en uno de sus primeros períodos, viene también la «conciliación». Los contrarios

tienden entre sí puentes admirables. No hay antinomia ni contradicción posible (1).

El cerebro por un momento parece poner al espíritu menos obstáculos para la inmersión de éste en una dimensión desconocida, en que ya no hay más que unidad, una pacífica y jubilosa unidad.

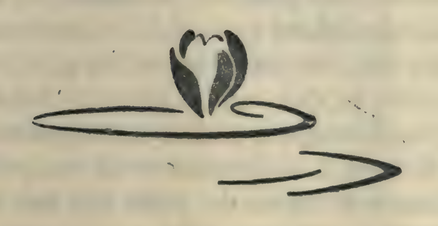
Lo negro y lo blanco, el mal y el bien, el dolor y la alegría cesan de existir. Comprendemos que eran sólo limitaciones. El conjunto es indescriptible: de una armonía infinita, para la cual no hay todavía una palabra en nuestros léxicos.

Esta armonía está aún más allá, mucho más allá de la Paz.

1917.

---

(1) «¡El racimo!—canta Omar Kjayán—, ¡el racimo, que con lógica absoluta puede confundir a las setenta y dos sectas discordes!...»





LO CURSI

CIERTO distinguido profesor español dió en días pasados una conferencia en el Ateneo, en la cual puso de manifiesto las deformaciones del carácter que el miedo a lo cursi determina en buena parte de la sociedad contemporánea.

El Diccionario da la siguiente definición de cursi: «Que presume de fino y elegante sin serlo. Lo que no son apariencias de elegancia o riqueza es ridículo o de mal gusto.» Pero jamás un vocablo tuvo más elasticidad que éste. Todos los días se enriquece con una nueva acepción, y ha de llegar un momento en que casi no podamos hablar, movernos, vestirnos, sin incurrir en cursilería.

Nos fijaremos preferentemente en una de las acepciones principales de cursi (de las nuevas, naturalmente): Es cursi todo aquello que revele un sentimiento, una emoción.

¿Usted se conmueve en el teatro ante la realidad formidable de una tragedia interpretada por

un gran actor, por una gran actriz? Pues está usted perdido de cursilería.

¿Usted protesta contra la alevosa matanza de caballos en las corridas de toros? ¡Cursi!

¿A usted se le ocurre dar en público la más ligera muestra de cariño a una persona? ¡Cursi!

¿Usted desea en la conversación salir un poco de la trivialidad aplanadora y asfixiante, llevando las ideas a regiones un poquito más elevadas?

Horriblemente cursi.

Nunca los seres mediocres, grises, sin relieve, bagazo de la humanidad, han tenido época más propicia para campar por sus respetos. Ellos son los reyes de los salones, y su nulidad sonriente y aburrida lo invade todo y pone en todo esa nota de irremediable tedio, de inelegancia espiritual que va caracterizando a la sociedad.

❧

Empero el origen de donde dimana por torcidos senderos esta modalidad absurda, es bello, sin embargo, y tiene sus motivos en la nobleza misma del alma.

Desde muy antiguo se creyó que la máxima gloria de un carácter era vencer las flaquezas de la carne y mostrarse sereno en las mayores angustias.

Los estoicos, la casta espiritual más alta del planeta, fueron los reyes de esa actitud serena y desdeñosa ante la angustia, que tanta majestad confiere en el alma humana.

«Dolor, nunca confesaré que eres un mal.»

Vencerse a sí mismo y mostrar una cara sonriente y serena en medio de los más duros trances, siempre fué una aristocracia.

Que el cuerpo—dice Marco Aurelio—se garantice del dolor, si puede, y si sufre, que se queje; pero el alma es imperturbable y libre...

«Que suceda lo que suceda, que venga lo que venga del exterior a los órganos corporales, los cuales pueden ser afectados por un accidente. En cuanto a mí, si pienso que este accidente no es un mal, no puedo ser herido por él. Ahora bien, de mí depende pensar de tal suerte.»

La historia romana está llena de heroísmos tranquilos, dimanados de esta filosofía.

Filosofía hecha de voluntad; pero que en otras razas no ha necesitado de estímulo y de aprendizaje. Me refiero especialmente a los asiáticos y a nuestros indios.

El japonés, por ejemplo, ha llegado en el dominio del dolor y de la emoción a una elegancia pocas veces lograda por el europeo.

Recuerdo haber leído de una señora extranjera, que vivía en Tokío con su marido y tenía una criada japonesa.

Era esta criada la perpetua sonrisa y la perpetua diligencia.

Limpia, metódica, hábil, todo lo organizaba y arreglaba a maravilla.

Un día, después de concluídas sus labores, más

temprano que de costumbre, fué a buscar a la señora, y con su eterna sonrisa la dijo:

—Me avisan que mi marido acaba de morir en... (un pueblo inmediato). ¿Me permite la señora ir a verle y a cumplir los últimos deberes? Estaré de regreso pasado mañana.

Y en efecto, dos días después volvía a la casa y a los quehaceres de siempre, con su inalterable sonrisa.

—Estas gentes no tienen corazón; carecen por completo de sensibilidad—decía a su marido la dama yanqui, un poco desilusionada de su japonesita.

Mas he aquí, que al volver del teatro la señora, en el silencio profundo de la casa creyó oir un sollozo, tan leve, tan discreto, tan blando, que parecía la queja de un fantasma.

Inquieta la señora, dirigióse a la habitación de la doméstica, de donde el rumor parecía venir, y, sin ser advertida, pudo sorprender la conmovedora escena.

La japonesita sollozaba dulcemente, abrazada a la urna que contenía las cenizas de su marido.

—Hija mía—le dijo la dama estrechándola entre sus brazos—, ¿por qué no me dijo usted que tenía una pena tan grande?... Yo la habría dispensado de todo trabajo.

Contestó la japonesa:

—La pena de una pobre criatura como yo, no merecía turbar en lo más mínimo la paz de la señora.

Con respecto a los indios de nuestra América, desde el *¿Estoy yo por ventura en un deleite?*, de Cuauhtemoc, hasta la sonrisa resignada del último juchiteco que fusilan cerca de una pared, la impasibilidad es sagrada ley de raza y de herencia.

Cuando Juárez estaba casi muriéndose, con atroces dolores, se cuenta que le anunciaron al ministro de la Guerra.

El Presidente, que no quería producir alarma con la noticia de su enfermedad repentina, se levantó de la cama y le recibió imperturbable.

Una hora casi duró la conferencia, y se refiere que, apenas llegado el ministro a su casa, fueron a avisarle de Palacio que el Presidente había muerto...

Poco antes de morir, asimismo, su médico de cabecera le aplicó en el pecho compresas de agua muy caliente.

Al sentir la quemadura por primera vez, Juárez exclamó:

—Doctor, me quema usted.

El doctor respondió:

—Es necesario, señor Presidente.

Juárez no dijo una palabra más, y soportó sin un gesto, sin un movimiento, sin una queja las compresas sucesivas.

❀

Un general de la época de la intervención, refería que entre los hombres que, desgraciadamente,

tuvo que fusilar durante la larga campaña, hubo muchos de las legiones extranjeras.

No era excepcional que alguno de ellos se echase a sus pies, y llorando le pidiese merced de la vida.

Los mexicanos jamás le dirigieron la menor súplica; pedían por lo general un cigarrillo, y, fumando, se colocaban tranquilamente al pie de la barda fatídica.

Cuando yo era niño, en mi comarca, encendida en luchas terribles, porque los indios del Nayarit fueron siempre rebeldes y a veces indomables, los chicos de la escuela solíamos escaparnos «a la orilla» cuando sabíamos que «habría fusilados» en la «loma de la Cruz».

Jamás uno de aquellos hombres dió muestras de pusilanimidad. Todos morían como los antiguos.

Y si alguien dijese que esto es falta de sensibilidad, que lea nuestra poesía, que oiga nuestra música llena de emoción, que estudie el amor ardiente y muchas veces fatal de nuestras tierras.

No, no es falta de emoción: es voluntad hereditaria, es elegancia innata ante el dolor y ante la muerte.

•

Los ingleses han hecho de esto una de las más firmes bases de su *gentlemanry*.

Nuestros dolores, nuestras angustias, nuestras tristezas son para nosotros solos, piensan.

La suprema gentileza para los demás es darles únicamente nuestra amabilidad, nuestra sonrisa, la serena «hospitalidad» de nuestro rostro imperturbable, de nuestros ojos apacibles.

Es de muy mal tono aburrir a los otros con el relato de nuestras penas... y una de nuestras alegrías. Suponemos, con una miajita de previo desdén humano, que a nadie le importa nada del prójimo, que cada cual va narcisescamente asomado a sí mismo; y obramos en consonancia con este sentir escéptico.

Pero aun pensando que el prójimo sea sensible a nuestro pesar, no debemos por eso mismo afligirle.

La *gentlemanry* es caridad jovial y elegante.

Así como de las convulsiones de las estrellas nosotros no vemos sino la luz, la casta luz misteriosa que baña de paz y de suavidad las almas, así de las conmociones espirituales nada hemos de ver sino esa sonrisa grave que es aún más bella y más acogedora que las risas aturdidas o el sonreir primaveral de los rostros.

La emoción, por otra parte, es algo demasiado precioso para irse mostrando así como así.

La desnudez del dolor es la más sagrada y la más púdica de las desnudeces.

A muy pocas almas amigas, selectas, debemos otorgar el derecho de contemplarla.

Vertido el dolor de ún libro, siempre sucederá que no habrán de recogerlo sino estas almas secretas. Las demás ni lo comprenderán, ni le concederán más que una mirada.

Cosa probada es que, como dice Emerson, el libro que necesitamos viene por misteriosos caminos hacia nosotros.

Mas para el dolor revelado por la palabra, por el gesto, por la actitud, requiérese mayor cautela, y si son pocas aquellas almas maeterlincknianas, junto a las cuales podemos callar, porque se establece con ellas el flúido y divino diálogo interior, son menos aún aquellas con quienes podemos sentir, sufrir, develar la angustia humana en toda su sencilla y formidable grandeza.

●

Todo esto está muy bien, y es de una indiscutible elegancia. Mas ¡ay! que no son tales ideas ni consideraciones las que espacían el sentido de la palabra CURSI.

La connotación amplísima viene en este caso y en esta Corte, del areópago de la inconsistencia, de la espuma y la seudo elegancia mundana, cada día más cosmopolita y hotelera. Todo lo que no es frívolo, va siendo, en suma, cursi.

La incapacidad de comprender y de sentir disfrázase de buen tono, y, lo que es más doloroso, oblígase a los hombres superiores que por mal de sus pecados tienen que barajarse con los lechuguinos, a vestir el uniforme de insignificancia y de anodinismo de los otros, a ir y venir entre esas fútiles e imprecisas personillas, a veces muy sonadas.

La guerra, ¿acabará con esto... también?

El concepto social de la vida, ¿volverá a elevarse un poco?

Entiendo que entre la melosa e insoportable ternura romántica que se desbordaba por todas partes allá a mediados del siglo XIX, y esta sequedad que acabará por suprimir el espíritu, cabe un término medio, discreto y avioso.

Cabe acaso también una amnistía que termine con el destino total de la CONVERSACIÓN.

En suma, los hombres y las mujeres nos reunimos para conversar, para cambiar ideas, para acumular determinadas experiencias mentales insustituíbles... No para ganarnos dos o tres duros en el *bridge*.

Por poco que valga la «mundanidad», valdrá algo más que unas barajas y unas fichas.

Y por idiotas que sean algunos elegantes modernos, «y no hay que forjarnos ilusiones: suelen serlo hasta el heroísmo», algo podrán aprender, conversando y oyendo...

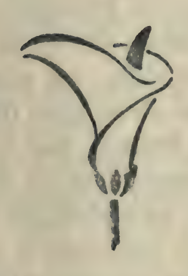
En cuanto a los hombres y mujeres eminentes que frecuentan los salones (hoy los *halls* de los hoteles, porque los salones van desapareciendo), pienso que no deben pasar por la humillación de ajustarse a la vacuidad, al tancuamtabulismo de los demás, y que están en el deber estricto de imponer su nota propia a las reuniones, de sellarlas con su sello.

Su alteza los pone fuera de la famosa cursilería. Yo pienso en el encanto de un salón de España, donde como en otros tiempos se reuniesen tantos

hombres y mujeres que son honra de la nación, y obligasen a la caterva de necios a pensar un poco o a perderse en la niebla gris de su nulidad.

¡Bendita cursilería la de esos salones!

Pero las gentes que valen, fuera de unos cuantos resignados, se esconden, forman islotes separados, o buscan la soledad absoluta de los libros; esa soledad que es, en suma, la compañía de las compañías, en la cual oímos a todos los grandes seres que han pasado por la historia, palabras que son VIDA, ESPERANZA y AMOR.





DURAR...

He oído decir de dos o tres escritores señalados: éste era francófilo (o germanófilo), pero no sé qué le hicieron en un viaje a París (o a Berlín), y desde entonces se ha vuelto francófilo (o germanófilo).

De lo que se deduce que el tal señor no era ni francófilo ni germanófilo; era simplemente ególatra. Porque se cae de su peso que si en mi concepto la causa de Francia, por ejemplo, es justa, ningún desdén francés logrará mudarme. Ya podría, por ejemplo, un embajador de la República negarme el saludo, volverme la espalda. Yo diría simplemente: «¡qué embajador tan mal educado!»

Y seguiría siendo francófilo.

❂

¡Pero es tan humana, tan natural, tan disculpable la vanidad literaria!

Un literato sabe que otro habla mal de él y se

apresura a decir «urbi et orbe» que el tal es un necio.

Mas he aquí que un alma caritativa dice:

—Fulano sostiene que tus libros son admirables...

Y el necio de ayer, merced a sabias gradaciones, según la habilidad y el talento del elogiado, se convertirá en genio.

A Voltaire que elogiaba a un contemporáneo delante de varios amigos, le dijeron:

—Pues él no se expresa con la misma benevolencia de usted...

—¡Puede ser que los dos nos equivoquemos! —respondió inmediatamente el autor de *Candide*.

Todo esto de puro sabido se calla.

Pero hay una vanidad literaria todavía más intensa, más persistente, más imperiosa: la vanidad de durar.

Hoy, decimos, no se me hace justicia; pero ya me la harán los venideros.

Y pensamos «humildemente» en todos los grandes hombres vilipendiados, pobres, menospreciados: en Homero, ciego y mendigo; en Arístides y Dante, desterrados; en Colón, cargado de cadenas; en Corneille, llevando su calzado rojo a un zapatero remendón; en Cervantes, rigor perenne de las desdichas...

Y sonreímos satisfechos; ya no nos importa la injusticia presente. Hemos subido tan alto, que conviene a nuestra gloria el no ser comprendidos, porque

Cosa bien sabida es
que a los sabios y a los justos
los matamos a disgustos
para ensalzarlos después.

¡Durar! No hay imán, señuelo ni espejismo como éste.

¡Durar!

De Edmundo de Goncourt refiere Flammarión lo siguiente:

Un día en Juvisy un vecino y amigo, Alfonso Daudet, acompañado de su graciosa compañera y del escritor Edmundo de Goncourt, se había interesado en la observación del magnífico enjambre de estrellas de la constelación de Hércules. Los tres mostrábanse estupefactos de aquella formidable aglomeración de soles. Habían hablado del espacio y del tiempo. El director del Observatorio de París, Félix Tisserand, estaba allí, así como su colega del Instituto, Bouquet de la Grye, y la conversación versó amenamente sobre la posible duración de la humanidad futura, que se estimaba en diez millones de años. Goncourt, como es sabido, tomaba nota cada día de lo que había hecho, dicho y oído.

«Cuando pienso—escribía en su diario, comentando el recuerdo de Juvisy—que somos tan poca cosa y que mis obras no durarán «siquiera» diez millones de años.»

Y añade Flammarión:

«Yo no garantizo la redacción del párrafo que me fué referido mucho tiempo después. Pero este

pensamiento concordaba muy bien con la idea que el famoso escritor tenía de su valer personal. De fijo no se daba cuenta del tiempo representado por diez millones de años, ni siquiera de un millón, así como nosotros no nos damos cuenta, por ejemplo, de la cifra de cien millones de francos. El valor de las palabras cambia muy de prisa... como los otros valores.»

No nos imaginemos que nuestras obras durarán muchos millones de años, ni un millón, ni cien mil, ni diez mil. Se disiparán en humo mucho más pronto. No nos forjemos ilusiones.

Pero no es ésta una razón para abstenernos. Sembremos, y, suceda lo que suceda, el porvenir se aprovechará del grano confiado a la tierra. Que ese grano sea bueno: he aquí lo esencial: «Un día, cerca de Constantinopla, en Buingdere—añade Flammarión—acabé yo por descubrir, a pesar de la imbecilidad de los indígenas y de los guías, los plátanos plantados por Godofredo Bouillon hace más de ocho siglos. Algunos existen aún. Se asegura que cerca de Jerusalén, en el jardín de los olivos, se ven todavía testigos de la agonía del Salvador, y mi amigo Julio Esdouhard de Quincey, en Borgoña, me trajo una muestra que él cree auténtica. Lamartine vió en el Líbano cedros contemporáneos de la época asignada en otro tiempo al diluvio, es decir, más viejos que las pirámides. Así, sin duda, las cosas, los árboles, los monumentos, tienen cierta duración muy respetable. Vemos en la actualidad, en la plaza de la Concor-

dia, el obelisco de Luqsor, construído por el faraón Ramsés III, que cuenta la historia de Ramsés II, y nos lleva hasta los tiempos de Sesostris. Los gérmenes morales duran, empero, más tiempo aún que los árboles y las piedras esculpidas. Pitágoras, Sócrates, Platón, Jesús, los Evangelistas, Marco Aurelio, nos hablarán siempre; las luces encendidas por Copérnico, Galileo, Kepler, Newton y los fundadores de la astronomía moderna, no se apagarán, y en su ciencia, en la ciencia del cielo, es donde encontramos, así para las ideas como para los hombres que las cultivan, las más amplias garantías de la longevidad, tan caras a nuestro célebre contemporáneo Juan Finot. Esto es ya un estímulo. Pero no por ello exageremos el alcance de nuestra influencia. Trabajemos simplemente en sembrar algunas ideas sanas en rededor nuestro y sintámonos felices de saber que si —dentro de algunos siglos—la especie humana se vuelve razonable, nosotros habremos contribuído un poco a ello.»

Pero el hombre no se contenta con estos consuelos más o menos filosóficos. Tiene apetitos eternos. La copa de su deseo es tan grande que hay que llenársela de inmortalidad. Cualquier duración que no sea perpetua, le parece pequeña. Su yo ni siquiera puede concebir la nada.

La Vanidad no se engaña, pues, sino en cuanto vanidad. De hecho duramos eternamente, ¡qué

duda cabe! Sólo que acaso no duramos como esa vanidad pretende, es decir, singularizados, individualizados. Persistimos porque persiste ese espíritu, esa fuerza, esa substancia, ese nosequé o nosecómo, que, canalizado en nuestro cerebro, se llama inteligencia, y escondido en nuestro corazón se llama instinto; que en ciertas cabezas bien conformadas se vuelve genio y en ciertos grandes corazones se vuelve santidad; que en las ternuras abnegadas del perro desconcierta al hombre, y en los heroísmos de la maternidad desconcierta a la propia especie.

Mas ¡ay! eso que no tiene nombre—¿Substancia, Esencia, Fuerza?—¿Conciencia del Universo?—no puede acaso dividirse en fragmentos, en partículas espirituales que sean «yoes»; no puede, tal vez, fuera de estos moldes de barro nuestros, subsistir en pluraldad de personas, y el literato, el artista, desdeñan en su ambición toda perennidad, toda inmortalidad que no sea singular, aislada, que no sea la de su pequeño individuo frente a los otros individuos, y si es posible superándonos...

Las categorías, exclusivamente fenomenales, propias sólo de las formas, de la diversificación y exteriorización en el tiempo, de lo absoluto, ellos, los imaginativos, en su vanidad pueril las querrían eternas; naturalmente, en su provecho.

El primer pintor español querría, después de la muerte, en la sucesión de los universos, seguir siendo el primer pintor español y refocilarse con el ejercicio hinchado de su desdén para todos los

que no acertaron a tener su fama. Y el primer poeta de Madrid, de Barcelona o de Santa Cruz de Tenerife, no se consolaría de no seguirlo siendo en la nebulosa de Orión o en la de Andrómeda.

Durar impersonalmente, sin nombre, sin forma, ser conciencia en la conciencia eterna, ser uno con ese Espíritu que mientras giren los universos será poema en los cerebros de los Homeros y de los Hugos, sinfonía en las imaginaciones de los Beethoven, claroscuro divino en los lienzos de los Rembrandt; gorjeo en las gargantas de los pájaros y de las divas, y fidelidad en el corazón de los perros, y sacrificio en las entrañas de las madres, tendiendo siempre a afinar el instrumento en que se eterniza, eso de ninguna manera lo aceptan, ni el poeta de mi barrio ni el pintor de mi pueblo, ni el músico que bordó la letra de la última zarzuela de Apolo, ni el dramaturgo que hace hablar con frases hechas a tres o cuatro títeres y los complica en alguna de las inmutables treinta y seis situaciones dramáticas de marras...

Y sin embargo, hay que decidirse; la inmortalidad no se nos da tal vez sino al precio de la despersonalización. Para ser eternos tenemos quizá que entrar en el seno inmenso de la Conciencia Unica, del solo Ser eterno que existe, de aquel a quien el sagaz Maeterlinck llama en su último libro *El huésped ignoto* (*L'hôte inconnu*) y que tiene más allá de nuestras conciencias normales una exis-

tencia secreta, activísima, que se comienza apenas a estudiar, y que, si descendemos hasta las últimas verdades, es nuestra sola existencia real.

«Ese ser es quien solamente conoce el largo pasado anterior a nuestro nacimiento y el futuro sin fin que seguirá al adiós que damos a esta tierra. El mismo es ese futuro y ese pasado: todos aquellos de quienes hemos nacido, así como todos aquellos que nacerán de nosotros. El representa en el individuo, no solamente la especie, sino lo que la precede y lo que la seguirá, y no tiene ni principio ni término, por lo cual nada lo vulnera, nada lo conmueve, si no es aquello que interesa a sus fines misteriosos.

»Que una desgracia o una alegría nos lleguen, y él sabe al instante lo que valen y si van a abrir o a cerrar las fuentes de la vida. El es Aquel que nunca se engaña. En vano la razón le prueba con irresistibles silogismos que se pierde en el error; él se calla bajo la máscara inmóvil cuya expresión aún no hemos podido sorprender y prosigue su camino. Nos trata como a niños sin consecuencia y sin discernimiento; no responde jamás a nuestras objeciones; nos rehusa lo que le pedimos y nos prodiga lo que rehusamos. Si vamos a la derecha nos lleva a la izquierda; si cultivamos determinada facultad que creemos o deseamos tener, la sepulta debajo de alguna otra, que no esperábamos y que no queríamos. Nos salva de un peligro dando a nuestros miembros movimientos y gestos imprevistos, infalibles, que jamás habían

sido ejecutados y que contrarían aquellos ya aprendidos. El sabe que todavía no ha llegado la hora en que es inútil defenderse. Escoge nuestro amor a pesar de la indignación de nuestra inteligencia o de nuestro pobre corazón efímero. Sonríe cuando tenemos miedo y a veces tiene miedo cuando sonreímos. Y siempre vence, humilla a la razón, aplasta a la cordura e impone a los argumentos y a las pasiones el desdeñoso silencio del destino».

¿Imagináis lo que este *Huésped ignoto,* lo que este Yo inmanente y trascendente que acaso es tan mío como de mi mayor enemigo, «pensará» de la sed ridícula de duración individual que atormenta a nuestra misma persona, o de la tendencia lastimosa de ésta a juzgar buena causa si a ella le va bien y mala, a si a ella le va mal, así se trate de la causa del planeta, que es la que se ventila en la actualidad en esas inacabables trincheras húmedas y malolientes, que constituyen la frontera formidable entre un mundo que acaba y otro que empieza a nacer?

Si ese Ser fuese capaz de sonreir, ¡habría que ver su sonrisa despectiva y burlona!

Duramos, pues, duramos más que todo.

A la angustiosa pregunta de sor Juana Inés de la Cruz:

Si es para vivir tan poco,
¿de qué sirve saber tanto?

podría responderse: «para que El sepa más.»

Cada vida nuestra le lleva su cosecha y aumenta su mies. Los graneros son inmensos, y para llenarlos arde la inteligencia de las humanidades en los mundos infinitos...

Nada se pierde, ni la pueril idea del más humilde de los niños, ni el elemental pensamiento ingenuo del más humilde de los perros.

A través de los universos pasa el espíritu recogiendo lo suyo. Cada planeta es como un jardín en el cual El hará un maravilloso ramo de flores.

Ningún esfuerzo espiritual se pierde.

No sufrimos un dolor, no pensamos una idea cuyas consecuencias no sean eternas.

Estamos llenos de inmortalidad.

Somos vasos de los cuales la eternidad se desborda.

Nada ni nadie puede destruirnos. Y si el amor a este nuestro yo, la ternura que por él sentimos, nos lleva a pensar que todas las eternidades serán baldías y vanas si en ellas no está nuestra conciencia de ahora, pensemos que sí está, pero ampliada, espaciada, acaso intensificada hasta el vértigo, con una amplitud que nuestra triste limitación actual es absolutamente incapaz de concebir.

Del alma humana puede decirse lo que Budha dijo de sí mismo:

«Desapareceré y no me conoceréis ni aun después de haber desaparecido...»

1917.



PREHISTORIA

En Santillana del Mar, donde me he encontrado a un simpático e intelectual artista argentino, en pleno trabajo y recogimiento: a Octavio Pinto, que me hizo cordialísimamente los honores de la vida adorable en que aún parecen resonar, ledas y blandas, las serranillas del marqués; en Santillana del Mar, la de las seculares piedras doradas; la de las contemplativas y apacibles casas solariegas, hay, como todos saben, una colegiata que ha dado nombre a la villa: la colegiata de Santa Juliana, que Octavio ha pintado, por cierto, admirablemente.

Esta colegiata, de construcción románica, fué levantada, según unos, por San Atanasio y para el culto de Santa Juliana: según otros, por las infantas doña Fronilde y doña Biceta, hijas del rey de Asturias; según otros, por Fernando I de León y de Castilla; en concepto de otros, por Alfonso VII...

Los eruditos, en esto como en todo, no aciertan a entenderse jamás. A mí se me da la gana de

creer, con el propio derecho y con la propia nula sabiduría de ellos, que la fundaron las susodichas infantas doña Fronilde (abadesa del Monasterio de Santa María de Piasca, en Liébana) y doña Biceta. Me suenan los nombres y la prosapia de estas damas y me place que el monumento proceda de más allá del siglo x... acaso del VIII...

Al amparo de la colegiata vegeta un pueblo plácido, metido entre la verdura de estos parajes deliciosos de la montaña, acomodado, como le es dable, en las casas llenas de altivos escudos. A veces, sobre un primer piso señorial, se levanta uno de madera, con mirador desvencijado y hiedra colgante y romántica, y en la Torrona, donde, como una gran herida, se abre una grieta, una familia humilde vive en compañía de algunas bestias de labor.

Octavio Pinto conoce a todo el mundo y todo el mundo le sonríe al paso. Me señala a las chicas de la villa, de grandes ojos negros, luminosos:

—Esta se llama Pilar, aquélla Carmina, la de más allá Piedad...

En nuestra peregrinación por las callejuelas silenciosas, llegamos a un caserón churrigueresco, tras cuya mohosa barda verdeguean lozanos y espesos árboles.

—Esta—me dice—es la casa de los tontos. La construyó no sé qué capitán que vino de Flandes con dinero. La compró un indiano que se casó aquí con una parienta muy próxima. Tuvo de ella tres hijos. Los tres idiotas. Cuando se dió cuenta

de que el último era como los otros, se tiró desde aquel balcón. (Y me señala el más alto de la fachada.)

En esto sale de la casa uno de los tontos. Viste humilde traje azul de mezclilla. Calza alpargatas y lleva boina obscura. Va mirando al suelo, profundamente ensimismado.

—Adiós, Román—saluda Pinto.

—Adiós—contesta, sin levantar la cabeza, y pasa de prisa.

Según Octavio, este tonto se ha especializado en submarinos... Sabe todos los que hay en cada país... A lo mejor es más inteligente que los eruditos que asignan épocas diversas a la colegiata de Santa Juliana. Estos tontos de solemnidad suelen llevar un pequeño Dios escondido. Muchos de ellos se ríen para adentro de la imbecilidad incurable de los doctos.

Cuando entramos en la colegiata, como es domingo, un Padre reza el rosario.

Pienso en los millones de rosarios que se han rezado aquí a la misma hora, desde doña Fronilde... en latín y en castellano de todas las épocas. ¿Cómo no se han roto las bóvedas después del vuelo de tanta oración?

Es que nadie, en once o doce siglos, ha orado con el alma. Todos han mascullado, con voz gangosa y distraída, las eternas avemarías.

¿Dónde vivía el marqués de Santillana?

Unos dicen que en la Torrona; otros, que en una admirable casa que está en la calle principal

del pueblo, y cuyos escudos, sobrios, discretos, apenas alzan su relieve borroso de la piedra dorada de los muros; una casa que tiene tres ventanas adorables, Renacimiento purísimo.

Aquí vendría a garrapatear con su pluma de ave, en su grueso papel de hilo, de vuelta de Bores, aquella Serranilla:

Moçuela de Bores,
allá do la Lama
pusom'en amores.
Cuydé que olvidado
amor me tenía,
como quien s'avía
grand tiempo dexado
de tales dolores,
que más que la llama
queman amadores.
Mas vi la fermosa
de buen continente,
la cara placiente,
fresca como rosa,
de tales colores,
qual nunca vi dama
nin otra, señores.
Por lo qual: «Señora
(le dixe), en verdad
la vuestra beldat
saldrá desd'agora
dentre estos alcores,
pues meresçe fama
de grandes loores.»
Dixo: «Cavallero,
tiratvos a fuera,
dexat la vaquera
passar al otero,

ca dos labradores
me piden de Frama,
entrambos pastores.»
«Señora, pastor
seré si queredes:
mandarme podedes,
como a servidor:
mayores dulçores
será a mí la brama
que oyr ruyseñores.»
Así concluímos
el nuestro proçesso,
sin facer exçeso,
e nos avenimos,
e fueron las flores
de cabe Espinama
los encobridores.

Todavía esta ingenua, esta divina poesía de amor, parece resbalar en el agua clara que forma remansos donde se retrata, profundo y misterioso, el verde de las arboledas de la comarca y cantar en el chorro frío de la fuente del pueblo que refresca nuestra sed.

A unos dos kilómetros de Santillana, por camino que serpentea entre lomas de un verdor milagroso, está la cueva de Altamira, esa maravilla prehistórica que tanto ha hecho hablar a los sabios.

¿No sentís vosotros el atrayente misterio de las cavernas?

A mí, de niño, una cueva me producía siempre emociones de hondura no superada.

Parecíame que el enigma del mundo iba a hablar por la boca del antro.

Antrum adjuvat vatem.

En el puerto de Mazatlan, en la costa mejicana del Pacífico, hay un cerro que se llama el Crestón, y en él una caverna adonde entra el mar rugiendo con sonoridades admirables.

La entrada está erizada de rocas, como terribles caninos, y hay que aprovechar la pleamar e ir con bogas expertos para que los botes no se deshagan sobre las puntas hostiles.

Pero, una vez adentro, el misterio es arrobador. El agua, de un verde impintable, va a morir a una playuela escondida en lo más lejano de la caverna y en la cual se puede poner pie.

Un golpe de remo dado en la borda de las pequeñas embarcaciones, es repetido majestuosamente por los ecos, con amplificaciones de micrófono.

Furtivas fosforescencias parecen ojos de ondina que os miran desde la sombra.

En el estado de Guerrero hay también unas grutas verdaderamente fantásticas y seguramente de las más bellas del mundo: las de Cacahuamilpa.

Mas el supremo encanto de esta cueva de Altamira, como de la cueva del Castillo, cerca de Puente Viesgo, está en que la habitó el hombre prehistórico, y no sólo la habitó, sino que ha dejado en las rocas húmedas del techo de una de las salas principales más de un centenar de pinturas de bestias: bisontes, corzos, ciervos, jabalíes, caballos. Sobre todo, bisontes.

Están pintadas con rojo y negro (rojo de hierro), y las líneas (elegantísimas a veces) que forman los perfiles, han sido grabadas en la roca viva y rellenadas después con el color, amasado con tuétano de animales. Las salientes de la roca han sido aprovechadas admirablemente: una de ellas, por ejemplo, forma el vientre de una corza.

He aquí algunos breves párrafos de don Julián Sanz Martínez sobre estas pinturas:

«La caverna tiene su entrada al Norte, entrada que hace algunos años ha sido arreglada con sillares de forma regular y cerrada por medio de una puerta de hierro para defenderla de los atentados de algunas personas incultas, a quienes parece estorbar todo lo bello, encontrando bárbaro placer en su destrucción

»Dicha entrada se abre en lo alto de una colina calcárea-cretácea compacta, en el borde de una planicie bastante extensa, que cubre la hierba, hacia el Sur de la villa de Santillana.»

Hace algunos años, el señor Villanova y Piera, tratando de la cueva, dijo lo siguiente:

«La cueva de Altamira, en Santillana, pertenece, por los tesoros que encierra, al período magdalenense, que es el artístico por excelencia.»

Y recientemente, el señor Hernández Pacheco ha dicho que la cueva de Altamira, como la de Meaza, cerca de Comillas, «pertenecen a un período intermedio entre el aurignaciense y el magdalenense», y me parece lo más acertado.

Una vez dentro de la caverna, que en remotísi-

ma época fué aprovechada por el hombre como «cómodo» hogar que la madre naturaleza le ofrecía para resguardarse de las inclemencias del mundo exterior y para defenderse de los continuos ataques de los animales feroces, que, a juzgar por las osamentas encontradas, debían de avecindar con él, lo primero que puede observar el visitante son las capas carbonosas con conchas comestibles petrificadas, cenizas y gran número de huesos de diversos animales, principalmente de bisonte, caballo, corzo y jabalí; todos ellos con inequívocos indicios de haber sido fracturados por la mano humana.

. . . .

»En el mismo lugar, y revueltos con huesos y conchas, se han hallado en gran número instrumentos de piedra labrada, principalmente de sílex, que se hallan esparcidos en diversas colecciones particulares, y algunos, no muchos, en el Museo Arqueológico nacional.

»Hacia el final de la primera estancia están las pinturas que tanta celebridad han dado a esta cueva, y cuya autenticidad fué durante mucho tiempo puesta en duda por el mundo científico en general teniendo su descubridor, que las consideraba de época prehistórica, que afrontar las burlas de los sabios franceses, que juzgaban modernos los dibujos, obra de sencillos pastores o de hábiles falsificadores, cuando en realidad daban fe y testimonio de un arte consumado. Perdonables son estas burlas, que, si bien injustas, no nos pueden

extrañar, puesto que parecía, en efecto, inverosímil que los bárbaros trogloditas hubieran podido trabajar en las tinieblas de los antros que constituían su vivienda y en posturas que forzosamente habrían de ser incómodas, puesto que están ejecutadas en el techo; era increíble que aquellos hombres de civilización rudimentaria hubieran producido obras tan admirables que en el arte rupestre pudieran muy bien considerarse como obras maestras de ejecución precisa y sincera. No transcurrió mucho tiempo sin que en Francia se descubrieran otras pinturas semejantes a las de Altamira, y entonces las burlas se tornaron en alabanzas, quedando admitido que el origen de la pintura está en los períodos prehistóricos, cuando en las cavernas se cultivaba el arte rupestre.»

La cueva se descubrió como en los cuentos:

Un cazador de zorros, allá por el año 1868, perseguía a un raposo, y se encontró de pronto frente a una enmarañada red vegetal por entre la cual desapareció el zorro y tras él un perro que acompañaba al cazador. En vano esperó éste la salida del perro, a quien llamó repetidas veces, y sorprendido de escamoteo tan incomprensible, empezó a apartar las malezas, percibiendo un agujero en la penumbra: aquélla era la cueva de Altamira.

Todos los siglos de la historia española, en la montaña, habían pasado sin descubrirla.

¡Cuántas veces el marqués de Santillana, anda-

riego como él solo, se sentaría en estos céspedes, pensando en sus «Serranillas», y cuántos, antes y después de él, hollaron los pastos floridos bajo los cuales está el techo milagroso pintado por manos que se volvieron polvo hace miles de miles de años, al allá cuando el hombre velludo y atlético surgía apenas de la animalidad.

Entre los restos de moluscos, que eran el principal alimento de aquellos artistas misteriosos, se han encontrado conchas agujereadas, que visiblemente sirvieron de collares a las mujeres de la horda... velludas también, hoscas, musculosas, con pies retráctiles para subir a los árboles, probablemente barbadas, de frente estrecha... pero en cuyos ojos claros brillaba ya la primera chispa del eterno femenino, imán del deseo, padre de la especie...

La gruta es vastísima, tiene innumerables estancias, una de ellas como basílica, con estalactitas turbias, que fingen sombrillas japonesas.

Debió ser como la gran sala de asambleas.

—Quién sabe—me dijo Pinto—si aquí se juzgó y condenó a muchos hombres de la horda o a prisioneros de otras...

Y yo cierro los ojos, y me parece oir gritos y vociferaciones en un idioma monosilábico, del cual acaso quedan en el nuestro algunas raíces escondidas.

Pero no; pláceme creer que este pueblo, que pintaba con tanta gracia y elegancia los corzos y los bisontes en la roca dura, y que tenía la fácil

subsistencia que producen los pródigos mares vecinos, era dulce, recogido, «humano...» y que gustaba de llevar hermosas conchas de las playas distantes y de horadarlas para que sirviesen de collar a las mujeres!

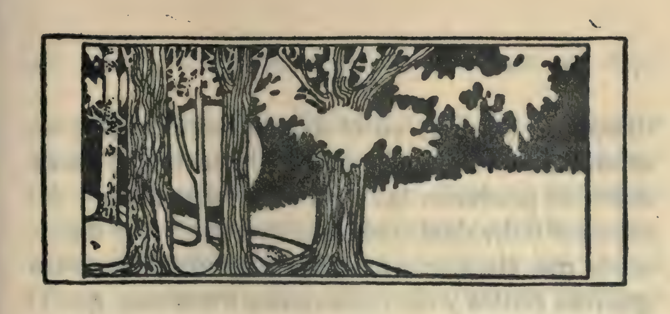
❀

Quisiera uno preguntar al húmedo ambiente de sepulcro de la gruta el secreto de aquellos seres que todavía llevaban en sus cabezas el rocío del génesis... Pero cuando se piensa en que eran ya tan artistas, el alma comprende que para saber el enigma habría que ir más allá, hasta el fabuloso crepúsculo de la época terciaria, en que se desprendía, lentamente, del capullo de la animalidad hirsuta el dios vertical del futuro.

Sí, ya estos hombres que tallaban el sílex, que trazaban las siluetas de las bestias familiares, combinando el negro y el rojo; que rodeaban los cuellos de sus mujeres con hermosas conchas horadadas pacientemente, habían conquistado la chispa de la conciencia y se alejaban más y más del secreto del comenzar planetario.

Pensamiento: hay que ir atrás, más atrás, donde la arcilla humana muestre aún las primeras huellas de los dedos del «artista». Quizá a los yacimientos argentinos, a la planicie austral, donde, según Ameghino (descubridor del antropoide fósil), está la verdadera cuna del hombre...

1918.



EL ELEMENTO PITECANTROPICO

V. A. Mosch Koff, en su reciente obra *Neve Theorie von der abstammung des Menschen und seiner degeneration*, considera a la humanidad como una mezcla en varios grados de dos tipos: el hombre blanco diluviano y el pitecantropos.

Describe las características físicas, morales e intelectuales de estos dos tipos, con una gran minuciosidad. El hombre blanco diluviano era una especie de Apolo, dotado de grandes bellezas y virtudes, y su cuerpo reunía una perfección que hoy no existe. El pitecantropos, era, por lo contrario, un ser mudo y repulsivo, que fluctuaba entre un pigmeo africano y un gorila moderno. Según Mosch Koff, no sólo la degeneración que se ve en los idiotas, cretinos y ciertos grupos étnicos es debida a una reversión al elemento pitecantrópico, sino que la expresión alternada de los caracteres de estos dos troncos se verifica, en

diferentes edades, en el mismo individuo, y, en diferentes ciclos, en la vida de la nación, y así es cómo se producen las sucesivas alteraciones del carácter individual y cambios progresivos y regresivos que abarcan a toda la comunidad. Hasta las guerras civiles y las disensiones intestinas que el sociólogo atribuye constantemente a causas económicas, dice el autor que se deben a la oscilación del péndulo qúe pone en juego el elemento pitecantrópico preponderante.

Entre los autores que concediendo beligerancia histórica a la Biblia sacan de ella datos más o menos peregrinos (porque la Biblia es como un enorme almacén en el cual se encuentra de todo, para todos), hay algunos que pretenden (pretensión que pudiera ser un no despreciable auxiliar para la idea de Mosch Koff), que no todos los hombres procedieron de Adán y Eva, sino que cuando ellos salieron del «Paraíso», había ya en el planeta otras razas.

Citan como comprobación de esto ciertos misteriosos versículos del Génesis.

Cuando Jehovah maldice a Caín, que ha matado a su hermano Abel, Caín exclama: «Mi maldad es tan grande que no puedo ya esperar perdón.

»He aquí que tú hoy me arrojas de esta tierra, y yo iré a esconderme de tu presencia, y andaré errante y fugitivo por el mundo. Por tanto, «cualquiera que me hallare, me matará».

»Díjole el Señor: No será así: antes cualquiera que matare a Caín, lo pagará con las setenas (sufrirá muy grande castigo). Y puso el Señor en Caín una señal, «para que ninguno que lo encontrase lo matara». (La mayor parte de los padres de la Iglesia cree que esta señal fué un continuo temblor de todo su cuerpo, acompañado de un semblante atroz y horrible, que daba a conocer la agitación de su conciencia.) Génesis, IV, 13, 14, 15.

Ahora bien, nos dicen los intérpretes a que me refería al principio: ¿quiénes podían matar a Caín en el mundo si no había aún más hombres?

La Biblia no nos habla de que Adán y Eva hubiesen tenido otra descendencia.

En efecto, hasta el versículo 25 del capítulo V, se nos dice que «Adán todavía conoció de nuevo a su mujer», la cual dió a luz a Seth, diciendo: «Dios me ha substituído otro hijo en lugar de Abel», lo que prueba hasta la evidencia que antes de Seth y después de Abel no había tenido ningún otro.

Cierto es que el Génesis, después de decirnos que Dios puso en Caín la señal terrible y que éste, «prófugo en la tierra, habitó en el país que está al oriente de Edén», nos cuenta: «Y Caín conoció a su mujer, la cual concibió y parió a Henoch». Pero es absurdo pensar que el fratricida tuviese miedo de que le matase Henoch u otro de sus futuros hijos, cuando fuesen hombres.

¿Para defenderle de quiénes le imponía, por tanto, Jehovah aquella famosa señal?

Las conjeturas se refuerzan en el capítulo VI del Génesis, donde se dice:

«Habiendo, pues, comenzado los hombres a multiplicarse sobre la tierra y procreado hijas,

»Viendo los hijos de Dios la hermosura de las hijas de los hombres, tomaron de entre todas ellas por mujeres las que más les agradaron.»

¿Quiénes eran estos «hijos de Dios» y estas «hijas de los hombres»?

«Por hijos de Dios, nos dice una nota, entienden todos los santos padres los hijos de Seth, que siguieron la piedad de sus padres, y por hijas de los hombres las que descendían de Caín, perversas como el padre.»

Pero los autores a que me refiero al principio, pretenden que las hijas de los hombres no eran las cainitas, sino las de la otra raza preparadisíaca que, según ellos, había en el mundo. ¿Y de dónde venía esta raza?

Alta, profesor de la Universidad de París, en su *Cristianismo espiritual*, afirma que esta raza provenía nada menos que de los animales, en su evolución hacia la humanidad. Es decir, que Darwin y Moisés se darían la mano, reconciliándose.

El pitecantropus y Adán no tenían parentesco ninguno...

Recuerdo que Binon, en su «Caín», habla de formas preadámicas, tipos de la naturaleza humana...

Se me ocurre, sin embargo, que toda esta ingeniosa armazón, que yo he desarrollado a propósito de Mosch Koff, pues Alta sólo apunta, podrá destruirse con dos versículos del propio Génesis, o cuando menos, quebrantarse mucho. En efecto, después de relatarnos el nacimiento de Abel, nos dice el Génesis:

«Y aconteció «al cabo de mucho tiempo» que Caín presentó al Señor ofrendas de los frutos de la tierra.»

«Al cabo de mucho tiempo», durante el cual pudo muy bien Adán tener hijas.

Confirmaría esto el versículo 17 del capítulo IV, en que a raíz del destierro de Caín, se dice:

«Y conoció Caín a su mujer, la cual concibió y parió a Henoch.»

Esta mujer de Caín no podría ser de la «otra raza», pues que apenas salían ambos de «Edén».

Mas no apuremos la cuestión (sólo a título de curiosidad la tratamos) e imaginemos que, en efecto, el Génesis está de acuerdo con Darwin y ahora con Mosch Koff y que existía un hombre «diluviano», es decir, un hijo de Dios, «por todos conceptos bello», al propio tiempo que pisaba la tierra ingrata ese ser «mudo, repulsivo, enano, que fluctuaba entre el pigmeo de Africa y un gorila moderno».

Con esta simple dualidad tendríamos explicada toda la historia y hasta el origen planetario del mal.

El hombre blanco diluviano, el descendiente de

aquel que Jehovah mismo plasmó con sus manos divinas, sería el autor de todas las cosas bellas, de todos los actos nobles.

El otro, el sombrío, el pigmeo, el pitecantrópico, ha sido el autor de todos los males que nos aquejan.

Y como los hijos de Dios se enamoraron de las hijas de los hombres, que a pesar de su negrura de alma y de cuerpo eran hermosas («Nigra, sed formosa»), y hoy por hoy, todos llevamos en nuestra sangre glóbulos de unos y otras, resulta que en cuanto predomina el elemento pitecantrópico, por causas que los biólogos y sociólogos ignoran, se arma la gresca y el mundo se vuelve un avispero...

Esto es justamente lo que está aconteciendo hoy.

El elemento pitecantrópico ha dominado, y ya vemos cómo anda el planeta, que durante cuarenta y tantos años apenas si se había acordado de que la humanidad que lleva a cuestas también descendía «de las hijas de los hombres».

El «diluviano» excelso creaba fábricas, inventaba maravillas, formulaba códigos, hurgaba en la entraña de todas las filosofías... El concepto de la vida se iba dulcificando. Era cada día más humano.

El hogar constituía a veces una delicia de refinamiento y de solicitud. La mujer se convertía en un lirio... jamás había visto el mundo tanta delicadeza unida a tanta gracia.

Láctea, luminosa, dentro de la mullida «carrocería» de los autos, semejaba una perla en un estuche.

Los salones eran un prodigio de distinción, un sueño de artista.

Los poetas se volvían sutiles hasta el milagro... Pero sobrepticiamente, subterránea, insidiosamente, los glóbulos malditos iban predominando en nuestra sangre...

Y de pronto: ¡zas! la oreja bestial del pigmeo obscuro, el gorila ancestral, asomó su punta velluda.

Todo cuanto había servido para el bien se invirtió repentinamente.

La humanidad rugió con ferocidades inauditas...

Los «hijos de Dios» fueron vencidos.

En vano los glóbulos generosos gritaron, protestaron por medio de algunos de los intelectuales.

El pigmeo pudo más y viéronse asambleas de pensadores solidarizarse con toda la crueldad y toda la brutalidad de la guerra.

Menos mal que ya dimos con la verdadera causa de las calamidades actuales...

El hombre está hecho de tal modo que en cuanto cree saber la razón, el origen de una cosa, se tranquiliza.

Vais, por ejemplo, después de largos padecimientos, a ver a una eminencia médica que os inspira gran confianza.

Esta apercibe sus aparatos, su micrófono, su termómetro; os hace desnudar, os ausculta por todos lados, os pregunta desde si vuestro abuelo era rubio hasta si vuestro último hijo es taciturno. Y después de una hora de examen os dice:

—Lo que usted tiene es esto o aquello.

Lo demás es lo de menos.

Os metéis en el bolsillo el régimen y salís cantando.

—¡Toma!—os decís—, ¡con que yo era artrítico! ¡Y no lo sabía! ¡Tonto de mí! ya lo sé y estoy encantado, no de ser artrítico, por supuesto, sino de conocer al fin la verdadera causa de mis males...

Pues eso me pasa a mí ahora, amigos míos:

Estoy encantado, porque ya sé la causa de todas las calamidades que afligen al mundo, y sobre todo, de esta grandísima calamidad de la guerra que va a matarnos a todos de hambre; la causa es el predominio del elemento pitecantrópico en la humanidad.

Estamos pitecantropizados... ¿Quién nos despitecantropizará?

1918.



LA MERCED SUPREMA DEL ARTE

Albert Cim nos habla en *La Revue*, con mucha amenidad, por cierto, de los éxitos literarios, casi todos debidos, según él, a la casualidad o a la intriga.

Una fatalidad, «ciega como todas las fatalidades», ha hecho que obras de singularísimo mérito naufraguen y perezcan, en tanto que otras, mediocres, logran el sufragio ensordecedor de las multitudes.

Sainte Beuve, en sus retratos contemporáneos («Euphorion ou de l'injure du temps»), nos habla de poetas tan célebres, si no más célebres que Homero y que Virgilio, cuyos escritos se perdieron para siempre, sin que pueda saberse la causa de tal desaparición, debida tal vez a que estos libros no estaban en uso entre los escolares de la época: Panyasis, por ejemplo, a quien los críticos colocaban muy alto, después de Homero; Varius, a quien nadie separaba de Virgilio; Philetas, a

quien Theócrito pretendía en vano igualar; Euphorion, etc. «¡Cuántos—exclama Sainte Beuve—, cuántos de los mejores y de los más bellos sucumbieron así sin esperanza y no han dejado más que un nombre que los eruditos sólo remueven aún de vez en cuando!»

El gramático griego Didymo, que vivió bajo el poder del emperador Augusto, compuso, según nos dice Séneca, «cuatro mil volúmenes», y de esta enorme labor no queda nada, absolutamente nada; todo zozobró...

Entre el quinto siglo antes de la era cristiana y el sexto siglo después de Cristo—hace notar Paul Stapfer—, se cuentan solamente en Grecia más de «seiscientos» historiadores, entre los cuales, según afirma el sabio Egger, treinta eran de primer orden, ya por el talento, ya por la erudición. De los doscientos treinta y tres discursos auténticos de Lysias nos quedan unos treinta; de las seiscientas tragedias griegas... treinta y dos, y de los trescientos cincuenta poemas trágicos, tres. Pero ¿qué fué de Estesichoro, gran poeta épico y lírico, y de Simónides, cincuenta y seis veces vencedor en los concursos? Corina, que salió victoriosa cinco veces, venciendo al propio Píndaro, y a quien llamaban la Décima Musa, ¿dónde está? ¿Y Parthenius, maestro de Virgilio? ¿Y Euphorion, muerto dos veces, puesto que Gallus, su imitador latino, en quien pudo esperar revivir, como Menandro revivió, en Terencio, pereció también por completo?

La historia—dice Cim—nos ofrece muchos de estos ejemplos peregrinos, sobre fortunas e infortunios literarios, que hacen pensar en que, verdaderamente, se trata de una lotería.

El admirable poema «De natura rerum», de Lucrecio, cae en el olvido y desaparece totalmente, «hasta el siglo xv», en que lo descubre por casualidad el alegre cuentista Le Pogge, que lo saca a luz y obtiene para él todos los honores.

El fabulista Phedro muere en el año 44 de la era cristiana y cae también en el olvido y desaparece hasta el siglo xvi. En 1562, el pillaje de una abadía católica por una banda de protestantes hace caer el manuscrito de las fábulas de Phedro (manuscrito perdido en el polvo de una biblioteca) entre las manos del jurisconsulto Francisco Pithou. Este se lo muestra a su hermano Pedro, uno de los autores de la *Menippea*, quien lo hace imprimir en 1596. Y he ahí a Phedro resucitado, lo traducen y lo comentan en todas las lenguas y en todos los colegios: «¡Phedri fabularum libri quinque!» Se convierte en el rival de Esopo y en uno de los proveedores titulados de La Fontaine.

De la propia suerte que Lucrecio y Phedro, el gran Shakespeare estuvo a punto de zozobrar y morir para siempre. Casi toda la primera edición de sus obras (300 ejemplares) pereció en un incendio; no quedaron más que 48 ejemplares vendidos en cincuenta años, «¡48 ejemplares en cincuenta años!»

Esos 48 compradores salvaron la vida a la obra

de Shakespeare. (Víctor Hugo: *William Shakespeare)*.

Cim cita innumerables ejemplos más, tomados de diversos autores, y dice:

«Hacia dondequiera que volvamos los ojos, en todas partes, en todos los tiempos, vemos verificarse la sentencia de Coleridge.

»Sólo en los cuentos de hadas el hombre obtiene lo que merece y merece lo que obtiene.

»Colocándose en un punto de vista puramente filosófico, es hasta divertido sorprender todas las incoherencias y las travesuras del destino, del gran «Fatum». Tal o cual sujeto que parecía no deber llegar a nada, que no tenía nada para lograr éxito; ni ingenio, ni ciencia, ni destreza siquiera, absolutamente nada, tiene a veces lo que un genio jamás hubiese podido esperar, y llega al pináculo. Es éste un espectáculo de los más curiosos y «picantes».

«¿De cuántas infamias se compone un éxito?», pregunta brutalmente uno de los personajes de Balzac (*Le Faiseur*, II, 4). «Esa reputación tan deseada (la gloria)—dice otro—es casi siempre una prostituta coronada.» *(Illusions perdues, un grand homme de province à Paris.*)

«La gloria quiere que la ayuden con los hombres y no gusta de las gentes modestas», afirma Edgard Quinet, y Flaubert exclama: «Nada me ha

producido un desprecio tan grande del éxito como considerar a qué precio se obtiene.»

«Dios mismo tiene necesidad de que le repiquen», aseguraba sonriendo Lamartine, y, refiriéndose al teatro, quizá el único sendero fructuoso de la literatura, alguien le preguntaba una vez a Alejandro Dumas hijo: «¿En qué se reconoce una obra maestra en el teatro?» Y el maestro respondía: «En que no da dinero.»

De todo lo cual el recopilador concluye que la Justicia Inmanente no entra para nada en los éxitos y que sólo el Fatum caprichoso, y no Dios, elige a tontas y a locas, para llenarlos de gloria y de laureles, a los artistas y a los poetas.

¿Cabe afirmar desesperadamente esto, porque los poetas y escritores más grandes, con raras excepciones, viven y mueren pobres, o porque sus obras no siempre pasan a la posteridad?

No, ciertamente...

Cada ser y cada cosa llena en este mundo su fin, y el del gran poeta, el del gran escritor, es verter su prodigiosa crátera de vino generoso en las bocas ávidas, e irse despacio al misterio de donde procede.

Si la vida no fuese un poco madrastra con él, quién sabe si no sería todo lo gran poeta, todo lo gran escritor que estaba destinado a ser.

La ecuanimidad, la placidez, la abundancia, la

alegría no pueden producir ciertas obras geniales, aun cuando puedan producir otras.

Sin la enfermedad, sin la quietud, sin el dolor, tendríamos que suprimir a Pascal, no escucharíamos el *Requiem* de Mozart, ni el cristal angustioso de los *Nocturnos* de Chopin nos resonaría en el alma.

Hasta el propio Jove, magüer la serenidad griega, sufría el sacudimiento de la cólera y del amor.

Los helenos no quisieron que sus dioses fuesen impasibles.

Si a porfía damos al gran poeta, al gran escritor todos los bienes y las glorias de este mundo, quién sabe si acabamos con él.

Libremos a nuestros grandes hombres de la humillación y de la miseria, no sólo por ellos, sino por respeto a nosotros mismos. Creemos una organización social en la que los que producen ideas puedan ganarse con desahogo la vida; pero no hagamos de los poetas próceres y millonarios. El procerato ya lo tienen y es incalculable su riqueza interior.

Entre Balzac y Baudelaire, comidos de deudas, y M. Dupont o M. Duval, miembro del Instituto o de la Academia, poeta oficial, poseedor de un hotel en la Banlieue y de una villa en cualquier balneario, claro que nos quedamos con Baudelaire y con Balzac.

Empero, cuando el mundo haya avanzado más, a ningún poeta se le ocurrirá vivir de sus versos, a ningún escritor de sus ideas. Imaginaos más bien

que la función de escribir será apostólica, o más puramente aristocrática, como lo fué en China entre los mandarines (os recomiendo que leáis la hermosa novela francesa intitulada *Les amours de Li-Ta-Tchou)*; porque, en suma, si una idea debe dar dinero, ya que el dinero es la única forma práctica de apreciación de las cosas, no cabe pensar por eso, y porque el sembrador de ideas viva de ellas, que sean una mercancía.

Se puede y se debe decorosamente ayudar a vivir a quienes nos dan el regalo precioso de su pensamiento, y es mengua para una nación que haya en ella pensadores con hambre; pero comprar las ideas es imposible.

Llegará, pues, un día en que, como el maestro cantor de Nuremberg, el poeta tenga un oficio: zapatero si gustáis, y haga sus zapatos con el propio esmero y el cuidadoso refinamiento con que haría coturnos para una diosa; mas el divino sacerdocio de su poesía lo ejercerá gratis.

Más aún: llegará una época en que nadie firme sus libros, en que las ideas sean desparramadas como celeste trigo por las manos anónimas de los sembradores, y ninguna espiga de ensueño, por grande y bella que la supongamos, lleve pegada con los alfileres de la fama el pobre nombre del comprador...

¿Qué me importa quién te plantó, rosa de te, rosa con reflejos de bronce y nácar, que abres tu corola como un serafín sus alas?

Detesto esas exposiciones en que en los tallos

de las flores va prendido el membrete de cartón con el nombre y las señas del horticultor...

Y a espíritus superiores que contemplasen el mundo, quizá eso mismo les parecería un bello tomo de versos firmado: ¡una rosa con membrete! Por lo que el destino, siempre justo y siempre artista, hace que quede, al cabo de los siglos, la obra y no pueda decirse de quién es.

De ahí el cavilar de los eruditos sobre la *Iliada* o sobre los *Cantos de Ossian,* sobre el libro de Job o sobre los de Salomón.

De ahí las discusiones acerca de si Gerson, acerca de si Kempis escribió la imitación de Cristo; sobre si Bacon, sobre si Shakespeare pensó e imaginó los colosales dramas y tragedias...

Dios sonríe en su eternidad de las búsquedas de los sabios.

¿Pues no comprendéis que El, en suma, era Homero, que El era Job, que El era Salomón, que El era Ossian, que El era Shakespeare?

■

Quien al sentir las primeras luces de la razón siente removerse también en su interior las alas impacientes del águila; quien desde niño experimenta el malestar del genio, arrodíllese en seguida y pregunte con humildad infinita a lo Invisible lo que preguntó Saulo, maltrecho en el suelo, a

Aquel que había vibrado el rayo deslumbrador que lo hería:

—Señor, ¿qué quieres que haga?

Por lo demás, y volvamos al señor Cim, éste, dejando en paz a la «justicia inmanente», nos dice con mucha cordura al final de su trabajo:

«El éxito no depende de nosotros; aquello que de nosotros depende y a lo cual debemos dirigir nuestro espíritu, es a hacer bien y siempre mejor lo que hacemos.»

Alfieri, en sus memorias, declara: «Quiero tener al morir o al envejecer el consuelo íntimo de decirme que hasta donde pude satisfice al arte y a mí mismo.»

Y Sainte-Beuve afirmaba: «No tengo más ambición que la de hacer, lo menos mal posible, mis trabajos literarios.»

Por su parte, exclamaba Jorge Sand: «Desearía dejar un nombre honrado, si no ilustre, y lograr que dijesen aquellos que mi labor examinen dentro de cinco siglos: «Esta fué la obra de un concienzudo artista.»

Y, por último, Linneo escribe como epígrafe de sus obras: «*Dedisti mihi, Domine, artem meam mercedem et in illa laudabo nomem tumm.*» «*Artem meam mercedem.*» ¡Mi merced, mi recompensa en la ciencia misma!

¿Qué artista de verdad osaría pedir, aparte de

esta merced divina que misteriosamente se le otorgó al nacer, la ración de oro que constituye toda la finalidad, todo el anhelo de los mercaderes de Wall Street?

Dice una máxima vedanta:

«Mira en cada manifestación del genio, «cuando está combinado con la virtud», la indudable presencia del «celestial desterrado», del Espíritu divino, cuyo carcelero eres tú, hombre de materia.»

¿Y a ese celestial desterrado, que mora en vosotros, poetas, vais a cotizarlo? ¿Vais a llevarlo de plaza en plaza como al ciego que toca el violín, o de cotarro en cotarro pidiendo el aplauso trivial de los bobos y papamoscas?

¿Qué alma verdaderamente lúcida no cambiaría la opulencia por una medianía penumbrosa, de la cual, como de un clarobscuro rembrandnesco, se destacase el ambiguo Arcángel interior, que llora en los versos, que se exalta heroica y místicamente en las sonatas de Beethoven, y cuyo verberar ansioso de alas se traduce en nuestra impaciencia de perfección y en nuestra sed de eternidad?

Sentir dentro de nosotros a ese Desterrado Sublime, es la «merced» por excelencia, la «merced suprema» del Arte.

1918.



LA BLANDURA DE LA MUERTE

El hombre vivió en el miedo y muere frecuentemente de miedo.

Si pudiésemos suprimir el miedo, la humanidad salvaría muchas etapas en el prolongado camino de su evolución.

Los caracteres humanos, sin el miedo, serían mucho más elevados.

Esas flores de voluntad, de heroísmo, de abnegación que ahora son tan raras, fructificarían en todas partes.

Muchas, muchísimas de las bellaquerías, de las vilezas, de las injusticias, que tenemos que sufrir de nuestros semejantes, provienen del miedo.

Los dogmas absurdos de algunas religiones, del miedo han nacido:

Primus in orbe timor faecit Deos.

Dice el conocido verso de Estacio.

Afirma la Biblia que «El temor de Dios es el principio de la sabiduría...» ¡Triste principio! ¡Qué sabiduría puede haber en el hombre que empieza por temer a la razón esencial de su ser, a la causa suprema de su vida!

Si se hubiese dicho: El amor a Dios es (no el principio), sino la sabiduría, la sentencia fuera admirable.

El miedo por excelencia es el miedo a la muerte.

Se nos inculca desde antes que tengamos el uso pleno de la razón.

Todos contribuyen en nuestra familia a ese irrazonable temor, y más tarde enraiza de tal suerte en nosotros que las protestas serenas de la razón no bastan a amenguarlo. Llevámoslo ya en el tuétano de los huesos: es medular.

Y no se diga que la naturaleza nos ha puesto en la médula este miedo. Es mentira. Todos los seres que están cerca de la naturaleza mueren sin temor, con una apacible conformidad.

Son los prejuicios los que nos dan el miedo a la muerte; es el aparato imbécil de que se la rodea.

Las almas superiores, las de los filósofos, las de los hombres de ciencia, las de los ascetas, que han logrado vivir en planos más altos, mueren con gran serenidad.

La historia antigua está llena de ejemplos, sin que tengamos que citar el sublime de Sócrates o el admirable de Plineo.

Casi todos los romanos sabían morir, y en la actualidad más que nunca podemos comprobar esta actitud augusta de los hombres ante la Inevitable.

La guerra es la escuela por excelencia para el sumo aprendizaje.

Hay razas, la amarilla, la indígena de América por ejemplo, en las cuales una actitud indiferente ante la muerte, es familiar.

En estas mismas páginas he dicho ya cómo saben sufrir y morir los indios de Méjico.

Lo propio puede afirmarse de todos los indios.

Si apurásemos la cuestión, diré que más bien Europa es la que no ha sabido morir (ahora con la gran guerra lo está aprendiendo), y con la sangre europea se nos ha transmitido a muchos el terror de la muerte, producido especialmente por la idea del dolor y por creencias en castigos ulteriores.

Todo lo que tienda, pues, a suprimir o por lo menos a atenuar el miedo a la muerte es obra civilizadora y humana.

Por eso no debe dejarse pasar inadvertido un trabajo que acaba de aparecer en la *Revue Hebdomadaire*, subscrito por Henry Varigny, y que lleva por título esa sugerente interrogación:

«¿Es dolorosa la muerte?»

La contestación a tal pregunta es consoladoramente negativa.

No; morir no es doloroso, cuando menos en la inmensa mayoría de los casos.

Más aún, en innumerables de ellos es dulce morir.

¿Cómo demuestra el autor su afirmación? Pues examinando muchos casos por todo extremo interesantes.

He aquí algunos que, para mayor comodidad, tomo, ya traducidos de una nota de bibliografía de *Nuestro Tiempo* y de una crónica, sabrosa y amenísima como todas las suyas, de mi muy ilustre y querido amigo Enrique Gómez Carrillo, publicada en *El Liberal.*

«La muerte no es nunca dolorosa.

»Saber a punto fijo hasta dónde es esto cierto, nos interesa a todos algo más que discutir si la «eutanasia» es o no justa en teoría. Según Varigny, que se ha consagrado a este estudio de un modo experimental, no sólo la muerte es, en efecto, indolora siempre, sino que hasta puede, muy a menudo, ser agradable, moral y materialmente. De la guillotina, por ejemplo, no hay siquiera que hablar. Su golpe es tan rápido, que el paciente no tiene tiempo de sentirlo. Pero, ¿y las balas?... ¿Y la horca?... ¿Y las caídas?... ¿Y el hambre, en fin? En realidad, «sólo los muertos pueden saberlo», según la frase popular. Y por eso es «a los muertos que resucitan a los que la ciencia les toma declaración...»

—¿Tantos hermanos de Lázaro hay en el mundo?—nos preguntamos al oir estas palabras.

A lo cual la biología nos contesta:

—Muchos más de lo que se supone.

Porque desde el momento en que un hombre pierde el conocimiento, después de un choque mortal, la muerte existe. Los milagros de la medicina y de la naturaleza logran arrancar del seno de la muerte a muchos seres. Considerad a un ahogado a quien se saca del agua. Si los socorros que se le prodigan logran volverlo a la vida, puede decirse que ha resucitado, puesto que la muerte no hubiera sido sino la prolongación definitiva de su desmayo.

Con las confidencias de resucitados de esta especie, Varigny ha formado una tesis consoladora, demostrándonos que el miedo a la muerte no es más que un temor de lo desconocido.

Oigamos algunas confidencias. El almirante Beaufort, famoso ahogado, describe así sus últimos momentos:

«Al hundirme, cuando dejé de hacer esfuerzos por volver a la superficie, un sentimiento de calma y de tranquilidad apoderóse de mí. Había en mí una apatía completa, y no tenía la menor idea de que fuera un mal el morir así ahogado. No pensaba en salvarme, y no sufría ni física ni moralmente. Mis sensaciones, por el contrario, eran agradables, como las que se experimentan antes de dormirse; mis pensamientos eran rápidos; toda mi vida pasó ante mi recuerdo como una especie de panorama. Al fin todo cesó y sentí que moría.»

Los ejemplos de ahogados son los más numerosos, y entre ellos no hay ninguno que se aparte en sus líneas esenciales del relato de Beaufort.

Un momento de lucha, luego una gran calma, luego un cuadro rápido de la existencia, luego nada.

Oigamos a uno que muere de hambre en la cárcel. Se trata de Antonio Viterbi, que soportó durante diez y siete días el tormento de la inanición, y al fin sucumbió, dejando escritas sus impresiones. Sus notas comienzan el 3:

«No tengo apetito—dice—. El 6 tengo la boca seca. El 7, al despertarme, una sed intensa, que disminuye poco a poco. El 9, la sed continúa, pero el cuerpo lleno de vigor; el estómago, insensible; la vista, clara. El 10, no tengo ningún deseo físico de comer. El 11, los deseos de comer han cesado por completo. Ya no tengo sed tampoco. El 17, sin apetito, sin sed, sin el menor dolor. El 18 siento que ha llegado mi último momento. No deseo nada. No sufro nada. Mi vida se va con la suavidad de un arroyo, corriendo por una pradera deliciosa. El 19, sigo muriendo como un arroyo, suavemente... suave...»

Así terminan sus notas tristes o consoladoras.

Veamos ahora un caso de muerte violenta, más pintoresca, más impresionante y más cinematográfica.

El alpinista Whympar cayó un día de una altura de 90 metros al fondo de un precipicio.

«Yo tenía—dice—una conciencia perfecta de lo que me pasaba, y hasta podía contar los golpes que mi cuerpo recibía contra las piedras; pero, como un enfermo cloroformado, no sentía ningún dolor. Me acuerdo que antes de perder el conoci-

miento, comprendía que todo se acabaría con el último choque. Pero lo más curioso es que aquellos choques no tenían nada de desagradable. Por eso creo que la muerte causada por una caída es una de las más envidiables.»

Los casos de pérdida del conocimiento por herida son tan conocidos, que no vale siquiera la pena de recordarlos. Todos los que en la guerra han caído mortalmente heridos y han logrado luego «resucitar», están de acuerdo para declarar que apenas han sentido un choque ligero y, en seguida, nada.

El caso de un hombre devorado por un león, en cambio, es más raro y también más espantoso, en el sentido que damos a esta palabra cuando se trata de tragedia. Livingstone, refiriendo la aventura de la cual salió con un hombro devorado, dice lo siguiente:

«La fiera saltó sobre mí y caímos juntos en el suelo. El choque me produjo un estupor igual al que debe de sentir un ratón al ser cogido por un gato; era un estado de sueño en el cual no había ni dolor ni miedo, a pesar de que yo sabía lo grave de la situación. Yo podía ver al animal sin horror y sin temor. Este estado particular se produce, probablemente, en todos los animales matados por los grandes carnívoros, y si es así, hay que reconocer en ellos un beneficioso mecanismo creado por Dios para suprimir el dolor de la muerte.»

Varigny no ha escogido para su tesis casos aislados, que no demostrarían gran cosa, sino «se-

ries» que se completan y se confirman. Por eso, después de estudiar una por una todas las muertes violentas, llega a la conclusión humanitaria de que el morir no es doloroso.

❂

En un folleto que mi amigo el distinguidísimo doctor venezolano don Diego Carbonell me ha enviado recientemente, y que es un poco anterior al trabajo de Varigny, que tan ágilmente comenta Gómez Carrillo, se llega a las mismas conclusiones, dimanadas especialmente de interesantísimos trabajos de Metchnikoff, que son una tonicidad eficacísima.

Arterioesclerosis y miedo a la muerte se intitula el trabajo de mi amigo, y de él entresaco estos párrafos:

«Ya observo el terror en muchos de vosotros al oirme hablar de la muerte como un aspecto placentero de la vida; porque muchos de vosotros sois como la vieja aquella de ciento dos años, citada por Metchnikoff: sus parientes estaban obligados a ocultarla el fallecimiento de gente conocida, a causa de la impresión que las tales noticias la producían.

Sin embargo, es probable, como dice el mismo sabio, que la aproximación de la muerte natural, de esa muerte que sería el triunfo máximo de la medicina, vaya unida a sensaciones dulces, las más dulces que pudieran existir sobre la tierra.

Verdad es que muchas enfermedades se acompañan de sufrimientos muy espectaculosos; pero casi de manera general podríamos admitir que la muerte sólo es dolorosa para los parientes de quien agoniza. Y si se muriera como lo desea la sabiduría, ciertamente que ese trance tan temido por los felices del mundo ofrecería más de un motivo placentero.

Vosotros habéis visto a más de un agonizante, y acaso temeríais confesar que habéis recreado vuestras pupilas en la observación de aquella lucecilla que se extingue en una lágrima incalificable, en una congoja sorda o en un suspiro remoto. De fijo que sentísteis el deleite de una tan curiosa y tan filosófica página de vida; seguramente que todos habéis visto, cuando menos, a un moribundo, ¡pues muere tanta gente!... Habéis observado sus rasgos, sus líneas definidas y la lividez inconfundible y hermana de la cristiana lividez estampada en las telas del Greco; y ciertamente que conserváis en la imaginación el recuerdo de los cuerpos alargados y de los rostros expresivos; recordáis la apariencia vítrea que toman las pupilas que antes fueron ardientes, vivaces e intranquilas; no habéis olvidado quizá las narices cubiertas de un polvillo que ya el Dios Hipócrates había estudiado, y conocéis las orejas flácidas y las bocas plegadas, en las cuales muy a menudo se impone un *rictus* que no es, a la última hora, convenceos de ello, no es una contracción desesperada; recordáis, en fin, y esto es lo que mayor dolor os

produjo, la respiración estertorosa, aquella dramática manera de respirar los moribundos, especie de lucha pulmonar, cardíaca y cerebral en que por algunas horas, o minutos, se sostiene la vida ante la preparación de la muerte; pues no lo olvidéis tampoco: la proximidad de la muerte es preparada por la vida, y esto parecería una paradoja si no supiéramos que la muerte entra triunfal en nosotros cuando la vida se ha transformado en una intoxicación deliciosa...

Cuando pensáis en ese ronquido, de fijo que admitís la agonía como un accidente doloroso, y ya no daréis crédito a quien dijera que en los últimos instantes de la vida muy pocas veces habrá sufrimiento... Sin embargo, a pesar de esa gratuita hipótesis en la cual se admite que la agonía es una forma cruel de dolor humano, la ciencia tiende a declarar que no es siempre así en los moribundos, que el sufrimiento es más propio a parientes y allegados del que agoniza. Hay el dolor en ciertas agonías muy cortas, pero esto sucede en el menor número de los que mueren. Para que hubiera siempre el dolor aquel necesitaríanse, siquiera, destellos de conciencia, suficiencia de los sentidos externos; fuera necesario que la piel conservara la sensibilidad, que los ojos vieran, que los oídos oyesen y que los dedos palpasen... Ahora bien; durante el instante o largo trecho de la agonía, la intoxicación cerebral está en los límites de lo que pudieran llamarse la mitridización suprema; sabéis que el rey del Ponto solía usar venenos a dosis

desmesuradas y su organismo habituóse a soportarlos... Imaginad por un instante aquella sorda intoxicación en vosotros, y si admitís que en Mitrídates una exageración mayor lo hubiera matado, en vosotros aquella intoxicación exagerada podría lograr lo que grandes dosis de arsénico lograron en el organismo de aquel rey extraño.»

Hasta aquí Carbonell, que espero habrá ayudado a tonificar vuestro espíritu.

Lacassagne, citado por el mismo, declara que salimos de la vida como entramos, sin saberlo. «Cuando la agonía se confirma hay una perturbación profunda de las grandes funciones.»

Tan cierta es esta bienaventurada ignorancia, que yo recuerdo un caso muy típico sucedido en la capital de Méjico no hace muchos años.

Cierto doctor muy conocido se vió en las postrimerías. Recibió los sacramentos, y con una lucidez admirable, al parecer, arregló todos sus asuntos. Quiso despedirse de su familia. Congrególa en su alcoba y les dijo a todos adiós con la emoción que supondréis en tan patética escena.

... Pero la muerte no abatió su guadaña y pasó de largo.

Cuando vino la convalecencia, el doctor no se acordaba de nada... Ni del testamento, ni de la despedida, ni de la confesión... ¡de nada!

De otro caso, éste sí, definitivo, recuerdo, acae-

cido en Zamora, ciudad mejicana del estado de Michoacan.

Cierto agricultor rico muy enfermo de gripe, recibía en su lecho la visita de varios amigos. La conversación entre él y ellos era apacible, reposada. Versaba, naturalmente, sobre cosas del campo.

En esto, suavemente, el agricultor se volvió hacia la pared. Viéndolo quieto y silencioso, sus amigos callaron, pensando que desearía dormir un poco.

Su prolongada inmovilidad los alarmó empero.

Acercáronse y vieron que era ya cadáver.

Había muerto sin el menor estremecimiento...

La literatura especial de estos casos podría ofrecernos innumerables ejemplos, infinitamente tranquilizadores.

Se muere solamente de dos maneras: o por parálisis pulmonar o por parálisis cardíaca, «o si queréis, por parálisis bulbar».

La asfixia, que podría ser angustiosa, no lo es sino en los primeros momentos, pues de seguida viene la inconsciencia y entramos dulcemente en la sombra como hemos salido de ella...

La naturaleza nunca es brusca. El *natura no facit saltus* es tan verídico ahora como cuando se profirió.

Siete años tarda la buena madre común en traernos a la conciencia de las cosas.

Si al final obra como al principio, lenta, muy lentamente, iremos entrando en la Conciencia

eterna, rota la red de esta ilusión del tiempo, del espacio y de la casualidad...

Ninguna sorpresa brusca nos aguarda. Con la muerte empieza una como nueva infancia del espíritu... La luz, blandamente tamizada, va penetrándolo.

Descórrense uno a uno, como en esas comedias de magia, los velos transparentes que sostienen los telones en que el admirable escenógrafo Maya pinta árboles, mares, jardines y montañas, seres y cosas...

Y por fin la realidad inmóvil aparece ante «los ojos» embelesados del ya despierto soñador de sueños...

Así, pues, no tengamos miedo: nada de lo que es natural debe amedrentarnos.

La muerte—que nunca llega a destiempo—es un gran bien, sobre todo para los que supieron sembrar y ya repartieron el grano de sus alfolíes.

Sin ella ¿quién querría aceptar el formidable don de la vida?

1918.

APÉNDICE



CORRECCIONES Y VARIANTES

ENCONTRADAS EN MANUSCRITOS O EN EJEMPLARES DEL AUTOR (1)

Volumen I

Pág. 80, había una quinta estrofa en los manuscritos anteriores a la impresión:

En buena hora que arrecie el frío,
que en los rincones de hogar sombrío
la pobre madre del niño, presa
del hambre, gima sin un amigo.
¿No veis que goza de dulce abrigo
el falderillo de la condesa?

Pág. 118, había antes una cuarta estrofa:

Llega el instante postrimer, supremo;
el sol desciende al mar, en él se pierde;
mas, antes, de su gloria en el extremo,
cual pupila de airado Polifemo
nos baña con la luz de un rayo verde.

Nota. Adviértase que el fragmento que va del verso «no fué su muerte conjunción febea» al verso «y las aves arrullan en los nidos» (páginas 122-123), se repiten con levísimas variantes en el vol. III, páginas 217-218.

(1) Véanse los apéndices del vol. XVII.

VOLUMEN II (1)

Pág. 34, verso 3, corregido así: «y el fru-fru misterioso de las hojas difuntas».

Pág. 50, verso final, corregido así: «pues nuestro amor vale dos!»

Pág. 60, verso 2.°, hay una nota manuscrita en el ejemplar del autor: «Wilfredo el Velloso—Conde de Barcelona—, primer conde soberano que, según la leyenda, obtuvo la independencia de su patria, feudataria de Carlos el Calvo, merced a una acción heroica favorable al Rey.»

Pág. 64, verso 4, corregido así: «*¡Hache!*» tus santos»...

Idem, verso 15: ... Escribe, escribe, escribe!

Pág. 71: título corregido así: REQUIES DELECTABILIS.

Pág. 83, verso 3, el mexicanismo «parvada» está cambiado por «bandada».

Pág. 103, verso 2, cambiado «rindiéndole» por «prestándole».

Idem, verso 8, corregido: «entraña imperiosa rendida al vasallaje».

Pág. 117, verso 8, corregido: «multiplica los talleres, los alcázares levanta».

Pág. 118, verso 3, corregido: «como pájaros de bronce tras la torre que despueblas».

Pág. 127, verso 8, corregido: «y no hay un sitio para mi risa en lo infinito».

Pág. 153, verso 9:

Sentí al oirte,
ay mísero de mí,
la fatiga del bólido que brega.

Pág. 158, verso 2.°: «ayudar», en vez de «acorrer».

Pág. 159, verso 1.°: «alíviame» en vez de «solíviame».

Pág. 160, verso 4: «en tu conciencia», en vez de «en las conciencias».

(1) Pág. 91, dice: V; diga: III.
Pág. 118, verso 4, dice Aquoin; diga: Aquino.

Idem, después del verso 8.º, se añaden éstos:

—¡Mentira!
—¿Y qué más da, si te hace daño,
que sea una mentira o no lo sea?

Pág. 166, verso 13: «gris» por «gran».
Pág. 172, verso 4: «atalayando», por «escudriñando».
Pág. 196, verso 8: «Tu amor es mi heredad y mi corona».
Pág. 207, verso 4: «Ideal, estás dentro de nosotros,

y en mi mente inmortal veré tus huellas».

Pág. 211, el epígrafe: Laudato sia, mi Signore,

per sor Acqua...
San Francisco de Asís.

Pág. 212, línea 7: «*Acqua*».
Pág. 212, verso 5: «viene primavera», por «llega primavera».
Pág. 213, verso 17: «oculto seno».
Pág. 215, verso 1.º: «maelstrom».
Idem, verso 7: «y, cantando, mi linfa tormentas...»
Pág. 216, verso 4: «Subí, vapor, a lo alto; desciendo al suelo, copo».
Idem, verso 15: «La blancura es el himno más hermoso y más santo».
Pág. 218, verso 5:

«... lentas las morsas y la foca,
seguidas de lapones...»

Idem, verso 11: «Heme aquí, buenas tardes...»
Idem, verso 17: «Yo repico: mi torre...»
Pág. 220, verso 7: «perennemente», por «taimadamente».
Pág. 222, verso 4: «al cristal de los vasos.—»
Pág. 223, verso 12: «soy chorro», por «soy linfa».
Pág. 224, verso 2: «Lleva cantando el traje de que el Señor te viste».

VOLUMEN III

Pág. 45, versos 16 en adelante, corregidos:

Un prodigio santo: el Genio,
iba Dios a hacer brotar.

Pág. 52, versos 16-17, corregidos:

Al león de garras
que asieron dos mundos.

Pág. 115: bajo el nombre «A media luz», aparece esta poesía, en algunos manuscritos, con variantes en primera persona («y hay otros que *nacieron=nacimos* para un vago fulgor»).

Pág. 242, verso 1: «llevo el rostro perfumado».

Notas. Adviértase que el trozo: «Las flores realizamos, en la vida sañuda» (pág. 245), es repetición del que aparece en la pág. 28 del mismo volumen. Y pueden notarse otras reminiscencias de *Las Voces* (pág. 23) en este poema (pág. 245).

En la pág. 215 aparece una poesía *(El Ultimo Poeta)*, que no es de Nervo, sino de Balbino Dávalos. La confusión se aclara —y se explica a la vez—por estas palabras manuscritas de Nervo que había en la hoja del original, también manuscrito: «Mi querido Balbino: Acabo de encontrar entre mis papeles este soneto. Me acuerdo que alguna vez me lo pediste y no lo hallé. Luis G. Urbina ha escrito al editor, advirtiéndole amablemente la confusión.»

VOLUMEN IV

Pág. 38, verso 6 y siguientes:

(Al viento tiembla el fúnebre merino de sus tocas,
al viento de las tardes; la luna surge, riela
y baña en nácar lívido los dientes de las rocas...)
—Allá se van las velas como esperanzas locas.

Pág. 83, verso 3: «hispano-americanas...»

Pág. verso final: «áurea cabellera».
Pág. 89, verso 11: «La imagen de los astros tiene miedo».
Idem, verso 14: «desciende a sus cristales».
Idem, verso 19: «de la forma copiada en el espejo».
Pág. 96, verso 3: «el champagne cristalino».
Pág. 97, verso 8: «la de caderas rítmicas y tez de flor»:—Adoro.
Pág. 101, línea 12: tachada la palabra «monstruosas».
Pág. 113, verso 13: «Cuando llegó a mi lado *le* dije...»
Pág. 132, verso 2: «En tanto que *a* tu osesno...

que esgrimen...»

Pág. 136, verso 8: «las palideces nuestras, olivos provenzales».
Pág. 163, verso 21: «en la gloria del Padre, que será tu morada».
Pág. 199, verso 3: «me ofreció los claveles de su boca».

Volumen VII

Nota. La poesía de la pág. 167 se publicó con leves variantes (verso 8: «glorioso» por «poderoso»; verso 1-2, página 63: «esferas» por «estrellas», y verso 5, de la misma: «me acuerdo» por «recuerdo»), en el Boletín de la Sociedad Astronómica de México, enero de 1905, precedida de estos versos, que venían a ser como la primera parte de la poesía:

ASTROS

Mira el cielo, amiga mía;
la lejana pedrería
de los astros, luce ya;
mira el cielo, amiga mía:
hay en él la poesía
ideal del más allá!
Dulce amiga, mira el cielo:
en su vago terciopelo
sin cesar los soles caen:

esos globos colosales
son imanes inmortales
de oro y fuego que se atraen!
  Misteriosa como una
serenata, va la luna
con molicies de mujer,
dibujando, lenta y grata,
su paréntesis de plata
por el vago atardecer.
  En el vivo Suroeste,
opulento como veste
imperial, a orar invita
Venus, trémula que arde
como santa lamparita
que al buen Dios prende la tarde...
  Alma Venus, quién pudiera
recorrer tu láctea esfera,
que en la tarde carmesí
desparrama tal encanto,
para ver si en ella el llanto
corre tanto como aquí...
  ¡Ah!, también sobre tus cielos
invadidos por los vuelos
de las nubes en tropel,
nuestro mundo vil fulgura
difundiendo luz tan pura,
que ninguno se figura
que se pene tanto en él...
  Mientras reinan en la tierra
pestes, hambres, odios, guerra
y tan arduo es el vivir,
contemplada desde lejos
es un astro de reflejos
de oro y pálido zafir.
  Mientras duros e inhumanos
se atormentan los hermanos,
nuestro mundo en la extensión,

a los ojos de otros astros
es un orbe de alabastros
y turquesas en fusión...
Nada importa que suframos,
nada importa que muramos;
en el hondo y ancho tul,
nuestra tierra siempre bella,
es la más azul estrella
del divino cielo azul!
Los amantes de otros mundos
le confían sus profundos
anhelares, en su pos
van los cantos del poeta
y ella, envuelta en luz discreta,
boga, enorme, augusta, quieta
y gloriosa como un dios...

* * *

Mira el cielo, amiga mía,
ya se fué la luz del día,
el ocaso rojo está,
y surgiendo del nocturno
mar, el pálido Saturno,
dios lejano y taciturno,
lenta, lentamente va...
¿No lo sabes? Con sus brillos
lo circundan tres anillos,
triple iris ideal...
¡Ah tal vez moran en ellos
mis fantasmas, los más bellos,
en alcázar de cristal!
Nueve mundos lo acompañan,
nueve mundos que lo bañan
en sus luces sin cesar,
y que fingen para él solo
nueve musas de un Apolo
temeroso y singular...

Dulce amiga, mira el cielo
y en su vasto terciopelo
otro globo encontrarás:
rey coloso del abismo,
al cual pule un cataclismo
formidable y pertinaz...
Es el Júpiter tonante
de los mitos, el gigante
del sistema, en formación;
en él pugnan cual titanes
terremotos y huracanes,
sacudiendo el vasto embrión.

. . . .

Dulce amiga, ya miraste
el azul, ya contemplaste
su milagro de zafir;
ven ahora con tu dueño:
tuve anoche un raro sueño
que te voy a referir...

* * *

Volumen XI

Pág. 156, entre las estrofas 4 y 5 del actual poema, aparecían éstas, en anteriores versiones:

¿Cómo amaste el invierno siendo flora?
¿Cómo amaste el desierto siendo broche?
¿Cómo amaste el erial, ave canora?
¿Cómo tú, que eres lampo de la aurora,
pudiste enamorarte de mi noche?

* * *

¡Quién sabe! Dios te trajo a mi morada,
señaló a nuestro amor la Selva Obscura;
y hoy que penas en medio a la jornada,
yo reclino tu frente fatigada
en el hombro inmortal de mi ternura.

VOLUMEN XIII

Nota. Un sueño. Se publicó en *El Cuento Semanal* (26 de abril de 1907). Después de incorporarlo en el tomo, ha aparecido un ejemplar de *El Cuento Semanal* en que el autor ha introducido las correcciones siguientes: el título queda cambiado por: *Mencía.* Lo precede un prólogo. AL LECTOR, que corregido, dice así:

AL LECTOR

Este cuento debió llevar por título *Segismundo o La vida es sueño*, pero luego elegí uno más simple como con miedo de evocar la gigantesca sombra de Calderón. «Mencía» llamóse, pues, a secas, y con tan simple designación llega a ti, amigo mío, a hablarte de cosas pretéritas que suelen tener un vago encanto...

Claro que no es un cuento histórico. Mi buena estrella me libre de presumir tal cosa, ahora que tanto abundan los eruditos y los sabios, a mí, que por gracia de Dios no seré erudito jamás, y que, sabio... no he acertado a serlo nunca.

Es, sí, un «cuento de ambiente histórico», como diría un italiano. Lo que pasa en él, «pudo haber sido».

Si hay contradicciones, si hay inexactitudes y errores, si esto no se compadece con aquello, si lo de acá no concierta con lo de allá, perdónamelo, amigo, pensando que Lope de Figueroa no ha existido nunca; que todo fué una ilusión, a ratos lógica, desmadejada y absurda a ratos, y que, como dijo el gran ingenio, a quien fuí a pedir un nombre para bautizar estas páginas, «los sueños... sueños son».

A. N.

Después aparecen las correcciones siguientes:

Pág. 61, línea 5-6: «advirtió que la vertical hebra de luz».

Pág. 65, línea 17: «sensación de costumbre».

Pág. 69, línea 17, se añade: «como hubiera dicho más tarde la hermana María de Jesús de Cepeda».

Pág. 74, línea 19: «sabían mucho más que sabemos hoy. Los hombres volaban, Mencía, volaban y eran...»

Pág. 75, línea 23: sustitúyase «con ahinco» por «ahincadamente».

Pág. 78, línea 13, añadir: «quién bebía hipocrás, o comía sardinas fritas o empanadas de ternera».

Idem, línea 15, añadir: «y ornados de aquellas palmas benditas que los galanes donaban a sus damas y que, atadas con cintas de varios colores, eran una comprensible leyenda de amor».

Pág. 78, línea 26, tachado: «ajimeces».

Idem, línea 28: «postigos enrejados de cenobio».

Pág. 79, línea 7: añadir: «Y el sol, ardiendo sobre las portadas góticas o árabes, colándose a los patios ornados de azulejos, de balaustres calados y de talladas maderas, poniendo su beso de fuego en los viejos escudos, en las ferradas ventanas o en los misteriosos ajimeces».

Pág. 80, línea 17: «codeaban, en las taifas y los corros del mentidero, los soldados».

Pág. 81, línea 2: «o bravoneles, de hidalgos de gotera y de capigorrones, desencantado...»

Idem, línea 4: «paseó», por «pasearía».

Pág. 82, línea 4: «menistriles», por «ministriles».

Idem, línea 13: «hidalgo», por «caballero».

Idem, línea 21-22: «mendigo picaño».

Idem, línea 24: «de puchero conventual».

Idem, línea 26: «el cómico, el hijodalgo o el médico de sangrías y ventosas».

Pág. 83, línea 3: «señores castellanos ricamente aderezados».

Idem, línea 4-5: «mucho lujo», en vez de mucha riqueza, Había quien llevase cuera o calzas consteladas de piedras, así como la capa de negro terciopelo».

Idem, línea 8: «también, con cotas y sayas riquísimas, y custodiada...»

Pág. 86, línea 14: a la frase «señor del mundo», una nota que dice: «Sabida es la frase de Carlos V, quien, al reco-

ger los pinceles de Tiziano, que se habían caído de las manos del maestro, exclamó: —Un gran artista debe ser servido hasta por un Emperador».

Pág. 88, línea 15: «El Escorial; quiere que corresponda a la magnificencia del edificio, del cual cuentan que dijo a Herrera: —Hagamos un monumento digno de la grandeza del Dios que adoramos, y que recuerde a las generaciones futuras mi poder y mis victorias. ¿Sabéis...»

Pág. 91, línea 6: «... de sobra, y gran señorío de sí mismo (1); que trabaja...» Y la nota (1) dice: «¡Ve aquí el tintero y aquí la salvadera!», cuentan que dijo Felipe a su secretario, mostrándole las dos cosas, y sin alterarse porque aquél, medio dormido, al echar polvo sobre una carta que, con otras muchas, había escrito el Rey de su puño y letra durante toda la noche, echó la tinta, manchando el papel. El Monarca, dicho esto, volvió impasible a escribir carta por carta; ejemplo, *único* quizá, de dominio sobre sí mismo».

Pág. 92, línea 3: «... en España (cuyo espiritualismo antiacadémico y libre halaga la índole ascética de Don Felipe), y en tercero...»

Pág. 94, línea 12: «instrumentos. Eran frecuentes estos conciertos, en que los tañedores solían ser recompensados grandemente, según el humor y las ganancias. Músico hubo que, en un movimiento de liberalidad del maestro, recibió una cadena de oro de cien ducados».

Pág. 100, línea 8: «Tusón», por «Toisón».

Idem, línea 12: Nueva forma de la frase: «Esta insignia, en efecto, gozaba de la preferencia del Rey».

Idem, línea 19: «Era el Rey, según...»

Idem, línea 21: «rubio. Los grandes retratistas que se llamaron Tiziano, Moro, Sánchez Coello, no habían alterado en sus lienzos una línea sola de aquella fisonomía un poco austera y displicente. Aparecía tal cual en sus retratos».

Pág. 110, línea 3: «galardón», por «regalo».

Pág. 111, línea 13: «... vírgenes y las estatuas orantes de los santos. A veces...»

Pág. 112, línea 1.ª: «callejón, o llenaba de estruendo los ámbitos alguna carroza tirada por mulas de colleras. Tras...»

VOLUMEN XV

Pág. 51. Los primeros versos dicen, en otra versión:

«... Hoy has de sonreir al cruel enemigo
que emplea su rencor y su malevolencia
en humillarte a diario, poniendo en tu existencia
toda la hiel que tiene...
Bien sé que anhelarías».

VOLUMEN XX

Pág. 43, línea 3: una variante: «... hasta la fecha más de setecientos asteroides (los últimos bautizados van del 570 al 727; los encontrados llegan ya a 754), fragmentos de un...»

Pág. 187, línea 6: «*poder*» por «*potencia*».

Idem, línea 7: «... el olimpismo, lo apolíneo, lo dionisiaco, etc., etc.»

Pág. 192, línea 14: «... la viuda, en lugar de la «pastora».



INDICE

Páginas

DISCURSOS Y CONFERENCIAS

I.—Discurso pronunciado en una distribución de premios (Teatro Abreu, de México.......... 11
II.—La literatura lunar y la habitabilidad de los satélites.................................... 20
III.—Los vestigios monumentales de las antiguas civilizaciones de México..................... 72
IV.—La mujer moderna y su papel en la evolución actual del mundo......................... 95

MISCELÁNEA

El eclipse total de sol del 30 de Agosto de 1905.... 109
Nuestra encuesta.................................. 113
De mi breviario íntimo............................ 118
La tragedia de las cunas.......................... 125
El pacto.. 130
Los amigos.. 135
La estrella de los magos... 141

I n d i c e

Páginas

La rosa blanca................................ 146
Los seres reales................................ 150
Soledad................................ 159
La cuarta dimensión................................ 169
Lo cursi................................ 182
Durar................................ 192
Prehistoria................................ 202
El elemento picantrópico................................ 213
La merced suprema del arte................................ 221
La blandura de la muerte................................ 231

APÉNDICE

Correcciones y variantes................................ 247

2(1

OBRAS DE OSCAR WILDE

	Ptas.
I.—El crimen de lord Arturo Savile (novela)	4,00
II.—El retrato de Dorian Gray (novela)	4,00
III.—El ruiseñor y la rosa (novelas)	4,00
IV.—Huerto de granadas (novelas)	4,00
V.—Vera o los nihilistas (teatro)	4,00
VI.—Intenciones (ensayos)	4,00
VII.—La tragedia de mi vida	4,00
VIII.—La duquesa de Padua	4,00
IX.—Pluma, lápiz y veneno	4,00
X.—Una mujer sin importancia	4,00
XI.—Epistolario inédito	4,00

OBRAS DE EÇA DE QUEIROZ

	Ptas.
Una campaña alegre	4,00
San Onofre	4,00
San Cristóbal	4,00
Cartas de Inglaterra	4,00
El misterio de la carretera de Cintra	5,00
Notas contemporáneas	5.00
Ecos de París	4,00
Prosas bárbaras	4,00
Cartas familiares y billetes de París	4,00
Cuentos	4,00
Ultimos ensayos	4,00

OBRAS DE REMY DE GOURMONT

	Ptas.
Colores (cuentos eróticos	4,00
Una noche en el Luxemburgo (novela)	4,00
El sueño de una mujer (novela)	4,00
El peregrino del silencio	4,00
Historias mágicas	4,00
Sixtina (novela)	4,00

OBRAS COMPLETAS DEL PROFESOR S. FREUD

(PRÓLOGO DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET)

	Ptas.
I.—Psicopatología de la vida cotidiana. Errores, equivocaciones, supersticiones, olvidos	10,00
II.—Una teoría sexual y otros ensayos	10,00
III.—El chiste y sus relaciones con lo inconsciente	10,00
IV y V.—Psicoanálisis	20,00
VI y VII.—Interpretación de los sueños	20,00
VIII.—Totem y Tabú	10,00
IX.—Psicología de las masas	10,00
X.—La histeria	10,00
XI.—Inhibición, síntoma y angustia	10,00

NOVELAS DE BARBEY D'AUREVILLY

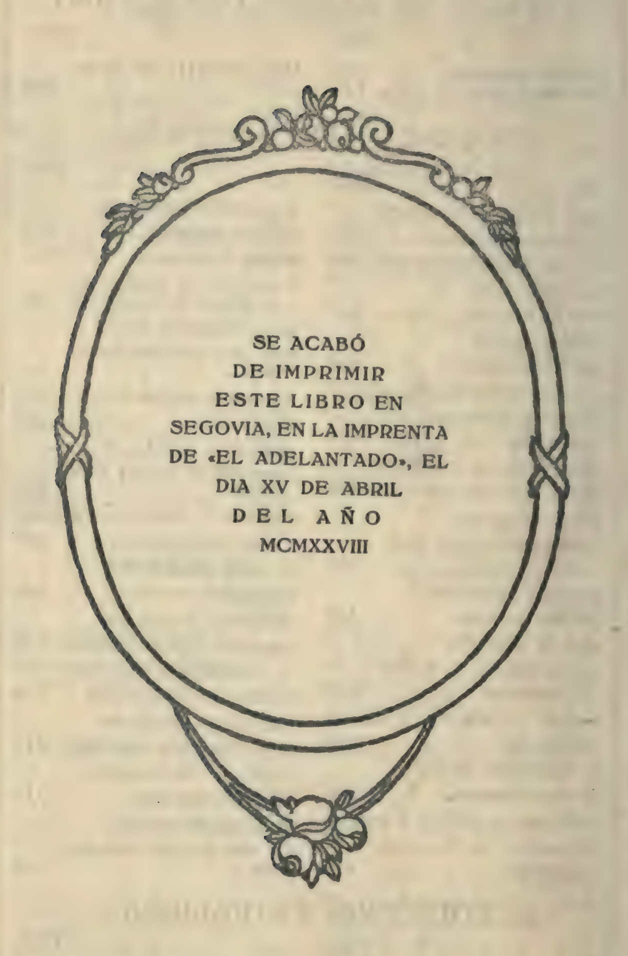
	Ptas.
El amor imposible	4,00
Las diabólicas	4,00
Una historia sin nombre	4,00

COLECCIÓN HISPANA

	Ptas.
JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA	
Espíritu ambulante. . . .	4,00
El oculto pecado (novela)	4,00
EUGENIO NOEL	
Piel de España	4,00
JOSÉ E. RODÓ	
Páginas escogidas. . . .	4,00
J. LÓPEZ PINILLOS (PARMENO)	
Hombres, hombrecillos y animales.	4,00
CRISTÓBAL DE CASTRO	
Las mujeres (2.ª edición).	4,00
SILVERIO LANZA	
Páginas escogidas e inéditas.	4,00
MANUEL MACHADO	
Un año de teatro.	4,00
EÇA DE QUEIROZ	
La decadencia de la risa (2.ª edición)	4,00
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA	
Muestrario.	4,00
R. CANSINOS ASSENS	
El divino fracaso.	4,00
ANTONIO DE HOYOS Y VINENT	
El secreto de la ruleta (novelas).	4,00
R. BLANCO-FOMBONA	
Dramas mínimos	4,00
SOFIA CASANOVA	
La revolución bolchevista. (Diario de un testigo)	4,00
A. HERNÁNDEZ CATÁ	
Los siete pecados (cuentos)	4,00
ALFONSO REYES	
El cazador.	4,00
ALBERTO INSÚA	
Juventina la bella (novela).	4,00
FEDERICO GARCIA SANCHIZ	
Cosmopolita (novelas). .	4,00
M. DÍAZ RODRÍGUEZ	
Peregrina (novela). . . .	4,00
EDUARDO ZAMACOIS	
La virtud se paga (novela)	4,00
E. RODRIGUEZ MENDOZA	
Santa Colonia (novela). .	4,00
EDUARDO MARQUINA	
Almas de mujer (novela).	4,00
JOSÉ M.ª DE ACOSTA	
Niñerías (novela).	4,00
E. RAMIREZ ANGEL	
La villa y corte pintoresca	4,00

COLECCION EXTRANJERA

	Ptas.
LEONIDAS ANDREIEV	
Los siete ahorcados (novela)	4,00
Judas Iscariote (novela) .	4,00
La risa roja (novela) . . .	4,00
Memorias de un preso (novela)	4,00



SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN
SEGOVIA, EN LA IMPRENTA
DE «EL ADELANTADO», EL
DIA XV DE ABRIL
DEL AÑO
MCMXXVIII

